SANDRA BECERRIL

VALLE DE FUEGO

NI LA MUERTE PUEDE ACABAR
CON EL AMOR MÁS INTENSO

B

Para Ender, mi amor, por tus travesuras que sólo

me dejan escribir pesadillas cuando estás dormido.

A mi mamá y a Marilú, por creer en mí.

A la memoria de mi abue,

por haberme enseñado a espantar.

Hay un placer en la locura que sólo los locos conocen.
JOHN DRYDEN

Prólogo

Un día fui a unos ojos y no logré volver jamás.

Cuando era menor de edad y comencé a escribir en la soledad de mi habitación historias de terror, siempre imaginé que iría a Las Vegas a jugar en los casinos y a perderme en alcohol.

No a convertirme en asesina.

Vuelvo a casa con la boca llena de sangre y el eco de los fantasmas acechándome desde su oscuridad.

Tinieblas, noche, lejanía, recuerdos. Nunca se irán, las sombras, las cuencas de los ojos huecos de vida, los lamentos, el sonido de los pasos detrás, siempre detrás, intentando alcanzar el cabello y murmurar en el oído lento y suave: tú me orillaste a hacer esto.

Hay cosas que no debemos olvidar.

Porque al hacerlo, quedamos indefensos ante sus gemidos.

Y entonces nadie podrá salvarnos.

1

La cordillera roja, las hormigas rojas, el cielo rojo de las dunas que se quedaron fosilizadas en la era de los dinosaurios, hace ciento cincuenta millones de años. Todo era de fuego en aquel valle en Nevada, incluso tu sexo en mis labios.

Extrañaba a Ian, con desesperación, pero no evitaba amarte cuando estabas frente a mí, eras el deseo mezclado con un coctel de ojos verdes desparramados con nuestra ropa adentro de la tienda de campaña. Eras tú, Noah, y no quería dejarte ir de nuevo. Frenabas mi caída al vacío después de su partida.

Quería que me penetraras hasta los pensamientos porque nunca había hecho el amor como lo hacía contigo. Jamás me había sentido tan húmeda debajo de un cuerpo, no sabía lo que eran las ganas hasta que una noche dejé que me cogieras tanto que la luna fatigada se escondió recurrente en mis fantasías y en los orgasmos ahogados que ahora gritaba en el valle en medio de Clark County. Tus cejas fruncidas terminando y llenándome de ti. Te recargaste en mi hombro y abracé tu espalda con mis muslos temblorosos, respirabas agitado y reías.

A través de un orificio de la tienda puede apreciar las estrellas nacer como parto múltiple en el cielo, a lo lejos los coyotes aullaban, y anhelé que tu cuerpo perfecto fuera el de Ian.

Nunca fuimos normales, mas el saber que no lo éramos era precisamente lo que nos apartaba de los demás.

Salí a fumar un churro de mota que escondía en la mochila mientras dormías, esperando que la hierba me ayudara a meditar mejor.

Me senté con las piernas cruzadas en flor de loto sobre una roca y miré las montañas cobrizas devoradas por la oscuridad y la nada del sonido del valle. Quizá nada existía en realidad y los días eran los sueños de las rocas perforadas por la erosión y los millones de años que llevaban esperando despertar. Tal vez yo no existía. Y

entonces tampoco hubiera existido Ian, sus películas o sus horrores.

A lo lejos, otro turista encendió una fogata que me recordó la primera vez que nos acostamos, la noche en que te infiltraste en medio de mis muslos aprovechando el alcohol de las diez cervezas alemanas que llevaba en mi sangre; me dejé ir en ti enfrente de la chimenea falsa de tu departamento, con una luna curiosa parecida a ésta, pero asomándose desde la ventana en la Ciudad de México.

La película *Casablanca* se escuchaba en la pantalla de tu habitación, aunque ya no la veíamos: «*You must remember this, a kiss is just a kiss, a sigh is just a sigh. The fundamental things apply as time goes by. And when two lovers woo, they still say, "I love you" on that you can rely. No matter what the future brings as time goes by*». Mientras Ilsa le confiesa a Rick en el café que sigue amándolo desde que lo encontró por primera vez en París y él se pregunta por qué de todos los cafés del mundo ella tenía que entrar justo a ése, yo me preguntaba por qué de todos los cuerpos que había probado antes, el tuyo me sabía mejor que ninguno. Qué bueno que no follamos antes, porque me volví adicta a ti desde el primer instante. Parecías hecho de nicotina, mota, Valium y alcohol, todo revuelto en el sabor de tu piel, de tu pene, de mi cuerpo cuando terminabas y me quedaba escurriendo de ti.

Con la combinación de tu imaginación atrayente y maligna, decidí aceptar quedarme contigo a dormir esa madrugada. Y todas las siguientes. No somos libres más que para elegir entre el placer y la amargura, y entre eso prefiero mil veces el placer.

Me enamoré en un solo crepúsculo de tu forma de hacer el amor. Qué jodido. Enamorada de ti hasta el pasado.

Cerré los párpados, esperando que el lugar arqueológico donde estábamos se llamara así porque desde adentro de cada una de esas cuevas, alguien nos vigila, examina y estudia. Y somos nosotros los monstruos ahogados hasta el cuello de la mierda cotidiana. Las criaturas del desierto olían a cobre y cometas. Suspiros encarnados, profundos, las rocas regalándonos su piel, las cordilleras con sus miradas perdidas sobre sus siluetas reflejadas en el cristal de las dunas congeladas por cientos de miles de años.

Miré una vez más para no extraviar la noche con aquel farol, para observar si, como decía Ian, aquí había estrellas fugaces.

Siempre he creído en los deseos. Alguna vez fui a que me

leyeran el tarot en Coyoacán, otras, la mano en la Roma, las runas en la Condesa, la noche en la piel. Tu piel. Cualquier cosa, cualquier pensamiento me remitía a tu piel, Noah. Desde que éramos niños quise acariciar tu espalda y dormir abrazada a ella, sintiéndote con mi pecho desnudo. Tú también lo querías, y por eso me tardé tanto en amarte, porque cuando ya sabes que el amor está ahí, permanentemente esperándote, siempre se puede querer y vivir otras vidas antes de dejarse ir en él.

A lo lejos había rayos, látigos del cielo, y dos minutos después los escuché cerca, como si el corazón me estallara en medio de tanta montaña y tanta soledad.

Vine a Las Vegas contigo para vivir lo que no puedo vivir entre recuerdos, entre pasos sin huellas.

Además de lo de Ian, desde que había muerto mi madre decidí no volver a la Ciudad de México porque descubrí que era ella la que la hacía tan mía, no era la calle donde estaba la secundaria que me derrumbó la adolescencia con su *bullying* o la casa embrujada —llena de sombras y retratos que movían los ojos cuando no los veíamos— que habitábamos solas cuando mi papa murió. No eran los bares de Insurgentes a los que entraba con una identificación falsa o el primer beso escondido en el garaje de una fiesta de Halloween con mi mejor amigo, Román. Creí que aquello era todo, y resultó ser nada. Presenté mi primer libro y después realizaron mi primer guion, y una madrugada vi a los personajes que imaginé andar de ahí para allá, qué desfachatez, de un lado a otro, como si nada; me dieron aquel premio de guion que tiré a la basura ese mismo crepúsculo, en una borrachera que no me acuerdo ni en qué terminó, porque quise dedicárselo y supe que no estaba entre el público, sino en el hospital. Vi aquella película sobre clones y deseé que ella también tuviera uno para que le donara sus órganos y el cáncer no la matara. Pero igual se la llevó. Y entonces descubrí que mi ciudad no era México ni todo lo anterior, sino ella, su olor y su piel. Era su canto en mi oído para quitar pesadillas, era su abrazo en sus delgados y frágiles brazos, eran los hoyuelos en sus mejillas y el labial rojo. Era nuestro camino de regreso, juntas, porque después no volví a manejar sin su voz criticándome en el asiento de al lado. Era la ventana sucia que nadie más limpió desde que se fue, era el cielo nublado que veía desde su hombro. Una infinidad de tristezas

se acumularon en su cuarto hasta que se iba la luz de tanta soledad. Cuando quedaba en una oscuridad absoluta, entonces me dormía y a veces te soñaba cerca de mí, a veces a Ian. Nunca he sabido dormir sola, sin un cuerpo apretado a mí.

Para acabar de joder mis días, desde que Ian murió, poco después de que mi madre falleció, los demás —amigos, familiares, conocidos, compañeros de trabajo— no hacían otra cosa que pedirme que viviera mi vida, dejarlo ir. Frases como «eres muy joven, puedes rehacer tu vida», «no te preocupes, lo olvidarás pronto», «Dios te ayudará, refúgiate en él», «tú todavía estás viva. ¡Vale la pena esperar al futuro!», «sé fuerte, tú puedes con esto y más», «te mira desde el cielo, ahora tienes otro ángel que te cuida», «vivirá siempre en tu corazón», pura mierda tipo Paulo Coelho. ¿De verdad me veían tan jodida? Repetían ese tipo de frases hasta el cansancio, sin que les pidiera consejo o consuelo. Finalmente, decidí hacer como que los escuchaba para que dejaran de molestarme. Sin soltarlo, en secreto, invocándolo en cada sueño entre tus besos. La muerte no nos roba a los seres amados, nos los guarda y los inmortaliza en nuestros recuerdos. La vida sí los roba de nuestros días muchas veces y para siempre. La partida de Ian y la de mi madre le dieron sentido a mi existencia más que quitársela, porque el dolor sólo sana cuando lo sentimos a plenitud. Y yo me revolcaba con el puto dolor todo el tiempo.

Por eso, cuando cancelaron la película aquella que Ian y yo estuvimos preparando por dos años y que por un capricho de un tipo gordo y narco que se llamaba a sí mismo «productor» se fue a la chingada, decidí venir a «la capital de las segundas oportunidades» a averiguar qué carajo había pasado con Ian acá. Y de paso, traerte conmigo. Porque un día me desperté, te vi a mi lado y descubrí que estaba aferrada a tu respiración, que si te levantabas al baño me sentía sola y que me encantaba enmarañar mis dedos en tu cabello de alacrán. Porque no te amaba, pero sí te deseaba como a nadie. No me gustaban tus ideas, tus historias locas sobre la reencarnación o que te sintieras poeta barato de Coyoacán, pero sí tu ceño fruncido cuando te venías, la forma en que me acariciabas y tus pies fríos enredados en los míos cuando estábamos empiernados en la cama. Y era por Ian. Porque ese cabrón había decidido irse, o no detenerme lo suficiente. Al fin y al cabo, era lo

mismo para mí. Porque lo había amado con las entrañas, en novelas y guiones, entre películas, en medio de horrores y proyecciones de terror. Y porque me harté, muy cobardemente, lo sé, de las críticas de la sociedad cuando hasta el vecino más metiche me recalcaba que parecía mi abuelito. Ni José José hubiera acertado con su «40 y 20» con los sesenta y cinco de Ian y mis veintinueve.

Tú, Noah, tenías veintisiete y alma de seis. Me hacías reír hasta que me dolía el estómago, me hacías querer volver a escribir, a crear, a ser niña y a mandar todo a la chingada por un beso. Porque tus besos y tu lengua eran adictivos. Ahí estaba (cerré los ojos comprendiendo todo de pronto), era adicta a ti, como si fueras el último cigarro en el mundo o la última plantita de mota del universo.

El frío del desierto no se compara con el frío de la ciudad, seco, amarillo y polvoroso. En el desierto, hasta el frío es más sincero, se te mete a los huesos, en la inhalación, te apaga el cigarro para que no estés molestando y de paso te manda unos coyotes que confundes con perros. No obstante, les huyes cuando los ves de cerca. Así era Valle de Fuego, de hielo.

Con sus alargadas rocas amarillas y sus sinuosas dunas petrificadas que son, en realidad, arenisca azteca. Allí estábamos cerca de monumentos naturales como la Atlatl Rock, en la que encontramos unos grabados rupestres, petroglifos, o la Elephant Rock, una curiosa roca con forma de elefante.

Las vistas al atardecer en aquel paisaje feroz son espectaculares: el rojo resplandece mágico y con toda su fuerza en el horizonte.

Me ajusté la chamarra, como si eso fuera a protegerme de la eternidad del lugar. Pero nada es una barrera para la naturaleza, que se burlaba de mí y de mis meditaciones budistas mirándome con las montañas como si éstas fueran a levantar sus enaguas en cualquier oportunidad para volver a reinar, tomando la revancha contra los soberbios hombres. En rojo.

Miré la débil tienda de campaña y te supuse dormido en ella.

Los primeros días que dormimos juntos sólo pensaba en Ian mientras me hacías el amor con toda tu furia. Pensaba que estaría ahí, viéndonos coger y sufriendo porque no era él, porque decidió irse antes de averiguar por qué yo había salido huyendo. Y me hubiese encantado que en días así, cuando más lo odié por amarlo

tanto, nos contemplara, sin que lo supiéramos, escondido en el clóset que me regaló, que viera cómo me hacías gemir, gritar, morderte hasta el espíritu. Que viera tu cuerpo perfecto y sobre todo tu mirada. Que viera que no era el único con ojos de mar en el mundo, que yo también podía encontrar un lago en los tuyos. Una laguna que era reflejo del desamparo que se me imponía en los suspiros azules que no quería que escucharas.

Supongo que un día te diste cuenta de eso porque, entre dormida y despierta, te escuché llegar y, pensando que estaba en el pasado, dije: «Ian, ¿eres tú? ¿Dónde estabas? Ven a la cama, conmigo». Te sentaste cerca de mí, recalcando con voz de ultratumba: «No, Mia, no soy Ian, soy Noah. Pero te perdono». Yo no pude hacer lo mismo. No quería engañarte, no lo hice. Es sólo que mi pensamiento andaba muy lejos, allá por Docklands Light Railway donde Ian dirigía su nueva película, o en la fotografía que lo mostraba con un Oscar en su perfil de Facebook, o aquella en Cannes, o esa otra con el abrigo que le regalé en Sitges.

Nadie lo imaginaba, lo de Ian y yo, sin embargo, todos lo sabían. Porque cuando Ian venía a México y nos dábamos nuestros encerrones en hoteles de lujo, la prensa siempre se enteraba de un modo u otro. Y a ambos nos encantaba, aunque dijéramos que no, porque, ¿a quién diablos le importa la vida de una guionista y de un director de cine inglés? A nadie. O eso creíamos, porque cuando el «productor» narco de doscientos kilos de grasa canceló la película por esa razón, para evitar el escándalo, nos dimos cuenta de que Ian debía dejar su vida de refugiado en Estados Unidos o yo la mía en México. No tuvimos el valor para correr y abrazarnos en una carretera solitaria en medio del desierto que une a los dos países. Quizá era porque él ya había huido antes de Londres y no quería volver a escapar, o porque nos abrazamos demasiado en París o en Inglaterra, su país de origen, en el estreno de una de mis películas, o porque pasó lo mismo en Guatemala, a donde nos escapamos aquel fin de semana sólo porque de niña siempre quise ver Antigua con sus cafés con nombres hermosos como Nuestro lugar de siempre o Nunca me dejes. Tal vez nos abrazamos demasiado con la diferencia de idiomas y su encantador acento para decir: «eres maravillosa». O me adentré tanto en su mar, que sólo recibí el desamparo de un océano en calma. Era demasiado para la eternidad

que buscaba con cada guion.

Ian ya había vivido, cambiado de país, viajado, casado, cogido, amado, perdido a sus padres, hermanos, tíos y amigos. Estaba solo en el mundo, empero tenía a sus creaciones que lo acompañaban por todo el mundo, y éste ya le iba quedando chico. Sus fans lo detenían en la calle para tomarse una fotografía con él y hasta su reina le había dado un reconocimiento público y nombrado «sir», sir Ian. Se habían muerto su primera, segunda y tercera esposa, y su hijo que vivía en Londres con su padrastro no le hablaba desde los once años. Había millones de sitios en Google con su nombre y su biografía era poco más que una película llena de acción pasando por todos los géneros, inclusive el épico. Y ese hombre me había amado más que a nada en su mundo y me decía a diario que yo era la cosa más hermosa que habitaba el planeta.

No obstante, yo sentía que apenas comenzaba a vivir, no quería que me relacionaran con él o que dijeran que era su nieta. Tantito peor, que pensaran que mis películas, guiones y novelas eran exitosas por él, gracias a él. ¿«Pensaran» quiénes? Todos. Mis amigos, la familia y aquellos que jamás nos dan de comer, pero bien que están chingando cada que pueden.

Claro que lo que piensen los demás de mí ahora me vale un carajo. Más bien supongo que a ellos les importa mucho.

Sin embargo, los rumores pudieron más que el amor que sentía por Ian. Y huí a refugiarme en unos brazos más jóvenes, que no necesitaban la pastilla azul para hacerme el amor, y que, de paso, me volvían loca. Porque siempre, hasta el final, me volviste loca, Noah. Por más que quisiera salir huyendo de ti, no quise alejarme ni siquiera los últimos días. Como para qué, si contigo creía tenerlo todo. Y llevabas doce años pidiéndome que saliéramos. Doce años es una jodida eternidad para alguien de veintisiete. Acepté, como sabes, aquella noche en tu departamento. Y todas las que siguieron.

Tras las dos muertes, cuando me sentí desprotegida y sin rumbo, decidí encontrarlo contigo y largarnos de México para indagar sobre los últimos días de Ian sobre la tierra en el lugar que él odiaba, a desentrañar el misterio que, estaba segura, me había dejado en su paso sobre el mundo. Iríamos a Las Vegas. A la ciudad del pecado, de las luces, de los lujos, de Elvis, de las putas, del alcohol barato y de los suicidios. Porque la probabilidad de que una persona

cualquiera termine por quitarse la vida en ese lugar, es el doble que en cualquier otra ciudad; en promedio, allí se suicida una persona cada día. No está mal para una ciudad en la que viven más de medio millón de personas.

Porque cómo era posible que pasara su último día vivo en ese lugar, aún con sus órganos dentro de su cuerpo, sin las cuchilladas que lo desaparecieron del mundo. Parecía imposible para alguien como él. Y ya que en México no hallaron pistas sobre su asesinato, me aferré a la idea de que aquí se originó todo. Quería saber todos los detalles de sus últimas horas y que éstos me llevaran a su asesino para cobrar venganza y matarlo de mil maravillosas formas que se me habían ocurrido desde que vi la sangre de Ian salpicada en las paredes y su cadáver en la morgue.

Tomé todos los ahorros que tenía de las películas y el dinero de los derechos de autor de mis novelas, cobré la mayor parte de lo que me debían por mis escritos y te invité a vivir una vida fugaz conmigo, hasta que se agotara el dinero, hasta que me pidieran otro guion, hasta quién sabe cuándo, pero en ese momento. Quería ahogarme en un grito, y si gritabas conmigo, qué mejor.

Empaqué mis cosas, pasé por ti en la camioneta y tomamos un camino sin retorno.

Dos meses después, henos aquí, acampando en el desierto, con el erotismo empapado y las ganas encendidas como esta tierra de fuego.

En esa ocasión ignoraba que tu sonrisa encantadora también cansaba, que tus chistes dejaban de ser graciosos a la décima ocasión en que los contabas, que tu simpleza iba mucho más allá de un acostón perfecto, iba hacia las lunas de tu espalda que no guardaban ninguna poesía en ellas o en tus costumbres que me daba pena aceptar. Eras imprudente, berrinchudo, inconstante, nervioso y con unos celos tan internos que poco se expresaban, pero cuando lo hacían derrumbaban mi muralla con ansias de perderte. Me amenazabas con irte en algún instante de la vida, pero ¿qué haría sin ti, sin nuestras noches empiernados, sin tu lengua en mis senos? ¿Qué haría sin ti y sin Ian, sin mis personajes o sin mis historias, sin mis mentiras? Porque, como buena escritora, era una gran mentirosa, o mejor dicho: me arriesgaba al tomar la realidad como un mito y a mis mitos como mi realidad. Daba lo mismo,

supongo. Y a ti no te importaba. Era obvio que te mentía cuando a veces, en medio de sueños, gritaba el nombre de Ian atorado en la garganta, el corazón y el sexo; cuando a veces me sorprendías viendo las estrellas e intentando hablar con ellas como si me escucharan, reclamando mis deseos no materializados aún, gritando con el alma que lo trajeran de vuelta. Porque echaba de menos cómo imaginaba que era cuando estabas conmigo y eras tan tú.

—Te extraño, Mia —dijiste haciendo tu libro de Stephen King a un lado durante la primera tarde acampando. Yo creí que todo era perfecto, leía a Kundera y fumábamos un churro, escuchábamos jazz en el celular en un clima frío, desprotegidos. Era la vida y el amor.

—Pero si estoy aquí —mi vista continuó en las páginas de la soledad.

—Eso no importa, ya no te encuentro —tus ojos tristes, grandes, me abrazaron y me sentí mierda.

Porque, ¿quién era yo para pedirte que te quedaras, para hurtar tu vida así como así y pedirte que te largaras conmigo, a mi vida, a mi mundo? Que salieras de tu historia y te revolcaras en mis lágrimas y pesares. Que fueras aquel que patea al inquilino anterior del corazón e intenta en vano acomodarse ahí, en los pedazos de un deshabitado y huraño órgano convertido en una herida ambulante.

Por eso sonreí falsamente ese día, te abracé y te besé desde los pies hasta los hombros. Por eso te acomodaste en mi pecho desnudo y dejé que lo besaras como un bebé hasta tranquilizarte y empaparme. Me metí mis pastillas en la boca: una de haloperidol, otra de clorpromazina, una de zuclopentixol y perfenazina extra para no errar.

—Te quiero, Noah. Lo sabes, ¿no? —la mentira salía de mi garganta sin poderla detener—. Te quiero, te quiero, te quiero.

—¡Ahí estás! —tu voz saltó de la alegría al hallar a ésa que antes te besaba con deseo y, sí, algo de amor escondido en las sombras de lo que queríamos llegar a ser. De una fantasía—. Mia, esos medicamentos son dañinos para ti, deberías tirarlos de una vez. Los médicos están locos, no saben lo que hacen. Recetan pendejadas por recetar, porque los laboratorios les dan comisión. No las necesitas.

Sonreí ignorando el comentario. Sí, ahí estaba. No quería lastimar tu pequeño, tierno y jugoso corazón glauco con tanto azul

escondido en mis ojos negros, con tantos diluvios y nubarrones en mi cuerpo. Ian decía, con su acento inglés, que las pecas en mi espalda eran constelaciones para unir con la lengua. Ahora tú las besabas, con otra lengua, otro sudor y otro cuerpo y lo eché de menos como nunca y como siempre. Ojalá hubiera estado ahí en tu lugar, que su cuerpo desnudo imperfecto fuese el tuyo. Ojalá su respiración se hubiese colado por tus pulmones para saber que seguía vivo en algún lado, en la noche del valle, en tus pies helados o en mis muslos palpitantes.

Suspiré y di un trago largo a la botella de vino que tenía a la mano. Hiciste alguna broma, de esas estúpidas que no soportaba, que no venían al caso, sobre Ian y su muerte. Me levanté hecha una furia y salí casi desnuda de la tienda, sólo cubierta por un edredón fétido que llevábamos semanas usando, y me quedé maravillada contemplando las montañas. Sí, debemos ser la especie que ellos, los infraterrestres, estudian desde estas cavernas formadas de caramelo.

Ian no estaba, no estaría nunca. Me di cuenta de que yo había desaparecido con él y por él.

La verdad es que, aparte de hacerlo por la muerte de mi mamá, huí de la Ciudad de México antes de que me culparan por el asesinato de Ian. Yo no lo hice, y aún no sabía quién era el culpable. Me enteré por mi amigo Román que mi nombre rondaba en la lista de los sospechosos. El hecho de que escribiera sobre muertes no quería decir que fuera una asesina, ¿o sí?

Ian fue hallado muerto en un hotel de paso de avenida Revolución, desnudo, apuñalado, con los órganos de fuera y el pene cortado de raíz. Las fotos que vi en el periódico *Alarma* del puesto de la esquina de mi departamento, mostraban su piel blanca manchada con rojo, como pay de queso con zarzamora.

Fue peor reconocerlo en la morgue.

Lo hubiera amado más y perdonado a tiempo. Así seguiría conmigo y él estaría en tu lugar, Noah, en la tienda de campaña que compré con el cheque del guion que escribí junto con él. Muchos «hubiera» para un anochecer tan rojo.

Sé que Ian pasó sus últimos días en Las Vegas antes de ir a buscar la muerte en México en un hotel de ciento veinte pesos por cuatro horas. Sé que algo pasó aquí que lo hizo cambiar de opinión

e ir a buscarme, porque Nevada es un estado que odiaba, no le gustaba el juego ni beber, fumar, las rameras, comer carne o desvelarse. De por sí nunca le gustó Estados Unidos. Sin embargo, cuando en Inglaterra sus ideas no fueron bien aceptadas, no tuvo más opción que arroparse en los brazos de Hollywood, en donde le producirían cualquier mierda con sangre que saliera de su cabeza enferma. Claro, cuando se hizo famoso y sus películas se veían por todo el mundo, Inglaterra se paró el cuello diciendo que era un orgullo y honor para ellos.

En Los Ángeles vivía solo con sus diez perros y sus reconocimientos de festivales mundiales. No tenía amigos del medio, nunca iba a presentaciones o estrenos, era un huraño alérgico al gluten de la sociedad.

Así que no sólo huí de México por la muerte de mi madre. Huí también porque me culpaban de otra y porque quiero saber qué fue de los últimos días de Ian sin mí, tan solo con sus pesadillas, insomnios y personajes.

Esto nunca te lo dije, Noah, pero por eso te invité a Las Vegas. Y, claro, también porque eras el deseo andando.

Volví a entrar a la tienda de campaña para enredarme en tu tenebrosidad y en tu sexo hasta el alba mientras los coyotes arrullaban nuestro amor con su canto distante.

2

Tengo unas ganas dantescas de un cigarro, Ian. De irme con el humo, ser una erótica figura evaporándose en el aire, muy alto, ver el mundo como un punto en un interminable espacio. Desvanecerme en la sombra de las estrellas que ya han muerto, ser la luz envolviendo los sueños de aquel que fuma, mirando la luna, pensando qué tan grandes son sus problemas.

Lo que ignora, es que la vida no es un problema, es un misterio. Miles de porqués agitados en las puntas del cielo que se niega a darnos razón. Tan ciegos los humanos, tan sordos por escuchar tanto su voz parlotear sobre estupideces cotidianas. Tan grande el corazón, con todos esos recovecos para esconder secretos. Ahí está la incógnita de todo, en los huecos del corazón que jamás alcanzaremos a notar. Porque, de nuevo, el hombre prefiere la ceguera a ver la realidad. «Realidad», qué palabra tan más desenmascaradora de verdades. Mi realidad es ahora, frente al teclado, dejando que los dedos se deslicen. Por caridad, miedo, timidez, tontería, qué sé yo.

Tengo ganas de un jodido cigarro, de que me veas, Ian, te decepcione, te haga daño, así como me lo has hecho por haberte ido sin despedirte. Por haberme dejado en manos de Noah y su sexo. En manos de mi vicio por cómo me desgarra al coger.

Guardé la carta para Ian en medio de mis cosas. Luego, mejor la quemé.

Noah, amo el olor de tu semen escurriendo entre mis piernas al amanecer.

Las pastillas para la ansiedad, los dolores de cabeza y las alucinaciones, según los términos de los psiquiatras, se terminaban de forma alarmante, aunque estaba segura de haber traído más para el viaje. No había calculado bien. El doctor lo había advertido, las visiones podrían comenzar de nuevo, o tal vez no. Si pensaba con mucha fuerza que estaba curada, lo estaría: colaste esa estúpida

idea en mi cerebro como enredadera, matando mi prudencia.

Noah, conocí a Ian en un festival de cine en Australia. Los homenajeaban a él y a sus pésimas películas. Eran tan malas que ya hasta eran de culto. Y yo presentaba mi tercera película comercial en el festival, la que había vendido más que cualquier cinta americana en México —lo cual de por sí ya parecía un chiste con los distribuidores pendejos que prefieren a *Rambo 9.0* que exhibir cualquier cinta mexicana en sus salas—, así que ambos éramos animales en exhibición entre los egos de los organizadores. Mi película no era de terror, en ese tiempo me gustaba el amor, así que era un drama-comedia-romántico del que ahora me avergüenzo un poco.

Por esos días comenzaron las pesadillas, las sombras en las paredes, las voces que me rodeaban, los gritos en mi cabeza, el temblor de mis manos o creer que hacía cosas que en realidad no hacía o viceversa; las apariciones me perseguían y confundía las palabras y las ideas. Aquellos fueron los días de los exámenes neurológicos y del comienzo de mi adicción a las pastillas contra la depresión, contra las alucinaciones y la esquizofrenia. Ian fue el primero que me llevó al especialista y el que me compró la primera receta médica para aterrizar en una realidad específica. No en la realidad de todos, sino en la suya.

Pero antes, déjame explicarte por qué no me gustaba Ian en absoluto.

No quería amar a nadie, Ian ni siquiera me gustaba, en primer lugar. No me agradaba su horrorosa piel o sus cejas despeinadas y mucho menos su bigote negro. Nada de nada. Qué cosa son las mentiras. Un flujo de verdades creadas para tapar algo que no le gustará al otro. El miedo de perderlo. El miedo y no el amor es lo que mueve al mundo. Ésa es mi esencia. La esencia creadora, creativa y demente a los ojos de los demás. Esa locura que me impide ver el mundo de una manera fácil, sencilla y correcta como lo harían mis amigos en México. Tan correctos ellos, tan incorrecta yo, porque «sueña, escribe, hace cine, provoca que los personajes salgan de su imaginación y deambulen por ahí sin ningún pudor; porque le gustan otras personas; porque quiere sentir su vagina explotar de placer y felicidad; porque no quiere tener hijos y no para de escribir cosas “incorrectas”; porque no quiere aprender más

recetas para su marido ni hacer el amor todos los días con él; porque no se atreve a decirle que está tan gordo que no puede soportar su peso cuando tienen sexo y quiere sentir la verga de alguien que no la aplaste con su panza y pueda enrollar sus piernas en la cintura para que la penetre más y más. Porque su pene es pequeño y no la hace sentir más que las lonjas moviéndose como el péndulo de un reloj mientras se la coge y ella lo mira sudar, y él espera que ella grite de placer y se vuelva loca. Porque a ella no le gusta ir a la iglesia a dar sermones de hipocresía, la enferman la iglesia, la religión, los sacerdotes y los fanáticos».

Sí. Soy muy incorrecta para los machos y la sociedad de México. Tan correcto ese país con sus pinches muertes, donde se indignan por los asesinatos de periodistas, de mujeres y de niños, pero nadie sale a hacer la revolución, porque todos sabemos lo jodidos que son los políticos, que matan con bazucas en colonias como la Narvarte y Condesa, y nadie ve nada. Porque todos se quejan en las redes sociales, pero cuando es la hora de los madrazos, las calles están desiertas de valor. ¿Dónde quedaron los herederos de los inconformes de las revoluciones? …en Twitter y Facebook, quejándose desde un puto Starbucks y en Change.org.

Y precisamente por lo anterior es que he creado una barrera donde sólo tú puedes pasar, Noah. Una barrera para crear a gusto y coger con mis personajes. Y hoy, resulta que la barrera no era tan grande como yo pensaba, y así como grito ahora en estas letras llenas de fuego y bondad por sacar la tristeza, así grité en orgasmos con aquel, con Ian, que hizo un hueco y se coló en mí. Aquel que se quedó en uno de esos recovecos de donde no puedo sacarlo porque no sé ni siquiera la ruta para llegar hasta él y sacarlo a madrazos. Y ahí, muy cómodo y calientito, se quedó a dormir, protegido. Sigue y seguirá hasta que se deshaga con el paso del tiempo y de las horas, los siglos o los meses, hasta que se desintegre. Y al mismo sitio estaba llegando ese otro tú, con tu inteligencia encantadora y perversa que me lleva a humedecerme todo el tiempo. Si te hubiera dicho «vamos a China», hubieras aceptado. Como si yo fuera el último barco en altamar que te llevara a Nunca Jamás.

Si fueras un personaje de alguna de mis historias, te mataría con lentitud, con dolor, haría que dejaras las otras islas y vinieras conmigo a otra luna de otra tierra de otra galaxia de otro universo.

Me desnudaría frente a ti y te diría: mírame, aquí estoy, que tu semen fecunde mi corazón. Que seas mi mejor personaje, que te deshaga la historia. Quédate en mí, por favor, quédate en mí. No quiero asustarte como asustaba a mi mamá o a mis amigos de México. Por favor, ésta soy yo. Así soy yo y me gusta ser yo. No voy a cambiar porque no quiero cambiar. Ámame así. Ámame más y que el oleaje de ese sentimiento llegue deslumbrando, que me apabulle, acaricie y provoque sueños, que te vea venir a mis brazos para despertar y tenerte. No te vayas. Ven y quédate en mi realidad.

Adentro de la tienda de campaña, con el cierre abierto desde donde se contemplaban las elevaciones rojas y tus ojos cetrinos, terminé de leerte esto que había escrito. Sonreíste.

—Qué bonito escribes, no voy a irme a ningún lado. Nunca. Quiero estar contigo por siempre. Si quieres hacerme personaje, está bien. Si quieres matarme en tu historia, también estará bien. Porque te amo… Esa carta, ¿es para mí?

—No, es para mí. Para reafirmarme que estamos aquí —me tomé mi dosis de medicamento y me miraste con desaprobación.

—¿Tú me amas, Mia?

—No. Porque todo amor tiene fecha de caducidad —respondí y te besé la decepcionada frente—. Sí, te amo.

—Entonces vuélveme a leer, me gusta tu voz. Léeme algo que nadie más ha leído. Algo que me diga más de ti. De nosotros —esa palabra te emocionó. «Nosotros».

—Lo leería mejor si estuviera en tu piel —no conseguía evitarlo. Tu piel era tan parecida al papel, que con Ian o sin él, tenía que probarte de nuevo, hasta formar con tus lunares la constelación del sexo.

—Lámeme —te pusiste de espaldas a mí, con las piernas abiertas me senté atrás de ti. Sentiste mi lluvia en tu cadera, me agaché y con el pecho rozando tu espalda, la besé.

—Mia… ¿qué te gustaba de Ian entonces, si te desagradaba todo de él?

Guardé silencio e intenté callar tus pensamientos volteándote y metiendo mi lengua en tu boca. Olvidaste tu pregunta y pusiste tu peso encima de mí.

Mientras me penetrabas y te sentía, miré incómoda hacia las montañas de fuego. Recordé a Ian sentado ahí como la primera vez

que fuimos a ese mismo lugar, mirándome hacia arriba mientras yo, impresionada, sólo atinaba a tomar videos de tanta perfección. «¿Del hombre que te ama no sacas fotografías?», me preguntó. Bajé el celular y le tomé una donde se refleja el cielo en sus ojos. Él veía hacia el horizonte y fue cuando le dije que aquel era un sitio arqueológico porque los que habitan ahí, dentro de la tierra, nos deben estar examinando. «Amo tu imaginación —dijo y se quitó el cabello del rostro—. Te amo, te amaré siempre».

Bueno, pensé, «siempre» es una palabra infinita. Así que sólo atiné a contestar: «Entonces, te amaré infinitamente».

Ian se levantó, tomó con ternura mi barbilla y me besó en los labios. Sólo así, rodeándome con su aroma a sal, entre las montañas y con una caricia tímida. «Volvamos», le dije, porque temía que, quedándonos más tiempo ahí, nos tragara la eternidad de un amor sin realizar. Y eso, estar cerca del que amas sabiendo que no puedes hacerlo, que no debes, que no lo harás, es lo más doloroso que existe. O eso pensaba. Porque después de la muerte de Ian y sabiéndome sola, por más que lo buscara en aquellas cordilleras, que enterrara mis gritos en la almohada, que llorara mientras manejaba en medio del tráfico y detrás de unos lentes oscuros para evitar ser vista, y aunque fuera a Brentwood a su casa y regresara a Londres de rodillas, jamás lo volvería a ver.

Me sentí un cadáver mientras terminabas, Noah, y te dejaste ir en mí.

Revisando mis apuntes escondida en una refrescante caverna, alcanzaba a ver la tienda de campaña con una luz dentro. Te imaginé leyendo o imaginando despierto. Debería haber atravesado la lluvia para acercarme y preguntar qué hacías.

Te imaginé durante muchos amaneceres en tu cuarto cuando vivías con tus padres, antes de que tu papá muriera, con la luz encendida y la puerta cerrada, esperando que yo llegara y tocara al menos una vez. Nunca lo hice. Y tampoco pasó esa noche lluviosa en que me escondí para escribir el plan a seguir después.

Leo en mis apuntes de la libreta vieja que la última llamada que tuve de Ian, fue desde el hotel Paris en Las Vegas. Enciendo mi celular que saco de la bolsa de mi pantalón, queda el treinta por ciento de pila y aquí no hay electricidad. La conservo como un tesoro.

Escucho su voz en el buzón: «Mia, no lo creerás, pero estoy en el hotel Paris. Yo tampoco me lo creo. Tuve que venir a las Vegas. Qué lugar tan horrible, ojalá me hubieras acompañado. Amaría cada lugar en el mundo si estuvieras conmigo. Perdóname, Mia. Por favor, perdóname. Eres mi magia, siempre. Te marco más tarde».

Para Ian, la tarde en Las Vegas nunca llegó. Tomó el avión a México y, ocho horas después, lo encontraron muerto.

Escucho el mensaje cuatro veces más. La voz de Ian inunda el horizonte, combina bien con la lluvia. Eso es, se convirtió en diluvio de tanto ser mar y ahora inunda mis días. Perdonarlo… eso ya no era posible. No entendía por qué él no iba a México y yo no podía ir a Estados Unidos o a Londres tan seguido. Perdonarlo por no pasar tiempo conmigo. Ahora me conformaría con una hora más. Con verlo pasar, sentir su olor próximo a mí, escuchar su voz susurrando «Mia, *I love you*». Nunca el amor me sonó más sincero que en otro idioma. En el lenguaje de nuestros besos tímidos, de sus manos temblorosas por el Parkinson enredadas en las mías que lo sostenían firme por el mundo. Así, entre sus dedos, fuimos a Argentina, Serbia, Toronto, Guatemala e Italia. De paso por mi melancolía, doy una vuelta entera a los mensajes de voz que dejó alguna vez en mi celular. Me alegro de no haber eliminado la mayoría de ellos, así podría tener su eco guardado para siempre en ese aparato y revivirlo cada que se me diera la gana. Pero debí haber respondido esa última llamada. Y los «hubiera» se desvanecen con las gotas suicidándose de la espalda de la madrugada mientras las hormigas rojas se trepan a mi piel invasora. Me levanté sacudiéndolas para regresar a la tienda, contigo.

No debía estar más tiempo afuera, pero extrañaba las locuras de mi imaginación antes de que los doctores insistieran en que estaba loca. Echaba de menos ver figuras en las nubes y en las montañas, escuchar las voces de los muertos o que la cama se moviera a mis pies. Quizá hubiese visto a las hormigas como enormes atacantes, y creado una historia de ello. Pero ahora estaba más seca, de ideas y creatividad, que el desierto.

—¿Dónde estabas, amor? Me asomé y no te vi —dijiste. No estabas leyendo. Jugabas en tu celular o enviabas mensajes, no lo sé. Mas cuando aparecí, lo guardaste en tu mochila.

—Por ahí, meditando. Perdiendo el tiempo. ¿Y tú?

—Aquí, pensando.

—¿En qué?

—Nada, no importa.

Al anochecer, descubrí que tu *sleeping bag* tenía bordado un nombre: Karla Reyes.

El pleito no se hizo esperar. Me sentí extrañamente triste y decepcionada. ¿Quién chingados era esa Karla Reyes?

—¡Nadie! —gritabas—. Nadie. No se compara con lo que tú y yo tenemos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tenemos? Así, en plural. Dime qué tenemos tú y yo. Porque sé que yo tengo mi vida y mis cosas. Y tú no tienes nada —intenté detenerme, pero no podía. Tenía diarrea verbal—. Nada. Eres un puto vividor.

Me miraste intentando decir lo que fuera y así, con la boca abierta, saliste. No comprendo de dónde salió tanta furia, pero mi interior estaba hirviendo. Deseé estar en la Ciudad de México, golpear algo, a alguien. Que me dieran cualquier mínima razón para hacerlo. Y digo Ciudad de México porque allá me dieron miles de oportunidades y pocas veces las aproveché.

Recuerdo una vez que iba caminando por la calle donde vivía, un tipo me chifló desde un camión de basura y otro se me acercó para decirme casi al oído, con su asqueroso aliento e invadiendo mi espacio personal: «Qué bonita». Uno más allá, desde una cafetería, leía el periódico. Me senté cerca de él a beber un té mientras leía y el pendejo rozó mi pierna con su pantalón un par de veces. Creí que había sido sin querer, luego me miró y supe que quería tocar mi pierna. Y de paso mis senos, porque veía con insistencia mi vestido con escote. Me sentí culpable y me fui. Culpable, ¿puedes creerlo? Por usar un vestido y ser mujer. Me dio tanta rabia conmigo misma, que quemé el estúpido vestido y de ahí en adelante casi siempre salía en pants y tenis. Al fin y al cabo, fue lo mismo con diferentes pendejos en la calle y otros «piropos». Desde autos, camiones, ventanas, escuelas. Guapos, feos, gordos, chaparros, altos.

Sin entenderlo aún, la mejor razón que ellos encontraban para chingarme —y a todas las mujeres— todo el tiempo, estaba en mi propio cuerpo. Como si hubiese sido creada para que me vieran, me intentaran nalguear, tocar, violar con la mirada o con sus vergas. Idiotas, irrespetuosos, pendejos.

Un día, salí con la determinación de que al primero que me dijera algo, lo golpearía hasta matarlo. En mi nombre y en el de todas las mujeres. Me vestí con una pequeña falda y una blusa amarrada a la cintura. Salí. Estaba encabronada ese día porque un profesor de la universidad, un tal Santa Juliana, me había dicho que, por ser mujer, no entendía las lecturas profundas de Marx. Que, por ser mujer en un mundo mexicano de machos, hiciera el favor de callarme las pendejadas que pensaba y que no me creyera mucho por ser la única que había realizado la lectura, era mujer y sólo por eso la pinche tarea no contaba.

Intenté poner una queja en la oficina del rector. No estaba y la secretaria no me recibió porque era la amante de Santa Juliana, tan jodidamente feo, ignorante y creído.

Arrugué mi resumen de la tarea, la tiré a la basura y al pasar frente al equipo de futbol de la escuela y después de decenas de chiflidos, «mamacitas», «ven a cogerme» y demás palabras de tan finos hombres, determiné hacerle un favor al mundo y matar a alguno de aquellos cerdos.

Salí con la falda, de inmediato un pendejo me gritó que «qué chula estaba» y luego dejé que se acercara a mí hasta quedar a dos pasos. No se dio cuenta que en mi mano izquierda tenía una pistola eléctrica. Le di una descarga en el estómago y otra en la cabeza. El tipo se revolcó en el piso, llorando, convulsionándose. Cuando estaba a punto de darle otro choque, me vio a lo lejos un amigo suyo.

No tomé en cuenta que a dos cuadras de mi casa había una marcha a favor del Sindicato de los Electricistas. Cerraron el paso a los autos, había cientos y cientos de hombres gritando y bebiendo, tenían pancartas y reían. El que estaba en el piso era uno de ellos.

Para que no me atraparan, tuve que subirme a un poste con todo y falda y gritar por ayuda hasta que un policía los alejó y me auxilió.

En fin, aquella alba en el desierto deseé estar en la Ciudad de México y matar a todos esos cabrones que me chiflaron, gritaron e intimidaron en las calles para desquitar mi coraje, para sacar la furia que se cocinaba con lentitud en mi interior.

Salí a buscarte. No. No tenías la culpa. Había sido injusta contigo. En esa ocasión no lo pensé, el «perdón» que te ofrecí fue

hipócrita, pero conforme pasó la noche, lo sentí de verdad.

—Karla es una exnovia. Creo que murió —miraste el bordado en el saco de dormir.

—Nunca me habías contado nada de eso —nunca hablabas de tus exparejas. Sentí una punzada en el estómago, ¿eran celos?, ¿o hambre?

—Casi nunca hablo de ella —charlabas de un modo en el que no lo habías hecho hasta entonces. Por lo general era yo la que platicaba, pero esta vez parecías sincero y hablar en serio—. Duramos poco, medio año, creo. Cuando se fue me sentí muy vacío. Ya tiene un par de años que pasó. Me desbarató y me dejó hueco. Y, Mia, no creo en las almas gemelas, pero sí en las vidas pasadas, y creo que llevamos muchísimo tiempo juntos. Si tú me dejaras, no sólo me sentiría hueco, creo que me desharías, ¿entiendes? Entre nosotros hay una conexión que no había sentido antes con nadie. Quiero que seas el amor de mi vida. Quiero durar contigo más que con nadie. Hasta que nos muramos.

—Sé bien lo que es sentirse hueco. Y a veces pienso que no hay nada que pueda arreglarlo. Los hoyos negros de la vida son permanentes —me gustaba hablar en serio contigo—. Hay que aprender y amoldarse a los huecos, como las raíces de aquel árbol afuera de tu casa, ¿recuerdas?

—Cómo olvidarlo, pinche árbol, levantó las banquetas.

—Pues así, aferrarnos como esas raíces al concreto. Yo también… yo también quiero estar mucho tiempo contigo —dije y me besaste en los labios. Tenía sueño, bostecé y con un gesto de ternura me besaste la frente—. ¿Entonces te quedaste el *sleeping* de tu ex, Karen?

—Karla. Sí, un día me lo prestó y jamás se lo devolví —noté tu incomodidad al decir su nombre.

—¿Karla qué?

—Karla-no-importa.

—No sé, quisiera saberlo.

—Qué curiosita andas hoy. Karla Reyes Solano, ¿contenta?

Asentí y repetí el nombre en silencio.

—¿Cómo murió?

—Fue en sentido figurado. Murió para mí, pues, cuando me dejó por su amigo que decía ser gay, pero resultó que siempre no, que

siempre sí le gustaban las mujeres. En especial la mía —nunca me gustó cuando los hombres hablaban de sus novias como «sus mujeres». Se me hacía machista—. Y me la quitó —¿era de tu propiedad?—. Fue difícil, pero luego me ayudó lo de que un clavo saca a otro clavo y tuve muuuchos clavos que me ayudaron… muchísimos clavos voluntarios.

—No estoy segura de que quiera seguir escuchándote —¿cuántos clavos? Claro que me moría de curiosidad, pero había tenido mi dosis de exnovias por ese día.

—Entonces, Mia… ¿por qué me hablaste así hace rato? ¿De verdad piensas eso de mí? Me preocupé porque no regresabas, sentí que me habías abandonado.

—¿En serio? No pienses eso jamás. No soy Karla. Estaba cerca, pensando.

—¿En Ian? —guardé silencio y te incorporaste—. En él, ¿verdad? ¿No te cansas de pensar en él? Siento que me estás engañando con un cadáver. Bueno, aunque él siempre fue uno.

Tus ojos burlones, tu barba reseca como alambre a causa del desierto, tu sonrisa idiota con dientes disparejos. Odié todo de ti.

—Qué comentario más pendejo, Noah.

—Bueno, yo no soy la que todos los días sale a llorar por un pinche muerto, ¿verdad? Si tanto lo amas, ¿para qué chingados me trajiste contigo? A lo mejor la próxima vez que tengas la oportunidad de decidir, deberías decidirte por alguien más.

—Eso haré. Seguro. Y olvida la disculpa. No era sincera. Era para que dejaras de llorar.

Tomé el *sleeping bag* y huí a dormir al auto. Saliste detrás de mí y pensé que era para detener la pelea, para abrazarme, para…

—Si te quieres quedar ahí —gritaste—, haz tu berrinche y congélate. Pero te advierto que, si duermes lejos de mí, no esperes verme en la mañana.

—¡Ojalá sea cierto! —azoté la puerta del auto y me acomodé—. ¡Imbécil!

Era verdad, me congelaría, pero podría dormir sin escuchar pendejadas, que también era algo muy valioso.

A las dos horas regresaste, intentaste entrar, pero la puerta ya tenía el seguro puesto. Te escuché entre sueños.

—Mia, por favor, nena. Vuelve a la tienda. Amor, por favor.

«Amor mis huevos —pensé—, ahora jódete».

Media hora después volviste con la copia de las llaves que guardo en mi mochila. Me sacaste cargando dormida del auto y me volviste a meter a la tienda de campaña, donde de inmediato te abracé y me hundí en tu cuello calientito.

Jamás debí intentar regresar al lugar donde Ian y yo fuimos felices. Mas ahí estaba, malgastando el tiempo en remordimientos idiotas como si no me hubiese costado tanto cometer mis deliciosos pecados.

—El pasado no vuelve, Mia. No lo esperes. Yo ya no espero nada. Ya sólo quiero estar contigo aquí y ahora. Y en el futuro. Siempre seré tuyo. No esperes que el pasado regrese. Vuelve a mí, Mia. Vuelve, por favor —susurraste en mi oído creyendo que en verdad dormía. Era cierto, tenías razón. Ian no volvería por más que guardara su voz en mi celular, su loción en la guantera del auto, un mechón de su cabello en mi maleta y su mirada de niño en el crepúsculo.

Ian se había ido. Me había dejado.

No obstante, todavía necesitaba saber qué había sucedido con él, quién lo había matado. Aún no era su momento de morir, y yo encontraría a su asesino para matarlo y masacrarlo también.

3

—Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas —bromeabas fumando y sacando el humo por la ventana.

—Excepto las enfermedades venéreas, ésas sí te las llevas contigo —alcé la ceja sin querer, recordando a un amigo que regresó con sida sin saber y luego contagió a su pareja. Ambos murieron el año pasado. Él de la enfermedad, ella se suicidó después. Escribí sobre eso en mi décima novela sin ningún pudor o remordimiento, pero al recordarlo era inevitable ligar las muertes con la de Ian, con su rostro amoratado, de plástico. Tomé un cigarro intentando cambiar el tema para expulsar la sangre de mi imaginación.

—Espero que ésta sea la excepción —lo encendiste por mí y luego lo colocaste en mis labios.

—«*What happens here, stays here*» fue una campaña publicitaria del 2003 para decir que en Las Vegas cualquier cosa es posible: puedes dejar tu día atrás, ser quien se te antoje, traspasar límites y miedos, tener un paréntesis de la vida cotidiana y nadie se enterará.

—Qué tentación. Pero, oye, yo no quiero ser un paréntesis en la tuya. Yo quiero ser una novela completa con un final feliz. Una serie con cuarenta temporadas. Sesenta.

—Sí, claro. Yo también —ese «yo también» sonó a respuesta automática—. El chiste es que la campaña insistía en no compartir, sobre todo en redes sociales y para preservar el desmadre y la «reputación» del lugar, todo lo que se ha vivido en Las Vegas.

—No lo sé. Jamás he estado ahí —sacaste una manzana de una bolsa y la mordisqueaste—. Pero mis expectativas son altas. Me siento como el Príncipe Harry cuando salieron las fotos que lo mostraban encuerado jugando strip-billar, «*Keep Calm and Carry on Harry*».

—Sí, bueno. No respetaron ese código cuando filtraron las imágenes del príncipe.

—Además, las chicas en bikini ni estaban tan buenas. Estás mejor tú —dijiste y metiste la mano en mi entrepierna, así que nos detuvimos a un lado del camino.

Cuando terminamos, con el cuerpo por completo acalambrado por la pésima posición, manejé por la carretera hasta que vimos los primeros vestigios de Las Vegas: un hotel, un casino, venta de fuegos artificiales, alcohol, comida y secretos, entre los que está uno importante que aprendí al llegar: no hay relojes en los casinos. Tampoco eres consciente de cuándo es de día y cuándo de noche, porque tampoco hay ventanas. Son días eternos.

El desierto de Mojave que conduce hacia «la capital del entretenimiento mundial» es más que un despoblado. Aburrido, sin forma, sin inspiración. Parece que cuando Dios lo creó, lo hizo sin ganas, como diciendo: «Ahí está, confórmense con eso, mortales». Todo es plano, hasta el cielo sin nubes.

Tú, a mi lado, cantabas una canción de Guns and Roses, «Sweet Child o' Mine». Me gustaba escucharte cantar y ver a la nada porque entonces tus ojos se volvían lagunas sin tempestad, no eras un niño intentando llamar mi atención. «*She's got a smile it seems to me reminds me of childhood memories, where everything was as fresh as the bright blue sky. Now and then when I see her face, she takes me away to that special place and if I'd stare too long I'd probably break down and cry. Oh, oh, oh, sweet child o' mine…*».

Después fue «Don't Cry», y no le hice mucho caso a la letra porque era la que siempre le cantaba a Ian para fastidiarlo cuando había bebido cervezas de más, que al final fue mucho más seguido. Y era peor si tenía un micrófono cerca. Me apropiaba de él y cantaba hasta que me dolía la garganta o me sacaban del lugar. Luego, siempre hacíamos el amor de forma deliciosa y salvaje. «*And please remember that I never lied. And please remember how I felt inside now honey. You gotta make it your own way, but you'll be alright now sugar. You'll feel better tomorrow. Come the morning light now baby. And don't you cry tonight…*».

Me detuve en una tienda para comprar cervezas baratas, cigarros y bolsas de papas para comer. Tomé tres paquetes para mí.

Noté que en la chamarra te guardaste una botella y escapaste rápido del lugar. Nerviosa, pagué intentando no ver la mirada sádica del vendedor. Quizá lo sabía y nos meterían a la cárcel, nos

deportarían… Salí.

Afuera, como si nada, bebías en el auto. Te arrebaté la botella.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué carajos haces esto? ¿¡Por qué robas, Noah!?

—Es divertido.

—¿Divertido? ¡Traigo dinero! Traigo todos mis ahorros. Si quieres chupar, sólo dímelo —dije y te arrebaté la botella—. Y aparte agarraste el más barato, pinche naco. ¡Nos pueden llevar a la cárcel por tres dólares! No necesitamos estas idioteces.

—Yo sí. Me prometiste aventuras, reír, hacer bobadas. Quiero hacer pendejadas. Ya no eres divertida. Estás amargada.

—¿Perdón? Pues discúlpame por no ser un jodido juego de feria para entretenerte, sabes que vine por un motivo.

—Sí, Ian, Ian, Ian. Ya me tienes harto con eso. Piensa en nosotros. Ya estamos aquí, en la ciudad de la diversión. Lo mereces, lo merecemos. Quiero que sonrías de nuevo, quiero besarte y reír. Nena, si vamos a Las Vegas, por lo menos hay que divertirnos, ¿o te la vas a pasar con esa pinche cara todo el día?

Acariciaste mi cintura y de ahí bajaste la mano hasta mi ingle. Sí, nos divertiríamos. Un poco.

Los primeros días en Las Vegas, una ciudad joven de poco más de cien años (y pensar que en 1844 aún pertenecía a México, fantaseo en lo que hubiese sucedido con este lugar), pasaron con prisa.

Nos hospedamos en el número 3655 de Las Vegas Boulevard, en el ostentoso hotel Paris. Desde que te lo sugerí, no adivinaste que era porque Ian se había hospedado ahí antes de ir a México. Te tomaste *selfies* en la fachada frontal del edificio, en la falsa Ópera Garnier y en el falso Museo del Louvre.

Insistí en que nos dieran la habitación 3045 hasta que lo logré. Subimos por uno de los elevadores, metiste la mano en mi pantalón, pero te detuve recordando el escándalo aquel de 2010 donde lo que pasó en Las Vegas no se quedó en Las Vegas cuando cámaras ocultas en este hotel captaron a parejas haciendo el amor, gente sacándose los mocos frente al espejo, unos ancianos peleando y a un golpeador dándole en la madre a sus latosos hijos.

Llegamos a la habitación, aventamos las cosas en la cama estilo francés y después de manejar varias horas en un auto sin aire

acondicionado, apestando a alcohol y a cigarro, nos desnudamos para entrar al jacuzzi en el baño de mármol.

Entraste al baño *très magnifique* dejando la puerta abierta. Mientras, te mentí diciendo que debía llamar a México para checar lo de un trabajo, cuando la verdad es que quería inspeccionar la misma habitación en la que Ian se quedó aquella noche. Así es, entre las más de cien mil habitaciones de Las Vegas, elegí aquella.

Corrí las cortinas. Desde ahí, se apreciaba un letrero de neón con forma del globo Montgolfier, un Arco del Triunfo de escala dos tercios, una réplica de la Plaza de la Concordia y Las Vegas Strip, y la gente abajo como hormigas de un lado a otro. Extrañé las hormigas rojas del valle. Cerré las cortinas, encendí el aire acondicionado y comencé a examinar la habitación. En algún lado seguro habría huellas de Ian. Él había caminado por la misma alfombra, se había dormido en la misma cama, quizá encendió la televisión y miró los folletos sobre el buró. Lo conocía bien, sabía que había dejado su ropa afuera de la maleta sobre la silla, como siempre lo hacía, y los zapatos debajo de la cama.

No me atrevía a entrar al baño contigo, Noah, porque sabía que él se bañó ahí también, quizá pensando en mí. Se habría reflejado en el mismo espejo con su espalda pálida y derecha sin un solo lunar, cepillándose el cabello corto y canoso sólo de los lados, muy negro el resto, con la toalla sostenida en la cintura, tarareando aquella canción que tanto le gustaba, «*Don't Dream It's Over*» de Crowded House.

Me vi en el espejo de la habitación, ahí donde él ya estaría vestido, con alguna camisa de color claro. «*Hey now, hey now. Don't dream it's over…*». Acaricié lentamente y con la punta de los dedos la cama y los muebles. Los suyos estuvieron ahí antes. Cuántas cosas tocamos con descuido, con la deliciosa ignorancia de que alguien que te ama llegará después y hará lo mismo buscando tus huellas. «*Hey now, hey now. When the world comes in, they come, they come to build a wall between us…*». Me senté en la cama. «*We know they won't win*». Me llamaste desde el baño.

—¡Ya está caliente el agua, Mia! —reíste—. ¡Y yo también!

—¡Voy!

Me levanté quitándome la blusa y los tenis, sin desatarlos. Uno cayó debajo de la cama. Una pista, sólo necesitaba eso. Hurgué en

toda la habitación, abrí el armario, busqué en los cajones, toqué la madera para ver si no tenía algún fondo falso. Debajo del colchón vi una pelusa gigante que se me figuró una rata y salté temblando, mas al ver que no salía nada de ahí, volví a hincarme —con reservas— y me di cuenta de que sólo era basura. Busqué detrás de las cortinas, agitándolas, y atrás del espejo después de que logré quitarlo y dejarlo recargado en la ventana. Registré el buró y debajo del mueble. En el cajón, por fin había algo: una biblia (sí, en Las Vegas), una pluma con el logo del hotel y una libreta con una torre Eiffel dibujada en ella. Con las rodillas en el piso, metí la mano hasta el fondo, queriendo encontrar cualquier cosa de él que me indicara por dónde seguir. Escuché que te metiste a la bañera sin mí.

Nada. Moví las camas, quizá habría algo detrás. Caminé descalza y con cuidado sobre la alfombra para sentir lo que fuera en caso de que Ian hubiese escondido algo para mí. Tanteé las paredes, arranqué incluso un poco de tapiz. Busqué en la caja fuerte. Moví el teléfono y, agotada, me senté en el escritorio que estaba debajo de la televisión. Maldita sea. Nada. No conseguía creerlo. Nada.

Me quité el resto de la ropa. Un calcetín cayó detrás del buró. Sonriendo, abrí las hojas suaves de la Biblia en cualquier pasaje. La volví a meter al cajón y moví el buró para retirar mi calcetín.

Mi mano topó con algo, lo saqué. Era la novela de Ian *En tu muerte*. El libro estaba cobijado por mi calcetín. Ahí estaba, lo sabía. Mi corazón se aceleró enamorado de nuevo. Lo vi por fuera, le di vueltas, no había ninguna marca. Lo acerqué a mi nariz para olerlo, quería ahogarme con el olor de sus letras.

Ian escribió *En tu muerte* mientras estábamos en Valle de Fuego la primera vez que me llevó. Llegamos al atardecer, cuando las formaciones de arenisca roja quedan iluminadas por la luz del sol y parece que todo estalla en llamas.

La espalda del cielo suspiraba detrás de las montañas al horizonte, mientras sudaban lagos rojizos escondidos en la arena mil veces bendecida por los primeros indios que purificaban en ellos las ofrendas a sus dioses. Los animales lo sabían y daban pequeños, rápidos y silenciosos pasos, observando todo desde las cuevas formadas con arena por la erosión.

La muerte que describió en su novela era la de una mujer

perdida en la arena con su amante que buscaba respuestas, había una persecución, lágrimas, violaciones, asesinatos, fantasmas, alcohol y extraterrestres. Fin. Tuvo mucho éxito, fue traducida y muy halagada. Yo estuve hasta el fondo de las presentaciones, viendo discreta su sonrisa encantadora de serpientes para el público que se movía al ritmo de sus palabras. Mientras tanto, sabía que esa voz era sólo mía, sólo yo lograba descubrir olas en su perfecta dicción, tormentas mientras hacía el amor.

Ahora su historia, aquella incomprensible con el final inesperado e ilógico que jamás me gustó del todo (es decir, ¿quién escribe que al final resultó que eran extraterrestres en vez de demonios, aliens de otra galaxia que se transmitían por contacto sexual? Productores locos), estaba en mis manos una vez más, en esa habitación. Mis pensamientos fueron interrumpidos por tu «¿no vas a venir? Ándale, te estoy esperando. No me digas que andas de chillona».

Noah, tan tú, de nuevo. Quise aventar el libro, caminar directo al jacuzzi y ahogarte para que me dejaras leer en paz. Todas tus formas, tu verga y tu voz, se volcaron en mi contra. Tú llamándome, el libro en mis manos, Ian en mi lengua y tú en mi vagina. Qué tentadora combinación.

Te ignoré, abrí el libro y lo hojeé. Me lo sabía de memoria, conocía los personajes y lograba reconocerme en cada uno de ellos. Eran una mezcla extraña entre Ian y yo, como los hijos que nunca tuvimos.

Claro, odiaba la historia, no obstante, amaba todo lo que viniera de él.

No hallé nada nuevo en las palabras, así que lo agité y le dije: «¡Dime algo de él por favor! ¡Algo! ¡Llévame a su asesino!».

—¿Me llamabas, amor? —preguntaste en voz en *off* desde el baño.

—No, Noah. Dame un minuto, por favor. Es que encontré… ya voy. Dame unos minutos.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa? ¿Necesitas algo?

—No, gracias. No pasa nada. Sólo estoy buscando ropa limpia para usar… eso es todo… dame un minuto.

—Pero no la necesitas… podemos quedarnos así todo el día, viendo pornografía de paga en la televisión.

—¡Dije que ya voy!

Estúpido libro, estúpida historia. Me senté frustrada sobre la cama viendo el ejemplar. Por algo lo había dejado ahí, escondido. Cualquier cosa. Abrí página por página hasta que en la veinticinco encontré una huella dactilar de una persona que lo había leído antes. Podría ser su huella o la de cualquiera, no obstante, pasé mi dedo sobre ella. Quizá Ian había dejado marcada esa página por casualidad, sin saber que yo llegaría unas semanas después a hacer lo mismo.

Comencé a leer en voz baja:

—El miedo es bueno —dijo Nina buscando con la mirada mis latidos de ceniza, cambiante, lluvia colada en sus pestañas de ciega.

—Eso es un mal comienzo —dijo el escritor en seco, sin pensarlo, queriendo sacarla de su laberinto donde, curiosamente, la única salida era ella. La muerte fermentando su veneno, regado en las tumbas de los sueños falsos.

—El miedo es bueno porque te impide cagarla. Si tienes miedo, darás lo mejor de ti una y otra vez, como si siempre fuera la primera vez. Es bueno, porque te protege de ti mismo —Nina le robó un beso a Joseph, un beso robado con capuchinos de postre.

Después de todo, eso es el amor: libertad de llantos, de insomnios esperando despiertas caricias. Una revolución en las entrañas. Máscara desnuda de tanto andar. Se reinventa sin cesar, nace, muere y reencarna en otros ojos que habías visto antes, pero no como los de hoy ni ayer ni como los verás después.

Nina cayó de nuevo sin recordar el asesinato en el desierto, los demonios, el arma en su mano disparando, salpicada de sangre. Atrapada con tinta en las venas, en otro cuerpo. Es el minuto detenido en el reloj el que le decía que, si daba un paso más, respiraría su piel, envuelta cual sábana cínica de reproches malparidos. Joseph, seguro de que Nina no sabía la verdad acerca de que ella había cometido el crimen, abrió los brazos. Donde termina su historia, empieza su boca.

Terminé de leer la página señalada. No me decía nada nuevo, pero sí sentí el reproche señalado en cada una de sus palabras. Quería protegerme de mí misma.

No sé cuándo escribió todo aquello Ian, si entre los viajes que hacíamos o en medio de alguna producción. Recuerdo el año, mas nunca lo vi escribiendo. No sé en qué momento me convertí en

personaje.

Saliste desnudo y escurriendo del baño. Me viste con el libro en mis manos y negaste con la cabeza. Sin mirarme, te sentaste en la cama, te secaste con una toalla y buscaste ropa limpia en tu maleta. Tomaste una de las tarjetas para entrar a la habitación y te largaste. Yo hubiese hecho lo mismo si hubiera sido tú.

Llegaste más entrada la noche, yo dormía del lado izquierdo de la cama, debajo de la ventana. El libro dormía también, escondido en la caja fuerte.

—¿Amor? Despierta —me moviste—. ¿Estás dormida, Mia?

—Algo… ¿qué pasa? —fue bueno que me sacaras de aquel sueño donde veía a Ian destrozándome el clítoris con los dientes, abriendo en dos mi carne, dejándola salpicada en una vulgar habitación de hotel. Ya estaba muerta, pero veía todo desde arriba y con dolor le imploraba que no lo hiciera, que no me dañara más. Luego tu voz se confundió con la mía. Cuando abrí los ojos, no supe bien dónde estaba.

Me diste un beso en la frente y dudaste un segundo.

—Sí, estoy despierta. Dime, Noah.

—Tenemos que bajar al bar. Encontré a alguien que vio a Ian ahí.

Me senté en la cama mirándote aún adormilada y preguntándome si era un sueño, una alucinación o la realidad. En automático, chequé que mis medicinas estuvieran en el cajón del buró y las tragué sin agua. Los brillos neón afuera iluminaban la habitación como si fuera de día.

Cuando llegamos al bar de margaritas que estaba enfrente de las fuentes danzantes del Bellagio, con toda esa gente dándonos la espalda viendo como el agua subía varios metros para volver a caer en medio de luces y música, nos sentamos en la terraza porque el rock adentro estaba muy fuerte, quitamos las cervezas vacías frente a nosotros e intenté usar el cenicero, pero estaba repleto de colillas.

Te dirigiste a la barra del bar. La acera parecía un carnaval, había desde un Elvis refunfuñón caminando ebrio con la peluca despeinada hasta un gordo sentado en el barandal sosteniendo un letrero de «Denme una patada en las bolas por veinte dólares». A su izquierda estaban dos tipos dando tarjetas a los turistas, uno para un *table* y el otro para un antro. Me dieron la del *table*, no supe si

sentirme halagada.

Saliste con dos vasos de plástico con margarita de limón en ellos. Se me antojó más un tequila derecho. O dos. Pero ya que me llevabas el alcohol, ni mi organismo ni mi mente estaba en condiciones de rechazarlo.

—El tipo que lo vio trabaja aquí. Hay que esperar a que acabe su turno.

Te sentaste de nuevo junto a mí en esos incómodos bancos de madera húmeda. Usaba una falda que se trepaba en mis muslos como no queriendo y una blusa escotada. El calor era como un golpe en el rostro, sentía las mejillas hinchadas y los labios resecos.

Te acercaste para besarme, pero me hice a un lado con el pretexto de tomar un trago de la bebida. Me iban a dar alguna información sobre Ian, sentía que besarte bajo esas circunstancias era como engañarlo. Hundiste tu mirada triste en tu vaso. No te lo había dicho, pero durante varias noches, antes de despertar, me acurrucaba en tu espalda para abrazarla y dejarme ir en tu respiración. Me gustaba el olor de tu sudor y de tus sueños, que eran tan pocos, simples y sencillos. Sólo querías estar conmigo. A veces te besaba los lunares y sonreías dormido. Y entonces me daba por pensar que esta búsqueda era inútil, que Ian ya había muerto y que saber qué sucedió no cambiaría eso, no le devolvería la vida, no me lo traería de vuelta. Que tal vez lo mejor sería irnos tú y yo a gastar ese dinero a otro lado, por el mundo, a ver lugares que ninguno conociera, a quedarnos a vivir en una cabaña en medio de la nada, a vivir de amor y cogidas. Porque pensar en ti era pensar en sexo, en tu cuerpo sobre el mío; iba unido.

Volteé tu rostro y te besé. Sabías a limón. Masticabas un hielo y me pasaste algunos trozos, qué delicia sentir el frío en tu lengua.

—Noah, ¿cómo supiste que lo habían visto aquí?

—Mientras dormías, anduve por aquí con la foto de Ian en el celular, buscando gente que lo hubiera visto. Es que… te vi tan desesperada. Te he visto tan mal. Cada vez tomas más medicamentos y ya no puedo con eso. Quiero ayudar. Quiero que todo este infierno se termine de una vez por todas. Pregunté en varios bares, tiendas, a gente en la calle que siempre pide dinero en el mismo lugar y así. Hasta que llegué aquí tres horas después, súper cansado. Ya casi me daba por vencido, pero cuando me

dijeron que lo habían visto, salí corriendo por ti.

—Gracias, gracias Noah —temblaba—. Eres increíble.

—No lo hice por ti. Ni por Ian —parecía que el nombre se te había atorado en la garganta—. Lo hice por mí. Porque cuando sepamos qué pasó, seremos libres para estar sin él en medio.

—Yo… lo siento. Debo ser muy desesperante con todo este tema. Es que…

—Shttt… —pusiste tu dedo en mis labios—. No. No lo hagas. Sólo… sólo promete que cuando esto acabe, de verdad seguiremos juntos, que en serio ya no nos separaremos.

—Claro —sonreí, nerviosa aún, ¿qué tanto habían visto a Ian ahí? Moría de la curiosidad. Encendí otro cigarro con el mismo que estaba consumiendo antes de que se apagara—. Noah, nunca te cases conmigo.

—Acepto —me besaste las manos.

Un tipo delgado, con mirada orate y labios muy grandes e hinchados, se acercó a ti lamiéndose la boca y te tocó la espalda con un dedo inseguro.

—¿Qué onda, chino? —te preguntó—. ¿Es ella?

Asentiste viéndome. El tipo se sentó y me dio la mano.

—Soy Arturo. Soy colombiano —bien, era Arturo y era colombiano, podría llamarse Damián y ser francés, me daba igual.

—Hola —¿qué más podría decir?, «¿sabes quién mató a Ian?»—. Me dijo Noah que conociste a Ian.

—No, así como conocerlo, conocerlo, pues no. El tipo vino al bar y entró, así como viendo todo medio raro, medio mamón, bajo de nota, pues, y le serví agua con un limón. Me acuerdo de eso porque nadie pide agua con un limón en Las Vegas. Pinche marica. Además, me firmó su película, mira —sacó de su camisa, como si fuera contrabando, *Pesadilla*, una de las películas de Ian, con su inconfundible y ególatra firma. Luego la guardó— Soy su fan desde *kukito*, ese *man* muy *bacano*. ¡*Paila*! Me enteré que le dieron cuello en México. Era de saber. Esos putos mexicanos son de lo peor. ¡Puro jueputa!

—Soy mexicana, pendejo.

—Ahhh, pues no pareces, no te alebrestes. Ni tienes el acento de los chilangos. ¿Qué querías saber?

Acento chilango. Como chilanga, jamás me he percatado de él.

Dicen que es como cantadito.

—Con quién estuvo Ian y si sabes de qué hablaron o, si estuvo solo, durante cuánto tiempo. Todo, todo lo que recuerdes. Lo que sea ayudará. Cualquier detalle. Por favor.

Arturo te vio dudando. Te levantaste excusándote para ir al baño. Diste dos pasos, luego volviste para darme un beso en la frente, marcando territorio —antes no me orinaste—, te diste la vuelta en dirección a la barra y te perdí de vista entre un grupo de amigos que brincaban y bailaban a lo estúpido.

—El dire estaba con un *ñero* muy gordo, que hablaba muy mal inglés. Peleaban por algo de negocios, me parece. Una película de terror que iban a hacer y ya no se hizo a la mera hora. El gordo le debía dinero y le decía que no le iba a pagar nada. Y se alborotaron. El dire estaba rojo del coraje.

—¿Ah, sí? ¿Cómo escuchaste todo eso?

Arturo lengüeteó de nuevo sus grandes labios, quedando un pedazo de pellejo en su lengua. Luego lo escupió cerca de mi bebida. Las náuseas fueron subiendo por mi garganta, pero las controlé, aunque sabía que no podría estar cerca de ese hombre mucho tiempo más.

—Después de que les traje sus bebidas, me quedé conquistando a unas gringuitas muy borrachas en la mesa de al lado, pero la conversación del dire era más interesante. A ellas ni se les entendía después de tantos tequilas. De cualquier forma, me las iba a coger. Estuvo buena, la cogida. Primero una así —puso las manos en la cintura—, y luego la otra —lamió el cielo, hacia arriba, babeando —. ¿Eres policía? Porque no quiero pleitos. Estoy aquí legal, pero ya sabes cómo está la cosa con el pendejo de Trump, no quiero que me deporten. Y si gana las elecciones ese jueputa, no mamar.

—No, no soy policía. Era amiga de Ian, quiero saber qué le pasó. Era… mi mejor amigo. Nada más.

—Vaya… y ese *man*… con el que vienes, ¿es tu novio?

—No. Sí. No importa.

—No me da confianza, tu galán llegó muy encabronado a chupar y de pronto sacó su celular y comenzó a mostrar como loco la foto del dire preguntando si alguien lo había visto. Pinche demente. Fue suertudo de que yo lo hubiera visto. Me dijo que me pagarían por la información.

—No sé por qué dijo eso. No tengo dinero.

—Entonces me largo —se levantó—. Chao, niña.

—Espera. Arturo, ¿verdad? —lo detuve del codo—. Sí te pago, pero dime… ¿cómo sé que es cierto lo que me dices?

Arturo sonrió como muñeco. Sacó su celular, uno mucho más moderno que el mío, con un protector de pantalla con la fotografía de las nalgas de una mujer tomadas en picada. Buscó en sus archivos y reprodujo un video donde medio salía Ian hablando con el gordo detrás de las chicas a las que Arturo se ligó. No se escuchaba lo que decían, pero, en efecto, Ian se veía molesto, y el otro estaba peor. El video duró diez segundos y no pude reconocer al gordo, pero me era familiar. Logré que Arturo me pasara el video a mi celular por unos dólares más. Volviste del «baño» con un sobresaliente aliento alcohólico. Cuántos caballitos te habrías echado en la barra.

Arturo regresó a trabajar sin recordar nada más de Ian o de su acompañante.

Quise volver al hotel a dormir, pues ya casi amanecería, o eso decía el reloj del celular. En Las Vegas es igual si es de día o de noche, de madrugada o por la tarde. La ciudad, a pesar de tener tantas vidas en sus manos, es fría y rígida como un cadáver.

Me tomaste de la mano y caminamos por la acera abriéndonos paso entre tacones estúpidamente altos, disfraces, faldas, rastas, borrachos, Elvis y joyas falsas.

Al entrar al hotel, me pegó fuerte el aire acondicionado del casino, y me mareé sonriendo un poco al recordar un dato que Ian me dijo una vez sobre este lugar: los casinos de Las Vegas, con su gran sistema de video y de unidades de reanimación para los que sufren con el juego, son los mejores lugares para sufrir un ataque cardíaco, pues su tiempo de respuesta es superior al de un hospital. Es decir que es más seguro tener un ataque en Las Vegas que en el interior de un hospital, incluidos los particulares mierdosos de México. Así que, al menos aquí, no moriría de un infarto.

Nos sentamos en Beer Park, justo en medio del casino que tiene el menú de bebidas en forma de corsé francés. Para hacerme reír, te pusiste la carta en la cintura como si fueras una bailarina, y te movías igual. Sabía que no debía tomar tanto por los medicamentos, sin embargo, no lograba —o quería— evitarlo.

Escuché una voz dentro de mí que habló por mis labios, pidiendo más y más alcohol. Más destrucción. Entró en mi corazón una depresión tan fuerte que no conseguía superar todo aquello. Comencé a reír como idiota, sin parar, hasta las lágrimas y casi gritar. Creíste que era por tus payasadas y seguiste hasta que ya no sólo no fueron graciosas, sino que eran hartantes. Unas ancianas en la mesa de al lado te veían con vergüenza, y eso que ambas usaban sandalias, shorts que dejaban ver su terrible celulitis y dos playeras de «Las Vegas» bordadas con diamantes y, tan pegadas a sus cuerpos, que mostraban con todo orgullo y placer su carne flácida debajo de los senos aguados que se confundían con la cintura.

La viste, las saludaste y te perdonaron enseguida. Quién no lo haría con esas cejas. Incluso una te dio una nalgada. Así, nada más.

Me levanté y fui a una máquina de póker por cincuenta centavos. Me alcanzaste luego de que te libraste del acoso de las señoras, quienes te dieron su número de habitación y de teléfono, para que las vieras más tarde. ¿Qué podría decir al respecto?

—Deberías ir y sacarles una lana.

—No, qué tal que me chupan la juventud.

—Lo que quieren es chuparte otra cosa.

Te saludaron coquetas desde la mesa. No sabía si no se acercaban de nuevo por pena o porque sus traseros gigantes se habían quedado atorados en las diminutas sillas.

Jugamos un par de horas. Ganamos la grandiosa cantidad de ocho dólares con cincuenta centavos y antes de perder, después de dieciséis cervezas más, buscamos el elevador para ir a la habitación. Subimos a nuestro piso. Me detuve en medio del pasillo, donde un sillón en forma de círculo con espejos arriba llevaba a uno de los cuatro pasillos. Me quedé ahí, sintiéndome como en un juego de feria. Ésa del espejo no podía ser yo, porque la veía disfrutar enredada en tus brazos, dejando que le metieras mano debajo de la falda mientras ambos se veían en el espejo. ¿Dónde estaba la novia de Ian, ésa que reconoció su cadáver en la morgue?

Cómo te devoré esa noche, cómo te comí completo. No podíamos frenarnos. Era una euforia de cerveza, sexo y drogas, de cuarenta y ocho horas sin parar. Quería olvidar a Ian, o recordar quién chingados era el gordo con el que estaba en el bar de Margaritas. A lo mejor sólo quería vivir. Probé de todo, vomité de

todo. Veía sombras por doquier, voces que me gritaban en el cráneo, imágenes que no existían, pasos y negrura en las lagunas que existen en mi cerebro. Sangre, muchísima. Marcada en las paredes, en los pasillos con cadáveres colgantes, desollados, masticando sus lenguas.

No dormimos, creo. Cogimos en todas las posiciones que encontrábamos en internet. Me sentía arropada por tu cuerpo, tu mar, tu barba, tus lunares y tus pies fríos con calcetas. Porque nos acostábamos tú, tus calcetas y yo. No sé por qué no te las quitabas, era una manía horrible.

Soñé mucho esas horas con que escribía esto, con que lo leerías y te torturarías sabiendo que no te amaba, o al menos, la mayor parte del tiempo, no lo hacía. Soñaba que quería estar sola o con Ian, daba lo mismo. Que eras el muñeco sexual que a veces me hacía compañía. Quería atormentarte hasta hacerte llorar sangre. Porque también me sentía usada por ti, te colgabas de mi fama en México, no aportabas un peso, eras simple como un helado de vainilla o un cielo sin nubes, montañas o nada. Sin vida extraterrestre después de un exorcismo. Un bobo y placentero maniquí. No quería hacerte daño, no lo merecías, te habías aventurado a ir conmigo en esa locura estúpida y frustrante, pero pudiste haber cogido con cualquier mujer en México, hacer una vida, tener hijos, casarte y vivir en una oficina. Ir a bares de *strippers* de vez en vez con tus amigos Godínez que ya habrían engordado, serían calvos y tendrían una vida igual de común a la tuya.

Conseguiste las drogas en las dos horas que fuiste y volviste del extremo Oeste de Las Vegas. Te vi entrar con unas pastillas y mota, que fumamos desde la ventana, echando el humo al falso arco del triunfo.

Llegamos —no sé cómo— al Venetian, el casino más grande del mundo, calificado con cinco diamantes por la AAA en Estados Unidos, drogados por completo. Paseamos en góndola, compramos pendejadas y entramos al museo de cera llamado Madame Tussauds Las Vegas. Veía todo en cámara lenta, las caras graciosas me miraban y había espectros, niebla y luz. La cara en cera de Whoopi Goldberg me habló, moviendo la boca dijo algo como «a-se-si-na», y yo le respondí «te odio Whoopi. Siempre odié tus películas y que

hayas poseído a Demi Moore en *Ghost*. Esa escena me daba mucho asquito».

Aunque tú después me comentaste que ni habló Whoopi ni salió sonido alguno de mi garganta.

Quise bailar con la estatua de Jerry Springer, pero nos sacaron del lugar.

Lo mejor fue que Ian no estuvo en mis fantasías; por dos días no lo pensé, mi obstinación quedó enredada con la locura en medio de su video, su libro y su recuerdo en la caja fuerte.

Hicimos el amor detrás de unos autos en un estacionamiento y en un teatro escuchando a Celine Dion, eterna en Las Vegas, a la cual sólo veía borrosa a causa del alcohol, y lloré con la canción de «My Heart Will Go On».

—Pobre Jack, sí cabía en la tabla. ¡Lo dejaron morir! Tan guapo que era… —grité, y nos sacaron.

Jamás me gustó *Titanic*. Tan cursi. Además, cogieron de hueva en el auto antiguo, con la famosa escena de la mano en el cristal, y también aquella de Kate Winslet desnuda mientras DiCaprio la dibujó. Todos sabíamos que alguien moriría. Siempre sucede igual. Alguien debe morir para que la vida continúe.

También dejé que me manosearas en la pista XS del antro del hotel Encore, donde nos «retiraron amablemente a la calle» los de seguridad. No podía dejar de cogerte, estaba mojada todo el tiempo en medio de ese desierto tan caluroso.

Apenas recuerdo que pasamos frente al Paiza Club del hotel Palazzo, en el piso 50, el opulento club revestido en madera que domina el legendario bulevar. Sin embargo, estaba fuera de nuestro alcance, estábamos muy lejos de ser de los jugadores más ricos del mundo, los llamados «ballenas» o «cachalotes» que se juegan habitualmente decenas de miles de dólares en los dados o en las cartas. El precio de admisión es, de por sí, abusivo. Nos reímos en su cara cuando nos enteramos de que debíamos tener al menos un millón de dólares en nuestra cuenta para gastarlo. Los guardias de seguridad nos miraban como guardias reales, ingleses, sin moverse mientras nosotros casi vomitábamos en su cara.

—La admisión es exclusivamente por invitación —dijo uno de ellos. Le mostraste el dedo de en medio y nos fuimos carcajeándonos.

En nuestra alucinación íbamos comentando algo sobre cómo El Palazzo tiene su propia flota de aviones privados para transportar a las «ballenas» —y sí que lo parecían, con tantos kilos de grasa— desde sus países de origen hasta Las Vegas, con una plantilla de mayordomos políglotas y televisiones sintonizadas con canales desde Canadá hasta Hong Kong.

Nunca había probado el LSD y, hasta esa noche, no conseguía ni imaginar cómo me sentiría… me hizo comer una aceituna en una hora, verla, darle vueltas, sentir el presente en mis labios. Sentí cómo mis dientes partían pequeños pedazos, pasaban por mi garganta y los dirigía la maravilla de mi aparato digestivo. La luz brillaba más que nunca y hablaba conmigo misma en el espejo.

Era yo, pero sabía que era otra persona.

Era Ian y no era él mientras todo a mi alrededor, los muebles, el espejo y la tina, se volvieron rústicos, tenían miles de años ahí, abandonados.

Otro cuarto en otro tiempo.

Los olí.

Exhalaban aroma a historia, a leyendas.

Creo que fue el momento más feliz de mi vida.

Luego todo empeoró. La euforia se terminó al pensar que quizá sí había asesinado a Ian. Lo deseé algunas veces en secreto, meditaba sobre cómo podría matarlo. Cuando estaba dormido, después de un estreno, de una junta importante o de un contrato por millones de dólares que había cerrado ese día, juntas en las que pensaban que yo era su secretaria-asistente. Parecía que todo se lo debía a él, cuando no era así. Lo conocí cuando mi carrera ya estaba en alto. En esos segundos, lo odiaba a fracciones. Pero el deseo de matar no te convierte en asesino, ¿cierto? ¿Cierto?

En fin, como siempre pasa, las drogas se acabaron y llegó el dolor de cabeza, incapacitante, insoportable; el martillo en las sienes, el aro de luz impidiéndome el habla, moverme, pensar. Así, debajo de las cobijas o en la tina, quería morir, que se acabara el pinche dolor, aunque fuera suicidándome, pero estaba muy cansada para matarme.

Antes de quedar tirado en la alfombra en una posición de Superman, con la mano alargada como si en tus últimos segundos hubieses querido llegar a la cama, murmuraste algo de tener un

bebé, querías un hijo conmigo. Pero no lo lograste, te quedaste babeando en la alfombra, roncando sin moverte y a veces sin respirar, por catorce horas. En mi delirio, me asusté creyendo que también habías muerto, pensando que Ian había vuelto con su venganza. Ni siquiera tomé en cuenta tu idea del bebé, la deseché por el inodoro junto con toda la comida y bebida de mi estómago.

«Yo no lo maté. Te juró que no lo hice. Tú sabes que no lo hiciste». Me repetía a mí misma, recargada en el espejo del baño, después de regurgitar también en el lavabo, con el cabello grasoso, el rostro descolorido y los labios morados. «Tú no lo hiciste». Caí en el mosaico, pegándome en la cabeza. El dolor resonó en mi cráneo hasta mi nuca. No sabía si el agua que corría por mi espalda eran lágrimas, sangre, sudor o una mezcla de todo aquello. Sentada en la esquina del baño, veía mi imagen en el espejo de cuerpo completo.

Un cuchillo en mis manos. El rostro de Ian suplicando. Carne cortada en trozos y yo alimentándome de ella, como animal. Estaba desnuda, haciendo el amor con su cadáver, sacando los ojos de sus cuencas con una cuchara con la que antes comimos helado. Lamía los intestinos que salían cual serpientes de su cuerpo, jalándolos, vistiéndome con ellos, bailando en otro espejo. Chupando su lengua hasta arrancarla y jugar con ella entre mis dientes. Ian… Ian… ¿estás muerto? ¡Ian! ¡Sólo estaba jugando! ¡Ian, no! ¡No!

Mi grito me despertó. Seguía en el piso, con la sensación de dolor en la cabeza y la piel helada por el contacto con el suelo. No, yo no lo maté. El deseo no puede matar a alguien. No.

Medio cruda, pero ya un poco más consciente, vi el video de Ian veinte veces más en mi celular, sus labios delgados moviéndose, con sus pequeños colmillos sobresaliendo, y el vendaval de su mirada. Ian jamás discutiría por dinero, es decir, era alguien a quien le pagaban quince millones de dólares por película, es improbable que discutiera con un productor mexicano por ese tema. O al menos eso creía. Entonces, ¿qué sucedía? ¿De qué proyecto hablaban que yo no estaba enterada? Maldición.

Leí el libro de nuevo, la marca, el personaje. ¿Quién era ese personaje?, debía ser alguien que yo conociera, pero ¿en qué se relacionaba con el tipo gordo? Necesitaba una señal, por Dios, una que me llevara a él de nuevo.

Te miré y quise ser tú, convertirme en ese ser al que nada le

importa, que estaba ahí, tirado en el piso, soñando quien sabe con qué, quizá conmigo. Cuántos años quisiste salir conmigo, cuántos estuviste aguantando ahí como amigo al pie del cañón a que mi corazón se rompiera para que entonces pudieras entrar por una de las grietas, hasta que lo lograste con descaro, sin pedir permiso. Llegaste y me mostraste un mundo mucho menos complicado y más divertido que el mío. Y tus frases, esos chispazos que de pronto tenías, que me hacían sonreír hasta sentirme en las nubes (aunque esos días no escribiera mucho, casi nada. Está bien, lo acepto: nada). Cosas como: «Tener la oportunidad de entrar en el corazón de un escritor te llevará a ver y experimentar la vida con una intensidad que cuando ya no quede más por vivir, sólo agradecerás la oportunidad de haber conocido un universo tan mágico como el que se esconde en la pluma de los escritores».

Creí jodidamente que comprendías a los escritores, que adivinabas este extraño y esquizofrénico mundo en el que estamos metidos. Que lograbas ver, al igual que yo, a los personajes danzando frente a mí. Escribir, aunque no se realice ese acto todo el tiempo, es una voz en *off* narrando la vida de los otros y la de uno mismo, dejándose ir por la tentación de las palabras, con tinta en las venas, en la piel.

Escribir era mi vicio, mi droga, mi obsesión. Podría haber escrito toda la vida, toda la eternidad, pero ¿quién leería tanto? Ni siquiera yo podría hacerlo. Ése fue el éxito de mi carrera: me pedían un guion y lo tenía listo y revisado en una semana. Una novela, una serie, lo que fuera. No lograba dejarlo.

Hasta que conocí a Ian.

Su talento me abrumó. Ambos amábamos el terror. Yo siempre creí en fantasmas, monstruos, brujas, espíritus, hechicerías y todo lo que me ayudara a escribir y a creer. No en Dios o en santos ni en ese tipo de fantasías, sino en la fantasía de poder ser quien quieras ser, ¿imaginas qué tentación? Él no, él era ateo hasta de ilusiones. No creía en nada, a veces ni siquiera en sí mismo. Necesitaba los homenajes, que la gente saliera del cine abarrotado comentando sus películas, que se formaran por cuadras enteras por una firma suya. Entonces dejé de escribir tanto para intentar escribir mejor. Por él. Quería que me leyera, que se sintiera orgulloso de mí.

Ser escritor es sinónimo de soledad. No me refiero a las fiestas y

presentaciones con vino gratis y sonrisas hipócritas gratuitas a cambio de tomar de gorra. Hablo de asumir que de verdad eres escritor. Tu familia no te lee, o «les da horror lo que escribes», como solía decir mi madre. A tus amigos, que no son escritores, no les interesa lo que escribes, quizá vayan a verte por el vino que regalan en las firmas, nada más. Yo también lo haría. Mi amigo Román tiene todos mis libros… amontonados y con polvo en su librero. Jamás los leyó y uno ya no espera que lo lean. Y los amigos que sí son escritores, bueno, por lo general el ego es más grande que las letras de los compañeros, es tan monumental que impide leer con claridad a aquel que conocen. Así que me sentía sola, cada vez más. Estaba muy sola.

Hasta que, de nuevo, conocí a Ian.

Nos leíamos, íbamos al cine, destruíamos con críticas las películas. Nos quedábamos por las noches viendo series, hablando de ideas, de personajes, queríamos escribir todo juntos, queríamos ser uno solo en todo aspecto.

Cuando lo dejé, le rasgué el corazón y de paso el mío. Pero siempre creí que volveríamos en alguna oportunidad, que nos encontraríamos, que el amor estaría siempre ahí porque era eterno, aunque esa palabra sea infinita. Y así, estaríamos juntos infinitamente.

Pero murió, lo asesinaron.

Ya no está aquí.

Ya no estaba más que en mis letras y en las suyas. Su mar ya estaba seco, ya no podría buscarlo de nuevo, nos faltaron mil madrugadas, me faltó conocer a qué sabían sus sueños, debí haberle dado más besos en la espalda mientras dormía, debimos haber hecho el amor en muchas más ocasiones, debí decirle cuánto lo amé hasta el último momento, todos los días, a cada minuto.

Si hubiera una oportunidad de volver… poder despertar mañana y darme cuenta de que todo esto no existió, que está dormido conmigo, con su sueño profundo, empiernados desnudos en nuestra cama, arropados por nuestro amor, jamás lo dejaría. No me quejaría de sus ronquidos ni de que me golpeara sin querer al moverse dormido, que se apropiara de todas las cobijas o que tardara horas para arreglarse en el baño. No me quejaría de nada.

Dios —a veces, cuando me conviene, creo en él—, por favor, te

lo suplico. Dame esta oportunidad. Regresa el tiempo, déjame salvarle la vida, déjame salvarlo para salvarme a mí también. Por favor.

Volviendo a ti, me tuviste fascinada un rato con tus palabras pensando «mira, sí se puede hallar a alguien más que comprenda mi locura». Pero no, era mentira. Eras un engaño ambulante. Solías inventar sólo para no perder la bonita costumbre de conquistarme. Y mentías por mentir. Me di cuenta pronto de que sólo habías leído ciertos párrafos de mis libros, que no aguantabas ver una película mía completa, que las frases que me decías las habías leído en algún meme pendejo de páginas de literatura en Facebook. Me di cuenta, no obstante, de que ya no era capaz de dejarte. De acuerdo a mi personalidad obsesiva, ya estaba clavada en tu piel hasta el fondo. Además, ¿para qué? Afuera de ti, el mundo estaba mucho más deshabitado y era inexplicable. Tú serías fiel, estarías a mi lado, aunque no supieras con exactitud por qué. Y me amabas. Eso decías, tú sí lo decías todo el jodido tiempo, me amabas más que a nada.

Contigo no había una lista para solicitar un lugar, contigo era sólo yo y nadie más. Eso me hacía sentir especial.

Me detuve a pensar cómo me encanta entorpecer mi vida, como frase malhecha de película barata. ¿Es complicado? Lo tomo. ¿Cuesta trabajo? Vamos por él.

Y es que es simple, no se puede elegir al amor. Sería como elegir que un rayo no te parta en dos en medio de la ciudad, como elegir despertar con un grito en medio de una pesadilla. Yo no elegí a Ian ni él a mí, sólo fuimos una tormenta imprevista que nos mojó hasta el alma al salir de casa.

¿A dónde me iría, si la voz de Ian bastaba para llenar el mundo? Él era mi universo con su aroma, no había escapatoria. Y toda Las Vegas olía a él, cada ciudad, cada rincón, mi alma y mi piel. Mis ojos nublados con sus labios y mi vagina extrañando su aburrida conversación mientras cogía, porque hablaba mucho, todo el tiempo; lo callaba a besos porque ninguna palabra puede hablar tanto como el silencio.

Te desperté cuando la luz se filtró al cuarto. Te moví con un pie para ver si seguías respirando. Hiciste un ruido raro, te acomodaste y seguiste durmiendo en el piso. Bien, estabas vivo. Busqué un cigarro en la habitación, intentando que mi pésimo olfato me guiara

hasta él. Una colilla, lo que fuera que pudiese meter a mis labios. Un churro, un Delicado. Nada. Entré al baño. Era una porquería de mezclas de vómitos, mierda, lodo, agua. No, no podría. Salí de ahí de inmediato… necesitaba un cigarro. Volví a entrar, coloqué en mi mano una bolsa de plástico y hurgué en el contenedor de basura. Ni una pinche colilla.

Tomé mi cartera y aproveché para bajar por un capuchino al café Belle Madeleine. Bajar al lobby era bajar a Francia, con la copia de sus edificios y sus restaurantes.

Mirándome en el espejo del establecimiento, pedí un exprés y compré una cajetilla de cigarros. Ésa ya no parecía yo. Cada vez estaba más delgada, los brazos me nadaban en la blusa, mis pechos —de los cuales antes me sentía orgullosa— estaban reducidos y el sostén me quedaba grande. Las ojeras parecían ser ya parte de mi fisonomía. Qué horror. Tomé el café y salí a fumar en una banca de Las Vegas Strip. Me senté a la sombra, cerca del hotel Excalibur.

De pronto, capté la mirada de un hombre que me veía con fijeza. No veía su rostro, pues estaba del otro lado de la acera y el sol estaba frente a mí. Era alto, medio gordo y usaba un sombrero del cual sobresalía su cabello, al parecer rizado y largo. Mi corazón vibró hasta sentirlo en mis sienes, el cigarro se me cayó de la boca. La mirada seguía en mí. Él no se movía, la gente se atravesaba con rapidez de un lado a otro, pero él estaba intacto, como maniquí, observándome. Me levanté. Se movió un poco. «Peligro. Corre. Corre, Mia —era lo único que pensaba—. Corre lejos».

Levanté mi cigarro, lo apagué en un cenicero y caminé con lentitud hacia atrás. El hombre se acercó por la banqueta, quedando justo frente a mí, en el camellón. Mi sudor se convirtió en frío, atravesó mi garganta. Lo vi más cerca. Era horrible, moreno con una cicatriz de los labios a la barbilla, un ojo hacia un lado y el otro más cerrado. Sus iris eran negros y sus pupilas estaban dilatadas, demasiado. Tenía las manos grandes y los dedos hinchados, como manopla de beisbol. Su nariz picuda apenas sobresalía de sus gigantes mejillas. Atravesó la calle hacia donde yo estaba.

No lo pensé más, el pánico se hundió en mi corazón y comencé a correr, entré al Excalibur. El sonido de las máquinas, la gente hablando, los pasos, las risas, las monedas, los gritos, los vasos chocando, todo era un insoportable sonido que retumbaba en mi

cabeza, perforándome. Me detuve sosteniéndome de una ruleta. El empleado me gritó que no debía tocarla, eso me hizo voltear.

El hombre estaba junto a mí. Seguro era el asesino de Ian que ahora venía por mí para terminar su trabajo. Quería llorar, no estaba preparada para esto, para morir así.

Quise gritar, pedir ayuda; un policía estaba cerca, siempre hay gente de seguridad en los casinos. Miré al techo, en busca de una cámara, intentando hacer señas de auxilio. Nada salía de mi garganta. El hombre me tomó muy fuerte del brazo izquierdo, con sus enormes manos alrededor de mi codo que en ese segundo sentí tan enclenque.

—Mia…

Su voz provocó en mí que todo lo que me rodeaba se detuviera, ya no escuchaba la música o los otros sonidos, sólo el «Mia» en esa voz grave.

—Eres Mia, ¿no?

—No —fue lo único que se me ocurrió decir— te estás confundiendo. Suéltame.

Rio. Cuando lo hizo, escupió en mi rostro y pude sentir su aliento alcohólico traspasando hasta mi nuca.

—Sí eres tú. ¿Ya no me recuerdas?

—Yo… no…. No te recuerdo… —dije tratando de soltar mi brazo. Abrió la mano y me sobé el codo.

—Qué extraño. Yo sí me acuerdo muy bien de ti. Y de tu novio, de Noah.

—¿Noah? ¿Dónde te conocimos?

—Aquí —metió la mano en su bolsillo. Retrocedí—. Ten, olvidaste esto la otra noche. Te vi en la calle y pensé que sería importante para ti, porque llorabas cada que lo veías —sacó una foto arrugada de Ian de su abrigo de vagabundo.

No, no lo recordaba, pero seguro era cierto, no tenía memoria de nada de lo que había sucedido. Tenía algunos *flashbacks,* pero todos eran con Noah y los distintos tipos de drogas. De pronto evoqué mis medicamentos, ¿hace cuánto que no los tomaba? ¿Este hombre era real? El casino bailaba a mí alrededor. ¡Cállense!

Tomé la foto de Ian.

—Yo… gracias.

—¿Por qué tan nerviosa, bonita?

Se acercó más, invadiendo mi espacio personal. Me moví. El hombre olía muy mal.

—Gracias por la foto. Adiós.

Me di la vuelta y volvió a agarrarme del codo.

—¿Y el dinero que me deben?

—No sé de qué me hablas. Suéltame —esta vez hablé más alto. Ya que vi que sólo se trataba de alguien que habíamos conocido en nuestra fiesta, no le temía más.

—El dinero de las pastillas que les di… —bajó la voz. No le convenía que me pusiera a gritar o hablara fuerte—, me dijeron que ayer lo tendrían, te he estado vigilando y no llegaron a donde convenimos.

¿Vigilando? ¿Es decir que, si este hombre, el cual era imposible no reconocer, me estaba checando, cualquiera podría haberlo hecho? Debía estar más alerta.

—Ya te dije que no recuerdo nada. Ahora suéltame o llamo a la policía.

—No creo que te guste hacer eso, preciosa. Sé dónde se hospedan, tengo sus datos y los traigo bien checaditos.

Bueno, bueno. Estaba bien. No quería más problemas.

—A ver, hijo de tu puta madre, ¿cuánto te debemos?

—Tres mil dólares.

—¿Qué? ¿Pues qué nos vendiste? ¿LSD de oro?

—Aquí está la lista. Firmada por ti.

No podía créelo. Qué *dealer* más organizado, todo un comerciante. La vi. Sí, era mi firma, mi letra con la lista de todo lo que consumimos y lo que llevamos a «casa». Seguramente el resto de la mercancía la habíamos tirado, regalado, qué sé yo.

El tipo este me acompañó al cajero. Le pagué y, enviándome un beso a lo lejos, desapareció en el mar de gente de la avenida.

Cuando se fue, volví a entrar al cajero automático. El dinero se acababa. Aún viviríamos bien las siguientes semanas, tenía que alcanzar hasta que supiera qué pasó con Ian.

Te mandé un mensaje por celular: «Noah, tenemos que hablar del dinero. Queda poco. No te salgas del hotel, por favor. Espérame».

Más tranquila, recordé una historia que Román me había narrado acerca de ese hotel en el piso 10, el embrujado. Para

relajarme y sin pensarlo dos veces, subí a buscar fantasmas. Así como lo lees. Era un *hobby* que tenía en México, entrar a los lugares prohibidos donde la gente decía que espantaban, como monasterios, la Casa de la Bruja, en la Roma; el Callejón del Aguacate, en Coyoacán; Cañitas, por el mismo rumbo; La Moira, en donde incluso jugué a la ouija invocando al niño ahorcado en el centro de las escaleras; la Casa de Don Juan Manuel en el Centro Histórico, etcétera. Era mi pasión escribir en panteones y en lugares así, donde el duende para escribir terror llega por sí solo. Llegué a escuchar voces y sentir escalofríos, en uno de esos lugares la cama vibró y las ventanas se movían, al igual que mis cosas, pero los doctores mataron mi imaginación diciendo que era parte de mi padecimiento. Mas ellos no estaban aquí, ¿verdad? Así que, ¿por qué no subir unos cuántos pisos para encarar lo mismo en Las Vegas?

Para mi sorpresa, el piso 10 estaba casi desocupado, y con todas las puertas abiertas. Pensé que había alguna persona limpiando las habitaciones, pero no había nadie, por lo que tuve la libertad de entrar a algunas de ellas, buscando no sé qué. Pensé con fuerza en Ian.

—Si estás aquí, aprieta mi mano —susurré.

No sentí que me tomara la mano, aunque sí un cambio súbito de temperatura, del frío usual del aire acondicionado a un calor formidable que me hizo sudar. «Claro —dirías—, es simple, el aire dejó de funcionar, no fue ningún fenómeno». Pero luego escuché el timbre del teléfono de la habitación sonar, me asomé y no había nadie. Y de inmediato sonó el de la siguiente habitación, luego el de la puerta del al lado y así. Conforme avanzaba, colgaban los teléfonos. Exaltada con emoción esperé algo más, algún objeto expulsado hacia mí por una fuerza invisible o un susurro que me indicara que no estaba sola ahí.

Deseo todo el tiempo sentirlo. Palpar un más allá para poder vivir.

Sin embargo, no sucedió nada más que lo de los teléfonos y el calor. Me di por bien servida. Después de subir al elevador, di una reverencia al piso agradeciendo por sus servicios y las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse. Cuando apenas quedaba una franja pequeña de vista al pasillo, vi cómo salió una mujer de una de las

habitaciones vacías y se me quedó viendo con fijeza. Tenía unos ojos negros e hirientes, y labios finos y rojos por la sangre que derramaban hasta el cuello. Sacó una lengua anormalmente larga y los lamió mientras me miraba, desnuda. Su cuerpo era de mármol, perfecto. Dos pezones pálidos descansaban en medio de sus hermosos senos redondos, adolescentes, y vello púbico adornaba sus labios rosas.

Detuve con una mano las puertas del elevador y, sin dejar de verla, salí. Cruzó a la habitación de enfrente. Corrí hacia ella. Me pareció familiar, la había visto en algún lado, en una fotografía, en un espejo. La puerta estaba cerrada con llave, y por más que toqué e intenté asomarme, por más que la llamé por un nombre inventado, «Clara, ¿estás ahí? Soy yo, Mia», ya nadie respondió.

Abrumada por la aparición, encendí un cigarro y me recargué en el pasillo intentando detener el estallido de mi corazón por Clara, por la muerte frente a mí una vez más.

Era temprano, casi no había nadie en la calle salvo algunos turistas que iban llegando con ilusiones y maletas. Los demás estarían crudos en sus habitaciones. Compré otro café al salir mientras te dejaba un mensaje en tu buzón de voz: «Noah, contesta, ¿qué estás haciendo? ¡Vi un fantasma! ¡Increíble! Ojalá hubieras venido conmigo. También me cobró un *dealer* al que le debíamos dinero, ¿tú lo recuerdas? Por favor, responde. Te extraño mucho. Te… Te amo».

Esa palabra y que no me respondieras me revolvió el estómago y, sintiendo la melancolía, ya no probé el café. En algún punto a ti también te perdería, te irías al no soportar mi mal humor, te largarías y entonces comenzaría a amarte de verdad. Me gusta añorar, es el azúcar de mi vida.

Abrí la página de Facebook de Ian en mi celular, sentada en aquel café Regale Italian Eatery con nombre artúrico. Todo en este hotel tenía que ser así. Me encantaba.

Aparte de las mil condolencias que la gente le había escrito, no había nada nuevo en Facebook. Comencé a ver sus miles de fotografías, una a una. Presentaciones, premieres, alfombras rojas, filmaciones, comidas, cantantes, actrices, senos operados, viajes. En una que otra también salía yo, cerca de él, pero nunca a su lado por completo. Casi se acababa la pila del celular cuando lo vi: en una

reunión estaba el gordo con un productor, con mi productor, con Héctor, sonriendo. Claro, lo había visto en la casa productora antes de que Ian y yo termináramos. De pronto lo recordé, era un idiota con cadenas de oro gigantes y una camisa que pedía a gritos que la abrieran o reventaría los botones. Sólo lo vi en esa ocasión, y no me dio confianza. Le marqué de larga distancia a Héctor, pero se me acabó la pila del celular.

¿Por qué no? Le pedí al mesero un cargador, pero lo estaban ocupando en la mesa contigua. Aunque esperé unos minutos a que lo desocupara, el francés sentado ahí no parecía que fuera a soltarlo. Con todo y mis nervios, con un mal francés le pedí de la manera más amable que pude que me lo prestara un segundo, sólo para hacer una llamada, y me ignoró. Con ganas de tirarle el café en la cara, salí del lugar sin dejar propina, directo al primer teléfono público que encontré.

Llamé por cobrar. Sonaba y sonaba. «Dios, por favor, responde, responde, maldita sea». Desperté a un productor somnoliento.

—¿Héctor? Hola, soy Mia.

—¿Mia? —escuché el inconfundible acento norteño de Héctor, con su voz gruesa, arrastrando las palabras como si estuviera ebrio a perpetuidad—. ¿Mia? Mmmm… ¿De dónde te conozco?

—Sí, sí, Mia. La guionista.

—Sí, claro. Mia. ¿A qué debo el honor? ¿Te debo dinero? —bostezó—. Ah, ya me acordé… la película… Ya te dije que el proyecto se canceló y no puedo hacer nada al respecto. Saldrán otros, seguro. Usted no se me apure, que trabajo tendrás. Pero si te debo, entonces sí aguántame, porque la cosa está dura, no hemos conseguido distribuidor para la anterior y…

—Sí me debes dinero y no me importan más el pinche proyecto o la película. Te llamo por algo más, ¿recuerdas la entrega del Ariel del año pasado?

—Ajá —se escuchó un bostezo—. ¿Qué hay con eso? ¿Quieres boletos para la de este año? Porque no tenemos ninguna pinche nominación.

—Bueno, hay un amigo tuyo que me presentaste ese día… un productor. Hablaba muy fuerte y estuvo detrás de las mujeres toda la noche. Un wey alto, gordo, usaba oro… —un hombre se formó detrás de mí, pero le hice señas de que me tardaría con esta

llamada. Se fue mentándome la madre.

—Claro. Roberto Panini. Inconfundible, el cabrón. Era un pinche fiasco, no sé por qué te lo presenté como «productor», porque ese wey no tenía nada de eso, ni huevos. ¿Qué hay con él?

—¿Roberto Panini? —memoricé el nombre—. ¿Sabes si tenía algún negocio con Ian?

—¿Ian? —su voz sonó más cansada que cuando lo desperté—. No mames. Olvídate de Ian. Te está volviendo loca. ¿Estás tomando tu medicamento? Un pajarito me contó que tenías que tomarlo a diario…

Nunca me cayó bien Héctor, con su aliento a taco al pastor y su soberbia combinados con cebolla y arrogancia. Estúpido inútil.

—¿A qué viene la pregunta? ¿Roberto e Ian tenían algún negocio o no?

—Bueno, Bueno… déjame pensar… No creo. Roberto sólo producía animación y tranzaba gente, y Ian no tenía nada qué ver con eso, según creo. ¿Por qué? —su «y Ian» me dio una punzada en el estómago. Tenía ganas de gritarle: ¡Es «e Ian», maldito asno!

—¿Sabes si Roberto vino a Las Vegas con Ian?

El silencio incómodo en la línea me hizo pensar que me había colgado.

—¿Bueno? ¿Héctor?

—¿Sabes, linda? —«linda», el último recurso de los gordos—, deberías tomar unas vacaciones. Ian está muy muerto. Requetemuerto. Además, ¿estás en Las Vegas? ¿Qué haces allá?

—Eso hago, tomo vacaciones. Pero me pareció ver a Roberto por acá y ya, es todo. Nada más.

—¿Estás con Noah?

—Sí. Aquí está —más o menos, en esos momentos debías estar roncando como muerto en la alfombra, así que digamos estar, estar, pues no—. ¿Entonces Roberto Panini anda acá? Quiero presentarle un proyecto que quizá le interese. Ya sabes, un guion. Ando corta de fondos, ya que mucha gente me debe dinero —si captó o no la indirecta, igual se hizo el sordo.

—No, Mia. Es imposible.

—¿Por qué? Ya dime, sé directo.

—Roberto murió la semana pasada.

Me quedé muda. No supe qué decir. Mi única pista se diluía con

mi cordura.

—¿Cómo murió?

—Le dio un infarto o algo así. Mira linda, diviértete, cógete a Noah hasta que te aburra y luego lo botas, porque ese wey es de hueva y parece tu sobrino, y luego vuelve a escribir. Cuando tengas algo bueno, mándamelo y lo checamos, ¿sale? Ahora déjame seguir durmiendo, que estoy bien pinche desvelado.

—Espera… necesito que me deposites el dinero que me debes —dije con un nudo en la garganta. No necesitaba el dinero, pero este maldito cerdo ya me debía un par de proyectos—, ya tienes mi número de cuenta. Me urge.

—Este… vas a tener que esperarme un rato, linda. Los negocios no han salido como esperábamos… sí te deposito, pero aguanta un poco, ¿okey?

—No, Héctor. No puedo esperar más. Así me has traído el último año. Si nada ha salido como esperas, no me explico cómo llegaron los cinco Jaguar negros y los guaruras de dos metros frente a tu oficina en las Lomas —si no me había dado información o algo ocultaba, por lo menos que me pagara—. Seguro también así llegará Hacienda a tocar a tu puerta si les digo todo lo que sé.

—Vale, no te alborotes, no hagas panchos innecesarios. Te pago, pues… —escuché que encendió un cigarro—. Pero antes, debes hacer algo por mí. Te iba a llamar de cualquier manera la siguiente semana. No te lo vas a creer, linda. Mis socios y yo queremos hacer una película sobre el asesinato de Ian, y que tú la escribas. Cuando me dijeron, me emocioné un chingo. ¡Está de huevos! Eso nos va a sacar de la pobreza por lo que perdimos con las otras películas, o sea las tuyas. Es decir, lo conocías mejor que nadie —maldito parásito, eso no era cierto. Aferré mis manos a la bocina del teléfono—. Sabías qué le gustaba y todo. Hasta tienes la libertad de inventar un asesino. Sabías qué problemas tenía, qué adicciones, cuáles eran sus amantes, sus excentricidades, qué sé yo. Hay varios inversionistas que le entrarían con una buena lana, el asesinato de un director famoso es buen negocio. Un excelente negocio. Y a ti te pagarían muy bien, demasiado bien. Más que las películas espantosas que escribiste para la iglesia y por las que te pagaron una mierda en Roma. Los inversionistas no quieren otro escritor. Te quieren a ti porque te lo cogiste y todo. Y para serte franco, tú

estarías que ni pintada para hacer el guion y, es más, si hacemos la película, seguro un documental sale del asunto y hasta podrías actuar; te entrevistamos y nos cuentas secretitos perversos de Ian, tú que le conocías hasta los tanates. Eso vende mucho, y regresarías a la pantalla grande con el pie derecho en vez de con esa mierda de películas de terror que escribes, ¿qué opinas? —hablaba tan rápido que no me dejaba mentarle la madre a gusto cuando tomara aire—. Estaría de huevos. Hasta la distribución saldría rápido, en las principales salas. Y de ahí sacamos la serie, al fin que al público le encanta la basura con sangre, mutilados y esas mierdas. Con mucho sexo, porque eso sí, habría viejas encueradas y muchas cogidas, ¿eh? ¿Qué opinas? ¿Le entras al *business*? No te saldrá otro igual en décadas. Los productores ya se olvidaron de ti, pero con esto, tu carrera iría de nuevo hacia el cielo. Es un proyectazo, con mucha lana de por medio, así te pago lo que te debo y de paso ganas unos dólares extra. La muerte de Ian vale un buen varo.

—¿Que qué opino? —lo imaginé frente a mí. Qué ganas de destrozar mis nudillos en su grasienta cara, convertirme en asesina. Héctor esperaba al otro lado de la línea respirando como búfalo. Sentía su asqueroso aliento en mi oído, expectante, como sanguijuela, intentando absorber hasta lo último que quedara de Ian y de mí, sonriendo con su dentadura arreglada y su pinche aliento a tacos de suadero con un chingo de cebolla—. Eres un… —siempre quise decirle eso, así que le agradecí darme pie.

—Dímelo, linda.

—Eres un pendejazo, Héctor. Crees que eres el mejor productor de México, pero eres un maldito cerdo impotente, no tienes ningún talento. ¿Que qué opino? Opino que te tragues el dinero que me debes, y que te mueras, estúpido alcohólico de mierda. ¡Vete al diablo! —colgué el teléfono. Me hervía la sangre. Ojalá lo hubiese tenido enfrente para poder golpearlo a gusto. Sabía que no volvería a verlo y que quizá me bloquearían el trabajo en otras producciones. No me importaba. Ya había hecho más películas y escrito más libros que la mayoría de los escritores que conozco. No necesitaba más. Necesita a Ian. Lo quería de vuelta, desesperadamente.

«Así que Roberto Panini está muerto», pensaba en lo que caminaba hacia nuestro hotel.

En la recepción del Paris, en las computadoras con internet gratuito, lo busqué en Google con los dedos temblorosos, sosteniendo un cigarro apagado entre mis labios.

Roberto Panini fue encontrado muerto en su casa de Las Lomas, en México. Asesinado.

Qué coincidencia.

4

Héctor tenía razón. Nadie conocía a Ian mejor que yo. De hecho, creo que nadie lo conocía en realidad. Fue por eso que me pidieron ir a identificar el cadáver a la morgue de la delegación cuando lo hallaron en el motel de avenida Revolución.

Cuando recibí la llamada, estaba en una junta de una televisora en la que querían que escribiera una serie para amas de casa a las que no se las coge su marido desde el último año. Con actores guapos, diálogos idiotas, sexo, amor fácil, amantes, historias sencillitas y Dios. Pobre Dios, tanto que lo meten en la televisión mexicana y él ni enterado ha de estar. No sólo era una historia común, sino falsa. Me daba pena darle a la televisión nacional ese tipo de esperanzas. Ya imaginaba a las espectadoras a las que iría dirigido —público femenino, de cuarenta a sesenta años— mientras cocinaban sus caldos de pollo, viendo en su pequeño televisor en medio de la grasa salpicada por años en las paredes de mosaico amarillo, pensando que ese actor, ese guapísimo, musculoso y gay actor, iba a tocar a su puerta y se las iba a coger. Entonces ellas tendrían que decidir entre el marido gordo con pene flácido, ese hombre que las malmiraba y cuya secretaria era su amante, y ese bombón que, sobre todo, las amaba y las deseaba. Por supuesto, era rico y heredero de una gran fortuna, sólo que aún no lo sabía. Me daban lástima por anticipado. Y yo también, ya me veía ahí encerrada con cuatro escritores con sus tentáculos sobre el teclado todas las noches para sacar a tiempo el capítulo siguiente, discutiendo, con el humo del cigarro —o el hedor del puro— flotando en la pequeña oficina. Obesos, criticones, sin vida, sin alma en las letras. No, no, no. Entonces ya no le temía al infierno.

El que me llamó en medio de aquella junta fue Román —el acumula-libros y primer beso— que en ese entonces trabajaba como perito en la procuraduría.

—Mia… hola…

—Hola, amor mío. Estoy en medio de una junta interesantísima. ¿Te llamo cuando salga?

—Sé que estás ocupada, pero… te lo tengo que decir antes de que te enteres por las noticias. Y, además, debes venir al ministerio. A Venustiano Carranza.

Su tono no me ayudó mucho. Algo había sucedido.

—No me asustes. ¿Qué pasó? Dime rápido.

—Cielo… encontraron a Ian… Este… no sé cómo decirte eso, es parte de mi trabajo, lo sabes.

—¿Encontraron? ¿Cómo? ¿Qué no está en Las Vegas?

El productor hizo señas hacia su reloj de muñeca, la junta debía seguir. Tiempo es dinero. Seguramente su amante ya lo estaría esperando en el jacuzzi del motel de la esquina con vino caro y bombones cubriéndole los pezones.

—No, estaba en México. Parece que llegó ayer. Y… está… muerto. Lo encontraron en un hotel cerca del aeropuerto. Está aquí. Su cadáver. Lo trasladaron. Corazón, necesito que vengas a identificarlo porque no tiene más familiares en México, y su único pariente está en Londres y no lo localizamos. ¿Mia? ¿Estás ahí?

Colgué. No era cierto. Me quedé en shock viendo los rostros de los productores de televisión, quienes me miraron con indiferencia mientras seguían platicando entre ellos del éxito que podría tener la nueva serie.

Me levanté, tomé mis cosas y, sin mayor aviso, me fui.

Había mucho tráfico en pleno día. Tuve que tomar el segundo piso del Periférico y luego entrecalles para llegar a la otra delegación. Dejé el auto medio abandonado en doble fila. Román me esperaba afuera. Al verme llegar, me abrazó.

—Lo siento. Lo siento mucho, Mia.

Nadie me había dado antes un pésame, no sabía qué decir. Sobre todo, tenía la esperanza de que no fuera Ian, de que fuera algún extranjero parecido. Sin embargo, todo el camino estuve intentando llamarle a su celular y nada. Le dejé decenas de mensajes de voz hasta que llené el buzón, le mandé correos y mensajes escritos. Esperaba la respuesta con ansia, sólo para enojarme con él por el jodido susto que me había dado. Pinche Ian. No era posible. Me aferré a esa idea mientras el calor de Román me estrechaba. Siempre ha sido un buen abrazador y de pronto me di cuenta de

que necesitaba un abrazo de alguien que me quisiera.

También me llamaste por teléfono, Noah, pero no estaba para tus payasadas. No respondí. Apagué el celular.

Román me dirigió a una minúscula oficina. Atravesamos pasillos llenos de gente en el ministerio, repleto de reclamos, gritos, teclados viejos, olor a humedad, detenidos, quejas y mala vibra.

Todo era gris: los escritorios, los trajes baratos de los ministeriales, los rostros pálidos de las secretarias, el techo, el piso, las bombillas que no funcionaban y parpadeaban cada minuto.

Mientras andaba en ese lugar de fantasía en el que aún no podía creer que estaba, me fijé en una señora llorando frente al ministerio que traía a un niño. Ella sangraba del rostro, decía que su marido la había golpeado, y la madriza llegaba desde los ojos hasta la barbilla. La boca se reconocía porque abría y cerraba, de ahí en fuera era una puta mole de carne que aún podía llorar. Su hijo, de unos cuatro años, jugaba con el celular, callado, retraído. Me miró y me reconocí en sus ojos. Seguramente yo tendría la misma mirada en ese momento. El gordo que le tomaba la declaración hacía pausas para darle una mordida a su torta. Su tufo a cebolla llegaba hasta mí con oleadas de desagrado.

Román se detuvo un instante porque un colega suyo le dio una carpeta con no sé qué cosas. La señora suplicaba que le dieran una orden de restricción contra el animal con el que se había casado, pero el ministerial insistía: «¿Está segura de querer declarar? Mire, es un proceso muy lento, no crea que es a la de ya, luego luego. No, no, no, todo lo contrario. Y si no tiene pruebas o si el médico dictamina que sus heridas se curan en menos de quince días hábiles, entonces no procede y va a ser peor. Mire, piénselo, no se meta en problemas».

Era obvio que no la ayudarían en lo más mínimo, y que el cerdo que la mal aconsejaba sólo quería el día libre, deshacerse lo más rápido posible de otro caso sin salida, tener menos trabajo e irse corriendo a la cantina.

Era como si yo fuera invisible. La mujer me dolía junto con todo el estúpido y absurdo sistema de justicia en donde el golpeador está libre hasta que mata a alguna o lo intenta, y esa alguna es la culpable —por haberlo dejado, porque lo permitió, porque ya sabía cómo era él, cualquier pretexto pendejo que se quiera pensar— y es

señalada por la sociedad. Un asco.

Y el niño del celular crecería con un padre machista y golpeador que al final también lo maltrataría y sería su único modelo a seguir, o con una mamá soltera a la cual los dedos apuntarían interminablemente, sin importar cómo intentara quitarse ese estigma.

Entramos a la oficina de Román y movió su silla para sentarse a mi lado. Se inclinó hacia mí y tomó mis manos. Yo tiritaba y no quería verlo, sentía como si hubiese hecho algo malo. Mis sienes se habían convertido en un resonante tambor y quería llorar, pero no salían las lágrimas. Eso no estaba pasando, le estaba sucediendo a alguien más, ni a mí ni a Ian. Todo aquello era un error, ¿por qué Román no lo veía si era tan obvio?

—Escucha, Mia… esto es muy difícil para mí, quería informártelo en persona —dijo y abrió un expediente—. Reportaron un olor fétido en la habitación 237 del hotel México Express —el número fatídico para Stephen King y sus millones de seguidores—. Cuando la camarera entró, bueno… halló el cadáver en el baño, en la tina. Por fortuna es mi área, y cuando lo vi supe que era… pues era Ian. Tu Ian.

Mi Ian. Desde hace unos meses ya no era mi Ian. Y yo ya había sido tuya demasiadas veces como para llamarme «su Mia».

—No puede ser «Mi Ian» —tragué saliva, con unas ganas idiotas de un cigarro—, él estaba en Las Vegas, me llamó ayer. Apenas ayer. Y no respondí, pero dejó un mensaje en mi celular. Te lo muestro, mira —saqué el aparato, pero Román no me hizo caso, lo hizo a un lado—. Escucha, fue apenas ayer. Está lejos. No es él, te confundiste. No es posible. Además, sólo tú lo reconociste, ¿no? Seguro te equivocaste. Es alguien que se parece y ya. Es cosa de localizar al verdadero Ian y que todo esto se aclare.

—Mia… Ya intentamos localizarlo y no está. En el registro encontramos que llegó a México y, por lo visto, lo primero que hizo fue ir a este lugar. Después, bueno, después… Voy a necesitar tu declaración, algunas respuestas. Pero primero lo primero. Esto va a ser difícil porque el cadáver está… bueno, irreconocible. Lo identificamos porque traía su pasaporte en una mochila, por sus huellas dactilares y… En fin, se llevarán el cadáver a Estados Unidos si alguien lo reclama, pero necesitamos su identificación

primero.

—Si está irreconocible, ¿cómo supiste tan fácil que era él?

—Ya lo había visto varias veces contigo, traía con él su identificación y notamos algunos rasgos particulares, como lunares y…

—Hagámoslo, pues.

—¿Estás segura?

—No, pero… vamos. No es él. Estoy segura. Así que, ¿qué puedo perder?

Por supuesto que no estaba segura. Pero podría no ser él y entonces la respiración volvería a mi cuerpo.

Había escrito sobre morgues muchas veces. A decir verdad, sólo había visto fotografías en Google haciendo alguna investigación para una novela de terror. No estaba preparada para la frialdad, la pequeñez, el impacto.

Nos recibió un policía a la entrada. De pronto titubeé.

Olía a sangre metálica, a ratón en descomposición, a frío y a formol. No parecía tener ventanas o ventilación de ningún tipo, y un líquido oscuro gelatinizado escurría entre los mosaicos. Había poca iluminación; focos amarillos y blancos titubeaban entre permanecer encendidos o no, justo como yo.

—Román, dime la verdad, ¿para qué me trajiste? Tú y yo sabemos que Ian no está aquí. No es cierto. Él está fuerte y sano. Está vivo en alguna parte, sólo tengo que encontrarlo. Es más, tengo que irme, quizá está llamando a mi casa, debe estar preocupado por mí, le dejé muchos mensajes. Cientos. Quiero decirle que estoy bien, que lo amo. Por favor, por favor, por favor…

Román me ofreció un cigarro que acepté. Me lo encendió y me tomó por los hombros mientras nos sentábamos en una jardinera afuera.

—Escucha, Mia. No tienes que hacer esto.

—Es que no es él. No puede ser Ian.

—Cielo, podemos dejar que las autoridades se ocupen del reconocimiento. Es sólo que quieren acelerar el proceso lo más posible, y creí que…

—¿El proceso?

—Sí, bueno… la investigación, y creí que serías la indicada para ayudar. Pero no tienes que hacerlo. Me equivoqué. Yo te apoyo.

Vámonos de aquí.

Román se dio la vuelta. Me quedé ahí, enraizada, viendo hacia el interior del lugar.

Esa aterradora probabilidad de que Ian estuviera ahí, en esa cama de metal, plantó mis pies sin poderme mover y durmió mi lengua. No lograba hablar bien, el dolor de cabeza se agudizó y casi no veía nada del ojo derecho por las luces intermitentes que me lastimaban. Estúpida migraña.

De pronto me puse histérica, hablaba a gritos sin saberlo, daba paseítos frente a Román mentándole la madre como si él fuera el culpable, le reclamé —fumando un cigarro detrás de otro— el hecho de ponerme en esa situación, porque estaba contigo, había engañado a Ian, había sido una puta cabrona, pero lo amaba y él a mí y nos daríamos otra oportunidad en cualquier momento. En cualquier momento. Esos momentos siempre llegaban. Siempre había segundas oportunidades. Siempre debería haberlas. La gente alrededor me veía y se hacía a un lado como si fuera a golpearla.

Finalmente comencé a llorar mientras hablaba. Ian me había marcado desde Las Vegas y yo no había respondido. Me necesitó y yo me negué. Yo era la culpable de estar ahí, no lo eran Román ni Ian, sólo yo.

Román me dio agua en un vaso de plástico con unas pastillas que tragué sin preguntar qué eran y cubrió mi espalda con una manta gris que se resbaló mientras caminaba.

—Mia, ¿sabes si Ian tenía algún problema económico? Al parecer poseía una cuenta en México, en dólares, que vaciaron. ¿Tienes alguna idea de cuándo lo hizo o quién fue?

Me encogí de hombros.

Vi el techo de la delegación, tan alto, tan impersonal. De seguro jamás pensaron que se convertiría en morgue. También me imaginé que no se portaban así con la gente que iba a reconocer a sus parientes. Que era un trato especial por tratarse de mí y por nuestra amistad de años, pero no quería agradecérselo a Román, no quería hacer nada más que desaparecer y meterme en los brazos de Ian, decirle que ahora sí me quedaría con él por siempre.

—¿Cielo? Lo del dinero es importante. ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar?

—No tengo ni puta idea de qué me hablas.

Cómo era esto posible, si hace unas horas estaba segura, en una oficina, con un proyecto nuevo, pensando en volver con Ian.

—Del dinero, desapareció. Quizá tenía deudas. Pero me ayudaría mucho si me guiaras para encontrarlo. Es muchísimo, cielo.

Lo ignoré. La muerte paseaba su olor por los infelices humanos que no la aceptaban, la odiaban, era su peor enemigo. Yo la había abrazado tanto en mis historias, que la muerte y yo ya éramos buenas amigas —o eso pensaba—, y era también mi mayor inspiración. ¿Cómo fue capaz de voltearse en mi contra de esta manera?

Los empleados detrás de la recepción improvisada permanecían fieles a sus puestos, como muñecos.

Entré a un gran salón con camillas metálicas; había tres cadáveres en ellas. Dos cuerpos estaban descubiertos: una mujer de piel acerada, como tallada en madera del color de algún santo de iglesia, y un hombre con piel reventada por ámpulas, con sangre coagulada. Ambos estaban cubiertos por mantas hasta el cuello, descongelándose después de seis meses de espera infructuosa para que alguien los reclamara. Ahora los esperaba una inhumación estatal o los dedos de los estudiantes de la escuela de medicina.

Aunque intentaba no fijarme en esos muertos, no lograba quitarme de encima el gesto duro de sus rostros. Vidas arrumbadas en un limbo.

Al fondo había otra camilla, totalmente cubierta. Me detuve.

Un médico perito me preguntó por las señas de Ian. No le vi el rostro ni supe si era hombre o mujer o si sólo lo imaginé. Le di sus señas lo mejor que pude, agregué que escribiríamos una novela y que no estarías ahí. Aquel era un pinche error.

—No, no tiene cicatrices ni tatuajes. Ni lunares. En ninguna parte del cuerpo. Ojos azules, cabello cano con negro, así —señalé la parte de en medio de mi cabeza—, negro en medio, cano a los lados, corto. Con bigote y barba. Muy negros. De candado. Y debe pesar unos noventa kilos, 1.90 o 1.95 de estatura, más o menos…

Escuché a lo lejos una televisión encendida en alguna de las oficinas. Se escuchaba un programa de chismes de cable. Los conductores reían criticando a un actor y su pésima actuación. Lo imitaban.

El perito me pidió que lo siguiera. Le di la mano a Román y sentí

un escalofrío en la columna vertebral. «No, no es verdad. Voy a ir, pero esto no es verdad». Me llevó ante aquel cuerpo cubierto de blanco. La silueta de las pesadillas perfilada ahí, en el suelo marmoleado, una marioneta sin vida tan real que la sábana casi se levantaba para que respirara.

Miré el cuerpo de la cabeza a los pies sin que lo descubrieran. Ese olor… apreté los puños aferrada a mi mochila hasta que me dolieron los dedos.

No, no podía ser Ian, y ésa, ahí de pie, no podía ser yo. «Despierta, despierta. Es una pesadilla. Despierta. Es una de mis alucinaciones». Mareada, me sostuve del brazo de Román. Luego lo solté, apenada.

—No es él. No es Ian.

—Mia, escucha.

—No es él… ni siquiera es de su estatura, éste es más pequeño, más delgado, se nota de inmediato… No es él. Debe estar esperándome allá. Me voy, lo siento, lo siento de verdad.

—Señorita —busqué en su mirada un abrazo que no encontré. El perito hablaba con prisa—, ¿está lista? —tomó la manta de un extremo para revelar el rostro.

—No, no —¿quién podría estar listo para algo así? Jamás lo estaría, pero igual levantó la manta con un movimiento rápido y discreto.

Entonces ya no tuve que esperarlo más, lo había encontrado.

Me autoengañé, me negué a creer que fuera él quien estaba ahí, en esa camilla fría. Su recuerdo seguía conmigo, su calor, sus besos, las risas, su cabello desordenado sobre la frente, su aliento, el ardor de sus manos y sus dedos siempre moviéndose, la vena verde de su frente resaltada por la emoción, sus dientes disparejos y la boca hablando, los abrazos, el peso de su cuerpo sobre el mío, las bromas, los consejos, el amor, su paz, el tacto de su eyaculación, todo tan claro como si hubiese pasado segundos antes.

Durante semanas, cada alba me embestían imágenes con su rostro; en mi corazón había demasiados recuerdos suyos, en cuanto hallaban una fisura salían uno tras otro como una cascada imparable, y no tenía la capacidad para interrumpir esa fuga del alma.

Todo aquello mientras me investigaban, porque quizá era una

asesina. Preguntaron mis horarios, me prohibieron salir del país por un par de meses e inquirieron sobre mi relación con Ian: si nos llevábamos bien o mal, nuestros proyectos, manías, peleas, etcétera.

Cada dos días, más o menos, me mandaban citatorios. Los veía entrar por debajo de mi puerta, indiferente frente a mi computadora, sin bañarme por días, con la misma pijama y con la televisión encendida proyectando las películas de Ian. También los dejaban pegados en la puerta de entrada, uno detrás de otro.

Román me aconsejaba ir, no faltar al ministerio a rendir declaración, ratificar. Incluso lo acompañé a realizar investigaciones en bancos donde Ian supuestamente tenía el dinero, y no tenía ni idea de dónde podía estar esa cantidad que, al parecer, ascendía a varios millones. Román estaba conmigo todo el tiempo. Su novia ya me odiaba.

Me di cuenta de que alguien quería acorralarme y encontrarme culpable del asesinato por ser escritora. Me decían que era muy inteligente y que seguro lo habría planeado todo fácil, como si la inteligencia fuera una señal para poder ser culpado de algo, como si fuera un jodido delito.

Por último, me detuvieron en el ministerio ilegalmente por cincuenta y cuatro horas, y a punto de trasladarme al reclusorio, Román llegó a salvarme comprobando que yo no había matado a Ian: en las horas en las que seguramente se había perpetrado su asesinato, yo estaba dando una entrevista en vivo sobre una película, y tenía a decenas de personas como testigos. Incluso Román llevó el video de la entrevista.

Noah, estuviste conmigo esas horas de indiferencia. Me llevabas de comer, sobornabas al guardia para entrar con cigarros, para que estuviera cómoda, me llevabas ropa para cambiarme. «Todo saldrá bien, sé que tú no lo mataste. Confío en ti. Siempre confiaré en ti y sin importar lo que pase, estaré contigo». Lo repetías hasta el cansancio. Llevaste café en un vaso de cartón rosa con mi nombre, recuerdo muy bien el color donde quedó impreso mi labial. Lo llevaste escondido en la mochila para que el policía de la entrada no te dijera nada. También me dejaste un libro que se quedó cerrado mientras me recostaba en el suelo entre prostitutas, ladronas y drogadictas. El piso de cemento entraba hasta mis pulmones, asegurándose de enfermarme hasta el dedo gordo del

pie. Quería morir.

Fumé hasta que mis bronquios no dieron para más. Firmaría lo que fuera, lo que quisieran. No me importaba.

Román consiguió un abogado de oficio muy bueno. Él me decía que no tenían nada en mi contra; no habían hallado nada en la habitación que me ligara con el asesinato o con Ian, exceptuando mensajes míos que tenía guardados. Ya no quedaba nada de mí en él. Quién sabe desde cuándo era un cadáver ambulante. Quizá desde que lo dejé después de aquella pelea en la que le grité que ya no me importaba, que me dejara sola, que volviera con esa ex que tan mal me caía y que dejara de devorar mis guiones, de unir mi historia con la suya. Qué egoísta y estúpida había sido.

El abogado me indicaba que me ayudaría mucho guiarlos hacia el dinero perdido de Ian, pero no tenía idea de qué me hablaban. Ian tenía cuentas en Londres, Los Ángeles, Vancouver y México. Esa cantidad podía estar en cualquier lado, pero obviamente no en mis cuentas. Ni en las de la policía, que parecía más desesperada por encontrarlo que por resolver el asesinato de Ian. No así Román, quien en silencio me tomaba de la mano, temblando.

Eran olas de marea arrastrándome hacia la nada; yo aún quería vivir con Ian, con los muertos, ahí podríamos estar bien y abrazarnos, ahí donde la muerte debe ser parte de esta vida. Con su voz de mar arrullándome y yo, la luna, provocando su marea. Tenía una obsesión con la hora, dónde estarían ahora todos sus relojes, ¿esperándolo?

Mientras estuve detenida, pensaba en el olor de la morgue, que se quedó adherido a mi chaleco rojo, en los muertos que nadie reclama, en los que se pudren esperando un recuerdo.

Salí de la morgue antes de que me detuvieran. Román insistió en llevarme a casa, pero me negué y olvidé que había llegado manejando. Intenté sostener las lágrimas en mí. Caminé muy lento, deshaciéndome en los parques, en los cafés, comprando cigarros, bebiendo con desconocidos.

No lograba detener el desborde de lágrimas, como si mi cuerpo no hubiese llorado en todas mis vidas pasadas. Habían destrozado a Ian. Lo habían matado a cuchillazos, al menos cuarenta, decía el perito. Cortaron su lengua —la cual no hallaron en la escena del crimen—, extirparon sus ojos, le amputaron cuatro dedos y

desollaron una parte de su miembro. Y así, cual muñeco, empapando las paredes y la alfombra barata con su sangre, lo abandonaron tras arrastrarlo a la tina del baño.

Las cámaras del hotel eran de juguete y, como era de paso, nadie vio con quien entró, sólo dijeron que pagaron en efectivo en la recepción.

El encargado estaba leyendo pornografía y no vio quien pagó, si un hombre o una mujer. Los billetes no tenían huellas, su cuerpo tampoco. «No lo violaron —Román intentaba explicar—, no robaron nada. Sólo lo mataron. Con odio, con locura».

Fue un horror verlo. Intentar reconocer en ese rostro destrozado al hombre que amaba era insano. A ese cuerpo que había albergado el alma que me abrazó por años, le arrebataron su mar al quitarle la vista. Me volví tormenta desde entonces.

Mi mente es mala para los recuerdos, pero, aunque nunca me fijé en la calle donde nos conocimos, ahora puedo evocarla como si pudiera tocarla con la punta de los dedos tan sólo con extenderlos.

La memoria es misteriosa, se perfila tan real. En aquella época que nos hablamos por vez primera sólo pensaba en mí, en los amigos, en escribir, en mí, en mis papás, en mi auto, en mí. Sucediera lo que sucediera y pasara lo que pasara, mis pensamientos sólo regresaban a mí, a ese punto de partida del ego.

Ahora la primera imagen que me viene a la cabeza cada que trato de recordarlo es él con pasos discretos sobre el piso de piedra, el viento gélido en Australia, el semáforo en rojo de la esquina, un gato gris paseando, sus pupilas encendidas. Su primera imagen, aquella con la que se coló en mí.

Luego, todo está despoblado, la nitidez con que lo evoco no existe, no está, no estoy, ya no somos. No sé en qué punto del camino nos perdimos, cómo fue posible, cómo pudo suceder una cosa así. A dónde fue a parar todo lo que vivimos, todo lo que tuvo el valor de sacarnos de nuestro estupor.

Me limpio el rostro, lo lavo con agua fría y me veo en el espejo del baño, esa yo se parece tanto a la que andaba perdida en Las Vegas, jurando venganza contra el asesino que arrebató la belleza y el talento de Ian a cuchillazos.

Llegaste a consolarme, Noah. No quería dormir sola esa noche, cuando salí de los separos. Y las demás tampoco. Me di cuenta de

que nos acoplábamos bien al dormir y que, cuando me levantaba gritando el nombre de Ian, con su rostro desollado frente a mí, y reclamando —porque me sentía estúpidamente culpable de su muerte—, me abrazabas acariciándome el cabello hasta que me quedaba dormida en tu regazo. Sí, Noah, supiste hacerlo muy bien. Yo era una herida itinerante, ¿qué más podía suceder? Tú y yo estábamos relativamente juntos desde que terminé con Ian, y además me consolabas en la muerte de aquel al que sabías que amaba, qué gran amigo eras. Qué gran amor.

A fin de cuentas, lo que sucedió contigo fue que la felicidad llamó a mi puerta y tomé la oportunidad de largarme a ser lluvia afuera de esta tormenta.

Porque si se deja ir la felicidad, nadie te lo va a agradecer, nadie lo valorará, sólo quedarás frustrado y reprimido. Y de esos ya hay millones en el mundo.

A esas alturas veía, sobre todo, asesinos por todos lados. Culpé a todo el mundo, a la policía, a los productores, a actores; acosé a las exesposas de Ian (las que quedaban vivas), incluso a su hijo. Intimidé y le grité a todo el mundo, me estaba volviendo loca. Levantaron cinco órdenes de restricción en mi contra en dos países diferentes.

¿Quién sería capaz de lastimar a un ser de luz como Ian?

Román me tranquilizó y —un poco amenazador— me dijo que, si seguía haciendo eso, no sólo parecía realmente culpable, sino que me encerrarían el día que alguna de las demandas por acoso en mi contra procedieran. Y de paso por robo, porque el jodido dinero aún no aparecía.

Luego Román se casó con su novia de años y me abandonó un poco hasta su divorcio.

Mientras tanto, mi paranoia llegó a extremos álgidos. No podía estar sola en la casa, continuamente se iba la luz y me quedaba a oscuras, arrastrándome como animal por el suelo, buscando velas o lámparas que me iluminaran. Pasaba los días pegada a la ventana, esperando que algo, lo que fuese, llegara por mí para arrastrarme al infierno. Me bañaba con la puerta abierta por el temor de que el vapor se colara por mis pulmones y colapsara, o peor aún: que los espejos se empañaran y las horribles formas que a veces imaginaba brotaran de él, engulléndome. Por supuesto, continué mi acoso

hacia quienes yo creía que eran los posibles asesinos. Pronto me amenazaron con denunciarme de nuevo, pero yo creí que irían más allá, que me matarían dormida, en el baño, cocinando o escribiendo. Pasear por las calles era una tortura, volteaba todo el tiempo hacia atrás y con el corazón sobresaltado si escuchaba pasos cerca, conteniendo las lágrimas de saber que me esperaba el averno.

Como sabes, mi madre murió después de eso y decidí largarme a Las Vegas contigo a seguir encontrando culpables. Sólo que estaba tan cegada con tu verga y con Ian, que no supe ver bien que todos los hombres son iguales. Aunque unos son más iguales que otros.

Cerrar los ojos es de cobardes. Nada cambia con sellarlos y, a fin de cuentas, un día tendrás que abrirlos de sopetón. Justo como me sucedió cuando averigüé lo de Roberto Panini. El cabrón había sido hallado muerto en su departamento. Dos balazos en la cabeza, directos y limpiecitos. Estaba desnudo intentando meterse un dildo en el culo, según decían los periódicos. Imagina los comentarios en las redes sociales al saber este curioso dato. Hasta se volvió viral. No se encontró el arma homicida, no hubo culpables, aunque sí muchos, muchísimos sospechosos. Tenía numerosas amantes oficiales y otras dispersas por el mundo —lo cual no sorprendía, porque hay muchas mujeres que no ven el ego, la soberbia y la grasa acumulada en la panza y en las tres papadas, sino un enorme cheque y la cuenta bancaria—, dos exesposas, siete hijos adolescentes que lo odiaban —tres legales y cuatro botados por ahí —, varias producciones que había defraudado y por lo tanto mucha gente que lo aborrecía, entre los que se encontraban actores, productores, modelos, gente de sonido, directores de arte, editores, agencias, vestuario, guionistas, socios… La lista era interminable. El tipo era un amor.

El asunto parecía ser más bien que a la policía le dio flojera seguir investigando e irse por cientos de líneas que los llevaban a la nada. Fue una venganza, un homicidio, es obvio. ¿Por qué y quién lo hizo? Su caso se perdió entre tantas posibilidades. Ni siquiera las cámaras de seguridad captaron a alguien sospechoso. Igualmente, según decían diversas notas, su cadáver duró en la morgue varios días, nadie lo reclamó hasta que se puso morado y casi reventaba. A su funeral sólo fueron aquellos que se peleaban por la herencia, pero hasta eso, como estaba metido en mil broncas, fueron pocos

los idiotas que argumentaban que el dinero era suyo porque eso los ponía al principio de la lista de sospechosos. Se dice que Panini estaba involucrado con el narco y que lavaba dinero en las producciones, encima de estafar a muchos artistas.

Era buscado en Monterrey, Guerrero, Querétaro, Guadalajara, Sonora, Yucatán, Ciudad de México y Chiapas. La pregunta era, ¿cómo lograba salir y entrar del país con tanta facilidad? Un misterio llamado «mordidas». Porque en ningún lugar hallé registro de su viaje a Las Vegas, y estoy segura de que era él. Una panza así, la mirada descuadrada y su collar de oro con una enorme R eran inconfundibles. Y, sobre todo, ¿qué carajos hacía un tipo como él discutiendo con Ian? Tampoco Héctor, que era su amigo, se apareció por el funeral y mucho menos en la morgue. Para qué, el muerto el pozo y el vivo al gozo.

Despertaste y me viste investigando en Google, ojerosa, hacienda apuntes, con el libro de Ian abierto al lado, intentando formar una línea, tratando de relacionar un hecho con otro: el asesinato de Roberto con el de mi Ian. Quería formar un rompecabezas completo con piezas que tenía en la mano, aunque no encajaran. Unir los puntos.

Me diste un beso cansado en la frente y casi me metiste a bañar a la fuerza, no quería despegarme del buscador hasta hallar algo que la policía no había visto. Antes, le envié un correo a Román pidiéndole que investigara si Ian tenía algún proyecto con Roberto. Ya cruzaba la fina línea de una locura temporal y la demencia. Quizá ya estaba loca, pero no me importaba.

El baño me cayó bien. Desnudaste mi cuerpo con paciencia, y me dejé hacer. La ropa fue resbalando en el suelo como camino de migajas. Regulaste el agua en la regadera y me ayudaste a entrar. La puerta de cristal transparente se opacó por el calor. Mientras iba viendo tu hermoso cuerpo poco a poco, primero sin la camisa, luego sin los pantalones y, al final, sin la ropa interior. Me miraste. Nunca olvidaré tu peso sobre mí, rompiéndome el alma.

Ahora que escribo sobre todo esto, en un avión lejano, me cuesta trabajo hacerlo. Nunca creí que me doliera escribir sobre ti, escribirte, Noah. Debí hacerlo más. Debí amarte más. Debí haber hecho mucho más contigo.

En esos días no escribía mucho porque les temía a los sueños, a

la imaginación y a la responsabilidad que deriva de ellos.

Te desnudaste y entraste conmigo. El agua caía sobre ambos, aunque ya estaba tan húmeda que no lo necesitaba. Me enjabonaste comenzando por el cuello, bajando por la espalda, introdujiste tus dedos en mí. Los moviste un poco, los sacaste. Tomaste más jabón con el que recorriste todo mi cuerpo, y besaste mis piernas al tiempo que lavabas mis pies.

Recargué mis manos en tus hombros mientras estaba de pie y tú hincado. Subí mi pierna en tu rodilla. Dejaste el jabón. Lamiste mis muslos, los abriste más, el agua caía sobre tus párpados y tosiste. Me hiciste reír. Tu lengua me hizo cosquillas en el clítoris. Con la otra mano intentabas mantener el equilibrio para no caer.

El agua estaba muy caliente y mi mano se resbaló, quedando marcada en la puerta de vidrio.

Te levantaste, quería abrazarte, ser tierna contigo, sentir tu piel resbalosa contra la mía, pero no me dejaste. Me aventaste de espaldas contra la regadera y tuve más orgasmos que nunca en mi vida, sintiéndote adentro, con furia. Me hacías «el odio», decías medio riendo. El agua limpiaba la sangre que salía de mi entrepierna y tú seguías como si el placer no tuviera fin, cada vez más duro, más grande, con más fuerza. Sentí que mis piernas flaqueaban y que me caería. Me acercaste a ti jalándome de la cintura, con fuerza. Mientras me sostenías, sin parar gritabas en mi oído cuánto me amabas, cuánto me habías amado siempre, cuánto me amarías. Cuánto era tuya. Me pedías que te dijera que sólo era tuya, y yo únicamente lograba responder con gemidos.

El agua se enfrió. Terminaste, cerramos las llaves y salimos a seguir lamiéndonos y a secarnos con la lengua del otro sobre la cama, dejando sangrientas huellas de amor sobre la alfombra.

Sangre. El rostro de Ian. Tú, mirándome. Sus cavidades sin ojos. Tu sexo. El de Ian, mutilado. Tu piel blanca pero bronceada, suave. La piel de Ian, teñida, muerta, azul, de plástico. Su cuerpo en la morgue.

Me levanté, no lo soporté más.

—Vamos a comer algo, te invito —no podía ser de otra forma.

Fuimos a un bufete de un hotel del viejo Las Vegas, cerca del Fremont Street Experience.

El Paradise Buffet era tan grande que no sabíamos por dónde

comenzar. No había sentido hambre hasta que entramos y olimos la comida. Nos atascamos de camarones, pasteles, sushi, costillas y cervezas. Algo me dijiste, sentados en un taburete doble, codo con codo. No recuerdo qué era porque después ya no te estaba escuchando. Miraba sin ver a la gente entrar y salir, los turistas con sus shorts y cámaras, las más jóvenes con vestidos diminutos de noche, que dibujaban sus senos en crecimiento y sus piernas largas. Algunas iban con sus madres gigantes, que alguna vez fueron tan delgadas como sus hijas. El futuro aplastante estaba delante de ellas. Qué bueno que aprovecharan el presente y que no pesaban doscientos kilos.

Frente a nosotros, una familia comía hamburguesas con papas con avidez. Sus platos estaban tan llenos que dejé de comer, asqueada. Reían con fuerza, inundando el restaurante con sus voces vulgares, con la grasa de su abdomen y sus brazos flácidos que temblaban cuando los movían. El papá, redondo y colorado del rostro, parecía que reventaría si seguía aumentando con comida su sebo abdominal. Eran como una familia de pequeños Trumps. Qué miedo.

—…entonces, después del partido de futbol en las maquinitas de la farmacia de la esquina donde derrotamos a todos los de la colonia y nos coronaron reyes del futbolito —continuaste diciendo, usando los frascos de la sal y la pimienta como si fueran tu amigo y tú—, yo y el idiota de Sammy nos quedamos jugando en la computadora de su hermana toda la madrugada metidos en su recámara comiendo papas y tomando refresco, ni chelas que…

—Sammy y yo.

—¿Qué?

—Sammy y yo. Se dice Sammy yo. No yo y Sammy.

—Ay, perdón, señorita escritora sabelotodo. Bueno, YO y el idiota de Sammy, jugamos *War of Trones* veinte horas seguidas.

—No sé qué es *War of Trones*.

—¡¿No sabes?! —sonreíste triunfal—. Te explico…

—No es necesario —interrumpí—, en serio.

—Déjame explicarte. *War of Trones* es un juego en línea, de estrategia, conquistas pueblos, imperios completos —los ojos te brillaban con excitación—. Formas alianzas con tus amigos y vas subiendo de nivel. Estamos en el 500, los primeros números son

equipos de Asia, algún día llegaremos… Puedes ser un vikingo, un caballero medieval, un rey, un mago poderoso, lo que quieras. Pero eso lo escoges desde el inicio. Los reyes son los más poderosos. Juegas… con cartas. Cartas virtuales que compras. Hasta puedes hacer negocio con ellas, invertí diez euros y gané veinte vendiéndolas…

—Okey, ya entendí. Se escucha divertido. Dime, ¿cuándo fue eso? Lo de la casa de Sammy…

—Hace cuatro meses, cuando estabas de viaje viendo lo de una producción con no sé quién.

Vaya, hacía cuatro meses. Juré que habría sido hace veinte años, pero no, claro. ¿Para qué crecer cuando todo es tan fácil así? Mejor te besé, para que te callaras un rato. No quería seguir escuchando anécdotas que no llevaban a nada, ni a la risa. Quizá un poco a la vergüenza.

Te conté el hallazgo de Roberto Panini y su muerte, y me dijiste que quizá él era el asesino de Ian y de varias personas más —no lo dudaría—, y que por eso y por todas sus deudas lo habían matado.

—Pero si él mató a Ian, entonces, ¿quién mató a Roberto?

—Tú.

—En serio.

—Tú. Serías la asesina perfecta.

—¿Eso es un halago?

—Sí. Son muy inteligentes. Los admiro mucho y tú eres la mujer a la que más admiro.

—Gracias —hubiera querido devolverte el halago, pero no sabía cómo—, yo también… también te… te amo.

Te quedaste mudo. Nunca te lo había dicho en persona y sabías el trabajo que me costaba decirlo desde que era pequeña. No crecí en una familia precisamente amorosa. Entre mis padres y yo, como hija única, nunca se dio mucho eso de los abrazos, los besos y el amor. Era más bien mal visto que llegara y me acurrucara en medio de ellos. Siempre estaban muy distantes. Y cuando mi papá se fue, el asunto del amor entre familia empeoró aún más.

—Dímelo de nuevo.

—Te amo, Noah.

Me besaste con alegría, y yo también lo hice. Sí, te amaba. No sabía todavía cuánto, pero sentí la piel contenta por haberte hecho

feliz.

—Deberíamos tener un bebé, Mia. Me muero por un bebé, y eres la única mujer con la que tendría uno. Sería fabuloso… ¿Sabes? Eres la única a la que le he dicho algo así —al terminar la frase se te quebró la voz.

—No puedo.

—Lo siento, no sabía.

—Me refería a que no puedo con los niños. Me dan terror, y las únicas historias que sé narrar son de descuartizados, fantasmas, monstruos, ahorcados, desollados y esas cosas que los aterran. No soy buena con los… peques. Me odian y los odio, el sentimiento es mutuo.

—De pequeño sí me gustaban las historias de terror.

—Entonces quizá hubiera sido una buena madre contigo. Pero nada más.

—Piénsalo, ¿sí? Imagina un bebé con mis ojos.

—Lo imagino con mi ego. Creo que sufriría mucho si es como yo. Por favor Noah, olvídalo.

—Pero… —te detuviste cuando me levanté por otra cerveza.

Un bebé, qué ideas más pendejas.

—¿Te traigo otra? —señalé el envase vacío. Asentiste.

Cuando volví, cambiaste el tema, incómodo.

—Sí, pudiste haber matado a Panini. ¿Nunca te interrogaron por eso?

—No, ¿por qué debieron hacerlo? Lo vi sólo una vez.

—No sé. Alguna vez leí que hay gente que mata para experimentar.

—Yo no mataría por convivir, créeme.

—Bueno, en tus libros, sí.

—Pero no soy un personaje. No soy mis libros. Y no soy una asesina —no lo soy. No maté a Roberto. No maté a Ian.

Aunque, en esos momentos, todo había cambiado. Esa frase de «no soy una asesina» ya no serviría.

—Bueno, bueno. No te culpo de nada. Pero ¿te imaginas quitarle la vida a alguien? No sé, ver la sangre, cómo son sus órganos, acercarte tanto para conocerlo por dentro como nadie lo ha hecho.

—Quizá tú mataste a Panini.

—¡No creo que ésa sea una posibilidad! Esa noche estábamos

juntos, y…

—¿Cómo sabes que esa noche estábamos juntos? ¿Cómo sabes qué día murió?

—¡Cálmate! Dejaste tu tablet encendida y leí lo que estabas investigando. Google sabe todo. Guarda tu historial y…

—¿Leíste mis escritos de nuevo? ¿Mis mensajes de Facebook?

—No —el rubor en tus mejillas indicaba que mentías—. No vi nada de eso.

—Claro que lo hiciste. Me siento violada cada que entras a mis cuentas, como cuando checaste los mensajes de mi celular. Violada, ¿comprendes? No, claro que no lo entiendes.

—No, porque no tengo secretos para ti. Y tú tienes un chingo para mí —bebiste la cerveza de un trago.

—No son secretos. Mi intimidad y mis personajes son sólo míos.

—Ya te dije que no vi nada de eso, y si lo hubiese hecho, ¿qué con eso? Mia, nadie te ama más que yo. Nadie. Tus personajes y tu intimidad están a salvo conmigo —me tomaste de la mano—. Entre más te conozco, más te amo. Por eso te ayudaré hasta el final a encontrar al asesino de Ian. Y, si quieres, también lo mataré, como tú me digas. Por ti, por tu felicidad. Porque amar es encontrar en la felicidad de otro tu propia felicidad —concluiste y dejé que me besaras. Esa frase ya la había escuchado en algún lado. Me perturbó saber que la conocía y no recordar el nombre del autor.

Por la tarde, seguimos preguntando en los bares cercanos a aquel de margaritas donde habían visto a Ian si alguien lo conocía, mostrando su fotografía. Caminamos varios kilómetros bajo el sofocante calor tomando cerveza. Te detenías a cada rato en las tiendas, en los espectáculos callejeros o en los casinos para jugar en cada uno. No decía nada porque no quería caminar sola o parecer amargada, como me lo habías dicho al comienzo del viaje, aunque en cualquier segundo estallaría. «¡Maldita sea, Noah! ¡¿No puedes caminar y ya?! ¡Puta madre!». Me contenía.

Era lunes, así que no había tanta gente estorbando en la acera. Un hombre se nos acercó cuando escuchó que preguntábamos por Ian en un casino, y salimos con él para hablar mejor.

—Yo lo vi, a ése que estás buscando.

—¿En serio? ¿Dónde? —me alejé un paso de él, invadía demasiado mi espacio personal.

—Aquí, en el infierno. Se retuerce en fuego por sus pecados. Lo torturan quitándole la piel, los demonios. Lo merecemos, todos los humanos, por no hallar la salvación en Dios nuestro señor.

—Pinche loco —le dijiste y me jalaste del brazo—, vámonos, amor.

—¡Recen, recen para que Dios los salve! ¡Sólo él es la salvación! ¡Viene el apocalipsis! —el tipo se quedó gritando en la calle, demente, señalándonos—. ¡No hay salvación para ustedes! ¡Se irán directo al infierno! ¡Arrepiéntanse ahora, pecadores! ¡Criaturas de Satanás!

Yo vibraba por completo pensando que probablemente aquello era cierto, que Ian estaba en el infierno, retorciéndose cada que tú y yo cogíamos, cada que su asesino andaba suelto comiendo, bebiendo, viviendo, y que de él sólo quedaba su arte rematado en tiendas de discos viejos.

Tenía el estómago revuelto, tanto alcohol y tanta nostalgia estaban acabando conmigo.

No sabía cómo pedir el perdón de Ian por no haberlo retenido, por no haberlo amado como él se lo merecía.

Si no fuera por mí, seguiría vivo.

Sentados en la banqueta, afuera de un casino, vimos cómo se acercaban nubes grises a través del cielo, con prisa, estresadas, empapando todo a su paso. Eso espantó un poco a la gente, pero no tanto como para que se escondieran de ella. A fin de cuentas, la lluvia sólo levantó el calor de la tierra, provocando un sudor agrio en las personas.

—¡Gottfried Leibniz! —el nombre me salió de pronto—. ¡Sabía que tu frase era de algún lado! Es de él, tu frase de amor —el tono rojo subió a tu cabeza—. Pero no te preocupes, Noah. Es un halago que aprendas frases para decírmelas. En verdad.

Balbuceaste algo y escapaste por un segundo en lo que entrabas a ver una tienda de *souvenirs* para comprar playeras, camisas, calcetas y pantalones baratos porque los nuestros ya apestaban.

Era hora de llamar a Román.

—¿Román? Hola.

—¿Sí…? —un silencio incómodo nos rodeó, lo imaginaba sentado en su silla de piel vieja frente a su escritorio de madera lleno de carpetas, archivos de casos y libros de terror—. ¿Mia?

¿Eres tú?

—Sí. Román… te he extrañado. Perdóname por haberme ido así. Aquel fue un día en el que me sentía culpable hasta de respirar.

—No te preocupes, corazón, me alegra saber de ti, escuchar tu voz. ¿Cómo estás? ¿Necesitas algo?

—¿No vas a preguntar dónde estoy?

—No. Si llamas es porque sigues viva, eso es lo que importa.

Claro, ése era Román, ahí estaba mi amigo con el que compartía estrenos de películas de terror serie B, con el que comía quesadillas de queso en la esquina de su trabajo, el hombro en el que lloré cuando Ian y yo terminamos, quien me mostró su cadáver desecho con furia incontrolable, su sangre… Román, el que alguna vez nos rescató de una borrachera en un bar donde no teníamos para pagar la cuenta. El bonachón, alguna vez guapo, con sonrisa enorme y ojos pequeños. Su voz me abrazó a la distancia y tuve deseos de volver. Me quedé callada.

—¿Sigues ahí, cielo?

—Sí, yo… estoy con Noah.

—Lo supuse. Qué afortunado es. Ojalá te trate bien... ¿Cómo sigues?

La gente ya acostumbraba preguntarme por mis demonios como si preguntara por mi salud. ¿Qué cómo seguía? Muriendo. Hinchada de dolor como el cuerpo de Ian bajo tierra, alimentando a los bichos, con su tumba decorada con flores y fotografías amarillentas.

Ian en un pinche mausoleo, olvidado, y yo contigo, llena de vida y queriéndome morir. Me sentí una mierda.

—Bien, Román. Siempre estoy bien.

Escuché cómo sus labios sonrieron.

—Mia, siempre bien. Siempre fuerte. ¿Qué te pasa, corazón? Dime la verdad. Aquí estoy.

—Yo… me enteré que unos días antes de que Ian muriera estuvo en Las Vegas con un productor, un pendejo que se llamaba Roberto Panini. Un estafador, creo que hacía animación y porno, más que nada se dedicaba a robar a las producciones. Lo encontraron muerto…

—Sí —su voz se endureció—. No llevé ese caso, pero lo recuerdo. Fue famoso. Déjame averiguar en qué chingados se conecta con el de Ian. Quizá nos lleve a encontrar a su… ya sabes…

—Al hijo de puta que lo mató. Mira, se supone que Ian no tenía proyectos con ese cabrón, quién sabe qué fue, un ajuste de cuentas, envidia, no sé. La gente está loca. Y ese wey no apareció en la lista de sospechosos…

—Mia, cielo… aléjate de esa gente. No sé qué puede haber detrás, pero aléjate. No quiero ver tu cadáver en la morgue. No lo soportaría.

—No puedo alejarme así nada más, Román —suspiré mirando hacia la tienda de *souvenirs*. Dos mujeres te veían desde afuera, sonriéndote, intentando coquetear contigo, pero tú ni siquiera las volteaste a ver—. Ian está trepado en mi espalda. No puedo vivir así —se me quebró la voz, pero intenté que Román no lo notara.

—Dices que lo vieron en Las Vegas… ¿quiénes?

—Te pasaré un video que el empleado del bar me dio… eso ayudará, ¿cierto?

—No mucho, pero si estaba allá, déjame checar qué conexión tenía con Ian —escuché sus dedos escribiendo sobre el teclado de su computadora con velocidad, incluso con furia—. ¿Algo más?

—Sí… el dato de este wey, de Roberto Panini, me lo pasó Héctor. Ya sabes, el productor narco. Un día te lo presenté en una comida a la que me acompañaste, en diciembre.

—¿El que canceló la película de Ian?

—Ese wey. Román… por favor, sólo quiero ayudar. Sólo quiero saber quién fue.

—Okey. Quizá él tenga el dinero perdido. En cuanto sepa algo, te aviso. Pásame el video. Y, por favor, por lo que más quieras, Mia… no vuelvas a México. Si ese tal Roberto lo hizo o si Héctor tuvo algo que ver, y sigue vivo, no te conviene volver, corazón. Son gente demente…

—Bueno, hay que desconfiar también de la gente que dice ser normal…

—Ajá. Vete a donde sea, no te quedes en Las Vegas, porque supongo que estás allá. Vete un rato a cualquier lugar. Y cuando te instales, avísame.

—Sí, claro. Te quiero.

—Yo también, cielo. Por cierto, se reabrirá el caso de Ian.

—¡¿En serio!? —mi corazón brincó.

—Sí. Resulta que encontraron a una pareja muerta en un primer

piso, adivina dónde.

—¿El mismo hotel?

—Exacto. Ése fue un crimen pasional, un homicidio y luego un suicidio, algo obvio, pero clausuraron al fin el maldito hotel. Y parece que los peritos no investigaron a profundidad; ya habían pasado cosas raras ahí antes. Recomendé que checaran también las habitaciones contiguas. Van a destrozarlo hasta hallar algo. Si pasa algo más, te aviso de inmediato. Yo también quiero encontrar a su asesino, cielo. No sólo por ti, sino por mí, por la justicia. Hace falta por acá. Así que, si sabes de cualquier cosa que pueda ayudar, házmelo saber de inmediato. Pero, por favor, aléjate de esa gente. Y mantente tranquila. Yo estoy contigo.

—Gracias, gracias, gracias. ¡Te adoro!

Colgué. Román era el juez al que era imposible sobornar, el que había resuelto más casos que nadie en su territorio. Era afortunada de tenerlo a mi lado.

De inmediato le mandé el video por WhatsApp, y luego lo vi de nuevo. Ian, con tanta vida en su mar, quién chingada madre se atrevería a siquiera tocarlo. Sus ojos estaban hechos para ser besados por la luna, no para ser extraídos con una puta cuchara.

Saliste de la tienda con una bolsa enorme y un llavero que se movía con el viento de la tormenta. Estaba harta de ir mostrando la foto de Ian en mi celular por los bares de la zona, preguntando por él. Si Román ya haría algo desde México, yo necesitaba descansar, despejar mi mente, tomar todo lo que encontrara en el camino y que mi billetera me permitiera. Acabar conmigo de una buena vez.

Nos sentamos en una banqueta, compramos dos cervezas baratas de treinta onzas en un bar en la calle y las bebimos como si fueran agua mientras un grupo malísimo interpretaba enfrente, en una tarima, canciones de U2. «*It's a beautiful day. Sky falls, you feel like. It's a beautiful day. Don't let it get away*». Revisabas algo en tu celular, un video de alguna estupidez que tu amigo Sammy te había compartido, que te hacía reír mucho. «*You're on the road, but you've got no destination. You're in the mud. In the maze of her imagination. You love this town. Even if that doesn't ring true. You've been all over and it's been all over you*».

Me mostraste el video e hice como que lo veía cuando en realidad sólo miraba cómo las gotas se dejaban caer en tu cabello

para suicidarse después, y la forma en la que arrugabas un poco la frente, concentrado en la pantalla, con las comisuras de tu boca sonrientes y tu piel ya un poco tostada por el sol, pero dejando ver la blancura del cuello. Quise morderte y que me pertenecieras para siempre.

Lo hubiera hecho antes de que terminara de destruirme.

«*It's a beautiful day. Don't let it get away. It's a beautiful day. Touch me. Take me to that other place. Teach me. I know I'm not a hopeless case…*».

5

El mundo cambia a cada instante. Ya no somos lo que fuimos ayer, tú no eres quien crees ser. Yo no soy quien tú creías que yo era.

Hace mucho que me había perdido, encerrada en una pared impenetrable, viéndote platicar. Me pregunté dónde quedó el amor que sentí por ti y por Ian. Él, comido por los gusanos. Me pregunté si su voz seguía flotando por ahí, en sus letras y películas.

Temprano, me escapé de ti y de Las Vegas. Tomé el auto y manejé de nuevo hacia el desierto. Necesitaba despejarme. Llevé mi cartera, el celular y el libro de Ian. Manejé dejando atrás los hoteles y las luces neón, los automóviles de lujo y las limosinas, los Elvis y las Britney Spears.

Dejé que la música del desierto entrara en mí cuando abrí la ventana, yendo sola por el asfalto, con el frío de la noche y las montañas a lo lejos como cenizas.

Tenía ganas de extrañarte. Sabía que estando lejos te valoraría más, quizá hasta encontraría el amor perdido por ti en las entrañas del crepúsculo.

Tomé la autopista interestatal 15 rumbo al norte, por unos treinta minutos, y luego giré hacia el este por la Ruta 169, a la Reserva Indígena Moapa para llegar a Valle de Fuego.

El lugar estaba cerrado y el policía de la caseta me impidió el paso, amable pero cortante. Imagino que notó mi aliento alcohólico y eso no ayudó mucho a que me dejara pasar, así que me quedé a un lado del camino, donde no estorbaba y donde no me viera la gente —aunque a esa hora no había más que fantasmas—, estacionada con las luces del auto encendidas, con ganas de que me tragaran los coyotes.

Prendí la luz interior del automóvil y abrí el libro *En tu muerte*, acariciándolo. Releí el párrafo marcado con su dedo. Sólo encontré más abandono y ausencia en sus palabras. Qué más había en el

corazón de Ian que nunca quise ver. Siempre creí que estaba lleno de orgullo e inspiración. Pero revisando sus textos, me daba cuenta del dolor, de sus deseos, de sus condenas. De la mía, que me castigaba a un mundo sin él.

Estuvo cabizbajo, demacrado, deprimido. Siempre creí que fue porque los proyectos no salían, por las críticas de los espantosos tipos del espectáculo que sólo saben hablar con envidia al no saber hacer otra cosa mejor. Pensé que aquella crítica publicada en *The New York Times* había acabado con él cuando dijeron que era el peor director de toda la historia con sus últimas diez películas. De paso un escritor mediocre, un *best seller* de novecientas páginas que sólo leían los pendejos. Hasta pensé que nunca volvería a escribir, sólo corría y corría en la pista de Studio City que llegaba hasta el café orgánico que adoraba, más de diez kilómetros diarios. Pero ahí lo hallé un día, en su estudio, rodeado por las criaturas y monstruos que creó para sus películas, con los dedos sobre el teclado cual tentáculos, escribiendo esta novela que ahora tengo en mis manos. Tuve una envidia secreta de que el duende lo hubiese tocado, pues yo me sentaba frente a la mesa con la página en blanco y ésta me ganaba, exigiéndome no ser tan mediocre. Saqué unos tres guiones mientras él escribía su novela, me sentía un genio, pero cuando me dio a leer el manuscrito, terminé por tirarlos a la basura. Era muy buena. Era lo mejor que había leído. Sería un gran éxito en las manos correctas. Pero como suele suceder con los editores, cayó en las manos equivocadas de un tipo que se decía editor y que prometió consolidarla en varios países.

Sacó sólo cien copias que nunca se distribuyeron. Ian terminó regalándolas a amigos, críticos y tan tan. Luego lo mataron.

Mi celular sonó, en la pantalla apareció tu fotografía. No respondí para no dejar de verte. En la fotografía, estabas mirando al horizonte con una pose falsa, serio, con tus ojos lunares viendo al frente. Dibujé con mi dedo tus labios delgados y perfectos. «Amo tus ojos —pensaba—. Qué jodido. Ya me chingué».

Llamaste tres veces más. Quería que me llamaras infinitamente, aunque nunca te volviera a responder, por el mero hecho de saber que le importaba a alguien, que ese alguien me estaba buscando, que quizá me amaba.

Miré la luna como si ella pudiera decirme quién mató a Ian,

como si pudiera redimirme y quitarme esa culpa.

Si lo hubiera ayudado, si hubiera respondido las llamadas que veía como ahora lo hago con las tuyas. Entonces, pensando eso, te respondí. No quería perder a alguien más por no contestar una estúpida llamada de celular.

—Hola, Noah… ¿qué pasó?

—¿Dónde estás, Mia?

—En el desierto.

—¿Qué diablos haces allá?

—Pienso.

Tu silencio incómodo me aplacó las ganas de decir «pienso en Ian. Como siempre y como nunca».

—Bueno… Nada más, por favor, sé que suena idiota, pero… no me abandones, Mia, ¿volverás?

—En un rato, o mañana. No lo sé. Pero no te abandono, ¿por qué lo haría? Sabes lo que siento por ti. No podría.

—De acuerdo…

—¿Necesitabas algo, Noah?

—Te extraño. Desperté y no estabas, y pensé que te había pasado algo. No soportaría perderte. No podría dejarte ir nunca.

—Entonces no me dejes ir —una sonrisa melancólica se dibujó en mi rostro—. No me dejes ir nunca.

—Pues no te desaparezcas así. Me asustas. Un día estás, otro no.

—Noah… ¿aún me amas?

Más silencio. Esta vez se alteró mi corazón. El silencio parloteaba y se burlaba a mi alrededor, como diciendo «no te ama, nadie puede amarte».

—Vuelve pronto, por favor —dijiste y colgaste. Sin decir que me amabas, arrugando mi corazón que, alerta, punzó. No sé qué habías hecho conmigo, pero te estaba funcionando bien.

Además, volver, ¿a dónde? A un hotel a beber cerveza y acabar con el dinero y mi vida. A coger contigo hasta quedarnos dormidos y romper la cama de tanto amor. A los recuerdos de Ian, que cada día se desvanecían más. Su rostro ya no era como lo recordaba, le había ido agregando ciertas características con el paso del tiempo, tal vez los ojos más azules de lo que en realidad eran, o el cabello más negro.

El tiempo nos roba todo y sin embargo es todo lo que somos.

Recibí otra llamada, esta vez de México. Era Román informándome que habían detenido a los dos asistentes de Héctor, Miguel y Rogelio, capturados por casualidad en un cateo sobre avenida Patriotismo, pues traían la pistola que tenía las marcas exactas con la que mataron a Roberto. Y Héctor estaba prófugo.

—Lo digo porque, si lo ves, tienes que alejarte de él, corazón.

—¿Y por qué lo vería acá, en Las Vegas?

—Escucha, cielo: desde que Héctor huyó, también han estado desapareciendo las personas a las que él les debía dinero. Un fotógrafo, un director de vestuario y otro guionista. Nadie sabe nada de ellos.

Y claro, no tenía que decirlo, pero Héctor tenía poder, dinero y contactos.

—Maldito cerdo asqueroso. Quizá el primero al que decidió matar fue a Ian; tal vez le debía dinero.

—Lo dudo —me dijo Román—. No hallamos nada de eso, pero ten cuidado. Estamos interrogando a estos hampones, tal vez Héctor los envió por Ian, no lo sabemos aún. Pero prometo informarte. Cielo, dime algo, ¿Héctor te dijo algo del dinero de Ian?

—¿Dinero?

—Ya sabes, el que está perdido. Eso nos guiaría a su asesino.

—No me dijo nada, pero no dudaría que lo tuvo y que se lo gastó en putas, en un Alfa Romeo o en cadenas de oro. Los gustos de Héctor son finos.

—Lo imagino. Si recuerdas algo más, avísame. Siempre estoy aquí para ti, corazón.

—Te quiero.

Colgamos. Si había sido Héctor, ¿por qué se habían tardado tanto en descubrirlo?

Miré la alborada. Algo no estaba bien, había demasiada calma en la voz de Román como para haber encontrado a un par de asesinos y no estar emocionado. Si fueron ellos, yo misma los mataría. No me importaría perder todo con tal de sentir en mis manos la sangre y vísceras de los asesinos de Ian. Aunque… no. Héctor no tenía razones para quererlo muerto. Al menos yo no creía que las tuviera. Él era alguien del medio, y perdería todo si descubrían que había matado a un director famoso e inglés en un hotel de mala muerte.

Aquello era muy confuso, pero no tenía miedo. Ojalá Héctor tuviera los huevos para ir a buscarme y así escupirle en la cara todo el odio que siempre sentí por él y sus ciento cincuenta kilos de grasa, que no le daban apariencia de poder, sino de narco mediocre, con sus pinches cadenitas de oro colgadas al cuello y sus anillos de diamantes en los dedos. Sin elegancia, sin más talento que el de despilfarrar el dinero y lavarlo en películas asquerosas. Pero no, no tendría los pantalones. Quizá mandaría a un par de sus esbirros por mí, aunque no me importaba en lo más mínimo porque estaba contigo. Que nos encontraran desnudos en la cama, durmiendo, empiernados, o a mí abrazando tu delgada espalda, sintiendo tu respiración coordinada con la mía.

Si eso era el final del misterio de Ian, no quería ser parte de él. Porque sabía que había algo más en Las Vegas que Ian me estaba gritando en la cara, pero aún no lo sabía escuchar. Lo que sí comprendí es que pensaba en ti todo el tiempo. Decidí entonces manejar de regreso. Siempre hacia ti.

Mientras veía la carretera, pensé en aquella novia tuya, Karla algo. Decías que te había dejado y me pregunté si ahí se había formado ese miedo que tenías por el abandono. La buscaría en la red cuando llegara. Así como me pasó con Ian, sentí de pronto que quería conocerte más, sumergirme en tu pasado para poder ser parte de tu futuro.

Cuando llegué, encontré una nota que me habías dejado sobre el buró. Habías ido a cenar algo a un bufete de «atásquese por diez dólares». No tenía hambre, como ya era usual en mí, aunque sí una sed insoportable y estaba mareada por el desierto.

Bajé por una cerveza al casino, al JJ's Boulangerie. Me senté en lo que me traían la bebida y googleaba los nombres de los desaparecidos relacionados con Héctor. En el *timeline* del fotógrafo había comentarios de amigos suyos, cadenas tipo «amén», invitaciones a otras páginas, etcétera. Al inicio encontré una petición de firmas en Change.org propuesta por sus padres para presionar a las autoridades con la búsqueda de su hijo, quien ya llevaba varios días desaparecido y del que no tenían ninguna pista. Un par de links me llevaron a otros sitios que, con complejo de investigadores, culpaban al propio Héctor y a sus compinches. En otros artículos no bajaban a la policía de pendeja por haber dejado

ir a Héctor a quién-sabe-qué país.

Las publicaciones más recientes en las redes sociales eran de gente llorando la muerte del fotógrafo cuyo cadáver acababa de ser encontrado —acribillado diez veces en tórax y abdomen— cerca de La Merced.

A unos metros de mí, una bailarina se contorsionaba sobre una mesa de juego. Su piel comenzaba a distraerme. Necesitaba concentración.

Busqué en las redes algo sobre los otros dos desaparecidos de los que Román me habló. Las páginas decían más o menos lo mismo que la del fotógrafo. No aportaban ninguna información extra o un motivo diferente que el denominado «posible robo». Encontré gente quejándose y llorándolos, fotografías con moños negros, etcétera.

Apagué la tablet y bebí otra cerveza. La bailarina era muy morena, usaba un traje diminuto de piel y bajaba y subía con tanta gracia, que me quedé sentada frente a ella. Para esas alturas, ya no aguantaba el ruido de las máquinas que, aunque ya nada más escupan el ticket impreso, emiten también el sonido de las monedas cayendo. Pura psicología.

Pero en medio de aquel escándalo estaban sus caderas, el contorno de sus labios mientras los mordía, ella era la música que bailaba, tenía el ritmo en la piel. Sus senos sobresalían del top que los apretaba haciéndolos ver más grandes de lo que en realidad eran. Por un instante, deseé tenerlos en mis manos y metérmelos a la boca. Me miró, sonriendo. Luego, cuando acabó su turno, bajó y le invité una cerveza. Puso su mano en mi pierna. Pedí más tragos. La subió más.

No sé cuándo llegaste, sólo sentí el flash de tu cámara sobre mí con tu mirada divertida, nos tomabas fotos en medio de bebidas, y yo estaba, entre el humo del cigarro y los labios de la bailarina, derrotada por Héctor, por la idea de que el maldito cerdo estaba desaparecido, libre, de que jamás lo encontraría para vengar a Ian. Me ganó el momento.

Nos compraste un par de whiskys —con el dinero de mi cartera — y nos fuimos de bar en bar hasta acabar en un antro de un hotel del centro, con una pista con tubos de luz que sobresalían del techo y una seductora barra libre de cerveza y ron barato.

La bailarina y yo estábamos en la pista de baile, tú sólo nos

mirabas. Sentí como si fueras mi proxeneta y eso me excitó. Me dijiste lo mismo al oído y me gustó más. Todos los juegos contigo me gustaban. Así que jugamos éste lo mejor que pudimos y sin ninguna culpa. Después de que nos echaron del bar, nos llevamos a la bailarina a un callejón donde la besé, metí las manos en su traje de cuero, dejé que metiera la lengua fría adentro de mi boca y acaricié su cuerpo con apetito. Tú sólo mirabas, medio sonriendo, entornado de placer. Siempre había querido pasar mi lengua por unos pezones como los suyos, con un sabor dulzón y salado a la vez.

No podía detenerme, dejé que metiera su mano adentro de mis pantalones y yo hice lo mismo con su traje, resbalando mi dedo índice en su clítoris chorreante.

Te vi de pronto besarla y morder sus voluptuosos labios mientras me mirabas. Nuestras lenguas se encontraron en su boca y nuestros dedos en su vagina.

La luz de una patrulla se reflejó en las paredes de ladrillo del callejón, así que nos separamos de inmediato, quitando a la bailarina que parecía estar pegada a nosotros. Ella estaba drogada, gritaba impertinente y reía a carcajadas. Estaba ya muy ebria para sostenerse en pie, así que la dejamos en un restaurante con algunos dólares para que, cuando pudiera, regresara a su casa o a donde quisiera, y nos largamos de ahí después de que un policía nos vio extraño e hizo una seña a otros policías cuyas miradas nos hicieron huir. Quién sabe qué pensaron de nosotros, no sé si nos vieron o no en el callejón, pero si no había ido a la cárcel por la muerte de Ian en México, mucho menos iría a la cárcel en Las Vegas por prostitución, lo cual era algo raro porque Las Vegas es el país de las putas, los infieles y los calientes.

Volvimos al hotel en un estado de euforia del que poco recuerdo. Bebí de un vaso de algún vagabundo que me ofreció de su bebida, atravesé las calles esquivando autos a tu lado, vomitamos en la alfombra del Caesars Palace y te jalé al baño de mujeres del Cosmopolitan, al último cubículo.

Cerré la puerta detrás de ti, me bajé los pantalones e hicimos el amor en tres minutos, carcajeándonos, con la ansiedad de que alguien nos viera.

Llegamos al hotel aún delirando, me dolía el estómago de tanto reír. Era como si todas las lágrimas acumuladas se hubieran vuelto

risa y me apretaran el vientre hasta morir. No sabía ya qué era tan hilarante, probablemente la razón era lo patético que se sentía todo el asunto: Héctor, sus compinches pendejos, que los agarraran por casualidad, la ineptitud de la policía.

—Noah… —dije entre risas, bebiendo algo. No recordaba bien cómo habíamos llegado a la habitación. Mi mente tenía lagunas de horas. Quizá era mejor así, quién sabe qué más había hecho en la calle contigo—. Creo que Héctor mató a Ian. Estoy segura. Fue él.

Tu risa se apagó poco a poco hasta que tu rostro quedó frente a mí, con los ojos muy abiertos y tus rodillas tocando las mías. Me abrazaste.

—¡Mia, es fabuloso!

—¿Disculpa?

—Al fin encontraste al culpable. Ahora ya podemos ser libres, Mia.

¿Libres? Dejé de reír también. Jamás sería libre. Habían asesinado a Ian, ya no estaba sobre la tierra. Mi mamá estaba muerta y yo ya no tenía trabajo. ¿Libre? ¿Eso qué significaba?

—¿Héctor está en la cárcel? —preguntaste.

Negué con la cabeza.

—No saben dónde está. Podría llegar en cualquier minuto.

—Maldita sea —brincaste eufórico, y empezaste a guardar de forma desordenada el tiradero de ropa en el cuarto dentro de la maleta. Hasta las drogas y la cerveza dejaron de surtir efecto en ti —. Hay que largarnos de aquí. Ya. Ayúdame con esto, ¡vamos!

—Pero… Héctor no sabe dónde estamos, nadie lo sabe —me estiré sobre la cama. Todo me daba vueltas.

—Se lo dijiste a Román, ¿no? Le dijiste que estábamos acá. Es fácil localizarnos en este hotel sólo con tu nombre. Cualquiera podría hacerlo.

—Sí, se lo dije, pero… él jamás me traicionaría. ¡Es Román! ¿Cómo podrías pensar algo así?

—¿Cómo lo sabes? ¿No se te hace raro que Héctor se largue así como así y que Román no lo ande buscando, que siga sentado en un pinche escritorio sin hacer nada? Piénsalo, ¿en serio no es extraño? ¡Ese wey sólo quiere sacar baro! ¡Por Dios, Mia! ¡Con todo lo que sucedió con Ian…! ¿Todavía sigues confiando con los ojos cerrados? —me jalaste y me aferré a la cama como un bulto. Nada ni nadie

me haría salir, no me levantaría.

—Atraparon a sus ayudantes, los que mataron a Roberto, el pendejete de Panini, ése que sale en el video que nos pasó el wey del bar de margaritas, pinche tranza, y sólo tienen la sospecha de que…

—¡Pero Héctor escapó! ¡Román tuvo que ayudarlo, por el dinero! ¡Y Román sabe dónde estamos!

Te calmé con decenas de argumentos que ni yo creía. Lograste sembrar en mí desconfianza hacia todo el mundo, así que, al final, decidimos cambiarnos de hotel, no de ciudad.

Elegimos uno más barato, un motel cerca del aeropuerto donde nadie más nos buscaría.

Por precaución, llamé a Román para avisarle que me largaba a Canadá y le dije adiós para siempre. No me creyó, pero estabas al lado mío, no era capaz de explicarle nada en ese momento. Además, el «qué tal si…» que mencionaste, quedó muy sembrado en mi interior. Lo hice por si las dudas.

Listo. Estábamos solos.

Ya me tenías para ti sola. Como siempre lo habías deseado.

6

Me arrepentí desde que entramos a la habitación. Jamás había estado en un hotel tan repugnante. Vaya, ni los moteles de paso de Tlalpan son así.

El hedor a humedad nos persiguió desde que abrimos la puerta impregnándose en nuestra ropa y cabello. Las ventanas estaban cubiertas por gruesas y polvosas cortinas verdes de terciopelo gastado que seguro antes eran azules. El piso del baño tenía rastros de moho mal lavado y la regadera estaba cubierta por una cortina amarillenta. El piso seguramente estaba lleno de infecciones y hongos. Y ya ni pensar en recostarme en esa cama, que se quejaba con los resortes en mi espalda. Al quitar las sábanas, descubrimos vellos púbicos insertados en la almohada. No, sería imposible dormir en esa habitación.

Por más que intentaste convencerme de que aquí Héctor no me buscaría, no lo lograste.

La primera noche dormimos en el auto, abrazados en el asiento trasero. Yo estaba segura de que, al entrar a la habitación, nuestras maletas estarían llenas de chinches y piojos. Tendríamos que tirar la ropa a la basura, quemarla, regalarla. Prefería seguir con la misma ropa por días que volver a usar la de las maletas, impregnadas de la esencia de aquel motel.

Para distraerme, fuimos a desayunar a un lugar de pizzas. Moría de hambre por la mañana y nosotros, que podíamos vivir sin reglas, éramos libres de desayunar pizza de pepperoni y cuatro quesos, cerveza oscura y cigarro si nos daba la gana. No quería nada saludable en mi sistema, ni siquiera pensaba ya en desayunar fruta, jugo y huevos con jamón. Era la necesidad por destruirme más y más, por dentro y por fuera. Así lo hicimos después de pasar por la torre Trump y escupirle como si al cerdo ese le importara que un par de mexicanos dejaran su saliva frente a su asquerosa torre color oro, sin mayor estructura, elegancia o chiste. Justo como él.

Cuando salí del baño —sí, preferí usar el del restaurante al del motel—, me mostraste en la tablet que habías encontrado una página de Facebook que alguien había creado en honor a Ian.

—Creo que te gustará ver esto.

Te besé y también te levantaste para ir al baño. Pude leer miles de comentarios de fans de Ian diciendo cuánto lo sentían, que era el mejor director de la tierra, que ya estaría unido a sus criaturas en el cielo o en el infierno. Algunos lo insultaban, como si eso le importara ya a alguien, o intentaban resolver el misterio de su muerte, relacionando la manera en que lo asesinaron con alguna de sus películas (lo cual no era tan descabellado, yo misma había tenido esa teoría cuando me mostraron su cadáver, pero, al no encajar nada, la deseché por completo). Esos fans con complejo de detectives juraban que incluso había sido el gobierno, pues éste había descubierto mensajes escondidos en sus películas de terrorismo: una conspiración inglesa contra la reina. Descubrí un par de comentarios que incluso me culpaban: «Esa perra mexicana que se cree guionista y escritora, seguro fue ella para quedarse con toda la herencia».

Había tráileres de sus películas, entrevistas, links a páginas falsas de spam. Nada que pudiera guiarme o servir de algo. Intenté entrar al Facebook de Héctor, pero ya estaba cerrado, no existía ni rastro de él en Google, era un pinche fantasma, al igual que todos los socios de su empresa. Abrí el mío, tras meses de que no lo hacía. Encontré cientos de grupos a los que ya me habían agregado sin mi permiso, los cuales me importaban un carajo; había comentarios en mi muro de amigos que preguntaban por mí, había otros de editoriales promocionando mis libros y sobre mis películas. Me pregunté dónde chingados estarían todas esas regalías ahora que parecía una prófuga alcohólica escondida en un hotel de mierda en el desierto de Las Vegas.

En mis mensajes directos no encontré nada nuevo. Otra vez me escribían desconocidos que decían haberme visto, preguntando por qué había desaparecido, tenía pláticas de grupos políticos, otros que pedían un «amén» para sus imágenes religiosas, para que todos vieran que creías en Dios (aunque es realmente difícil creer en él cuando él no cree en ti) o para curar a un niño sin brazos en Somalia. Sólo diría «amén» para curar el pulque que me moría por

probar. Tenía otros mensajes de mierda tipo «piensa positivo». A la chingada con todos. No abrí ninguno. Sólo por curiosidad, seguí buscando en los mensajes. Nada. Abrí la carpeta de «otros», spam y más spam. Lo borré todo, pero justo antes de quitar por completo la basura de esa carpeta, me topé con un mensaje de una tal Ángeles J. M. Z. que decía: «Estuve con Ian en Las Vegas».

Intenté abrir el perfil, pero ya lo habían eliminado.

Volviste del baño y las manos me temblaban, no había notado lo mucho que te tardaste. Mi amor por ti era tan fuerte que se había desvanecido con el mensaje de una desconocida. Decidí no decirte nada y apagué la tablet.

—¿Todo bien? —te sentaste a mi lado tomando mi mano y la besaste.

—Sí… Estoy mareada. Tengo náuseas.

—Es por todas las emociones, por las llamadas de Román. No te preocupes. Atraparán a Héctor y jamás podrá hacerte daño. Y Román, pues… no deberías confiar tanto en él. Se me hace que eso de que es honrado es puro choro.

—No digas eso. Lo conozco desde hace años —dije y quité mi mano. Estabas muy frío, me mirabas con fijeza—. Jamás me lastimaría. Debería llamarlo, decirle la verdad sobre dónde estoy. Debe estar muy preocupado por mí. Lo quiero mucho, siempre lo he querido.

—Mira, haz lo que quieras —vi una chispa en tus ojos cuando dije «lo he querido». Pero no supe descifrarla—. Yo te apoyo. Lo sabes. Pero por ahora deberíamos irnos, te ves algo pálida.

Nos levantamos incómodos y molestos y dejamos toda la comida en la mesa. No llegué al hotel, tuve que detenerme en el camino para vomitar. Las arcadas no me permitían ni respirar bien, todo me daba vueltas: los hoteles, los casinos, la gente riendo a mi alrededor, tu mirada preocupada, el tremendo sol, el Luxor con un rostro enorme que parecía mirarme, burlándose de mí y de paso de la pirámide original, que es treinta metros más pequeña.

Estabas genuinamente alarmado por mí, me abrazabas, no tenías idea de cómo hacerme sentir mejor. Respiré. Entramos al Luxor, necesitaba el baño de cualquier lugar con urgencia. Cuando salí, después de haber lavado mi boca y cabello, no quería tocar el tema de Héctor o Román, así que comencé a hablar sin poderme detener

y cambiar de tema esperando que las náuseas se me bajaran un poco al pensar en otra cosa.

—«La construcción del Luxor se basa en lo oculto y en los principios masónicos —sabía que esos temas te interesaban, incluso el relámpago en tus pupilas por los celos hacia Román disminuyó y, triunfante, continué parloteando mientras caminábamos entre las tiendas y esquivábamos las máquinas del casino para llegar a la salida—. La gran cantidad de detalles en esta recreación de la antigua ciudad de Luxor, Egipto, revela las filosofías herméticas de las personas que controlan Las Vegas». O eso dicen, al menos.

—¿Sí? Está padre, hay que hospedarnos aquí. ¿Quiénes dicen eso?

—Pues los libros sobre masonería. Pero quizá la arquitectura no es masónica, sino egipcia. Dicen que la sociedad masónica desciende de la tradición esotérica del antiguo Egipto, y que «la masonería es considerada como la descendiente directa, o como una supervivencia de los misterios… de Isis y Osiris en Egipto».

—¿Dónde lo aprendiste?

Un «de Ian» se me quedó atorado. Fingí demencia y al fin llegamos bajo el sol de nuevo.

En el baño había sacado todo lo que llevaba dentro, aunque aún me sentía con asco. Al entrar a nuestra habitación, en el motel, lo único que me provocó la visión y el olor fue que me sintiera peor.

No salí del baño en dos horas.

Entré, me desnudaste, te llevaste mi ropa sucia y manchada de vómito y me quedé de pie debajo de la regadera, que sorprendentemente tenía buena presión y agua caliente. Dejé que el agua se llevara todo, mis lágrimas, mi dolor, mi pasado. Me quedé abrazando mis piernas, encogida en un rincón, hasta que tocaste la puerta verificando que todo estuviera bien. No respondí.

Usando una tarjeta de crédito, botaste el seguro con facilidad y abriste la puerta.

Eso solía hacer mi papá antes de que se fuera. Siempre que me encerraba en mi habitación para no escuchar los gritos y sombrerazos de mis papás, él abría mi puerta después usando una tarjeta con habilidad. Quería que me abrazara, pero sólo decía que todo estaría bien y luego volvía a cerrar la puerta. Admiraba su bigote y su cabello tan negros en contraste con su tez tan blanca.

Todo estuvo bien en mi mundo de fantasía hasta que nos abandonó, nos dejó por su secretaria que parecía salida de alguna historia de Poe: pequeña, con ojos y barriga saltones y boca demasiado grande con labios rojos y voluminosos, mas no de una forma femenina, sino como un monstruo emergido de pesadillas infantiles. O así la veía yo. Y jamás comprendí por qué papá no se quedó con mamá. Ella era hermosa, tierna, con su mirada verde agua y su piel de porcelana, frágil.

Cuatro años después vendí mi primer guion. Era una adolescente prodigio, escribía tres guiones al mes, o novelas o artículos, lo que quisiera. Parecía que tenía tinta en las venas. Y los productores estaban encantados con eso. Claro, también tuve dosis de egos lastimados de otros escritores que me sabotearon en numerosas ocasiones, plagiaban mis trabajos e intentaban decirme que jamás sería la mejor. No me importaba que robaran mis ideas porque sabía que al día siguiente escribiría unas mejores. Supongo que eso sucede en todo el mundo. No lo sé.

Entraste al baño con la habilidad de papá y su tarjeta y me sacaste de ahí tomándome de los codos. Algo no estaba bien conmigo, de pronto me sentí acompañada, pero no por ti, por alguien más, alguien que me vigilaba.

Las pastillas, ¿se habían terminado? No lo recordaba, ya no las encontré. Aunque te pedí que compráramos más con el miedo de que las alucinaciones y las voces volvieran, me ignoraste.

No permanecería más tiempo en ese asqueroso lugar. Te convencí de movernos a otro hotel usando diferentes nombres y pagando en efectivo.

—Noah, anda, por favor. No soporto estar aquí. ¿Por qué no vamos al Bally's?

—Me caga ese hotel y su olor a viejo. Vamos al Luxor… con todo eso que me contaste, me muero por quedarme ahí.

Excelente, ahora mi idea de distraerte se había vuelto en mi contra.

—No me gusta… Dicen que el Bally's está embrujado, estaría increíble quedarnos ahí.

—¿Para ver a Ian?

—No seas menso —aunque no era una mala idea. En realidad, no quería quedarme tan lejos del Paris y de los lugares donde había

estado Ian, así que en cierta forma sí era para seguirlo viendo—. Es que ahí hubo un incendio, dicen que uno de los peores de toda la historia de Estados Unidos. Murió mucha gente, unas cien personas, y como mil resultaron heridas. Claro que a partir de eso se ven cosas horribles en las puertas de emergencia —tomando en cuenta que la mayoría de la gente murió en las escaleras, intentando huir— y en los baños. Dicen que las sábanas se mueven sin que nadie esté en las camas, y que surgen ruidos de los armarios, de adentro. Además —la emoción me ganó, no me di cuenta de cuándo comencé a casi gritar como una niña esperando a Santa Claus— tiene otras historias, como la de un grupo de doce fantasmas que vagan por los pasillos del hotel, caminando, o que incluso se sientan en las mesas de juego —repentinamente escuché a los fantasmas. Escuché sus gritos mientras se quemaba su piel, derritiéndose; sus últimas palabras, su dolor. Casi lloré, me perseguían. No quería que te dieras cuenta—. Bueno, ya, cállense… silencio.

—¿Mia?

—Sí… sí, perdón —pero no guardaron silencio. Susurraban en mi oído derecho gimiendo lento, con ardor. Su horror se me adhirió a la piel mientras intentaba seguir el hilo de mi propia conversación —. Un crupier dijo que vio una mesa llena de jugadores que después se desvanecieron en el aire. También los han visto en las máquinas tragamonedas.

—¿Mia? Estás más pálida… Ven, siéntate.

Me tomaste de la mano y me ayudaste a sentarme como anciana con bastón. Las voces cesaron con el contacto de tu piel; la mía seguía erizada.

—¿Sabes, Noah? Quizá no sea una buena idea. Deberíamos ir al Luxor, entonces.

Hospedados en el edificio icónico e inconfundible, con su particular forma piramidal y sus treinta pisos, fuimos el señor y la señora Arellano.

Adentro, aquello me pareció una tumba gigante, aunque era lógico, pues sentía que estaba muerta. Viste la capilla exprés y me sugeriste casarnos ahí mismo al día siguiente. Sonreí sin decir una palabra. Casarnos por cincuenta y cinco dólares con cincuenta centavos con un Elvis de frente. También tenían la opción de una Britney o una Whitney Houston. Estar en matrimonio tú y yo, hasta

que la muerte —o la infidelidad— nos separara. No, gracias. No fui hecha para el matrimonio, siempre he creído que el amor de la vida tiene fecha de caducidad y el matrimonio sólo acelera el proceso.

Mandamos la ropa a la lavandería y nos fuimos directo a la piscina. Quizá me caería bien. Me llevé la tablet esperando desaparecer de tu vista en algún momento para responderle a Ángeles J. M. Z. No había dejado de pensar en ella desde que vi su mensaje.

Nos quedamos en una cabaña privada con un delicioso ventilador, custodiados por el falso Egipto que nos rodeaba y con un refrigerador al lado provisto de bebidas, hielo y vasos. Tomaste una colchoneta inflable y una cerveza y entraste a la alberca, debajo de los chorros de agua que salían de las fuentes y entre mujeres en pequeños bikinis que te miraban. No sentí celos. Siempre fuiste hermoso.

Encendí la tablet y abrí de nuevo el mensaje. Aunque el perfil del que me había escrito la mujer ya no existía, busqué en contactos y en perfiles y localicé a otra Ángeles J. M. Z. Le mandé una solicitud de amistad al tiempo que le escribí: «¿Eres tú? Apenas leí tu mensaje. Dime cómo contactarte. ¿Quién eres?».

Si no era la misma persona, pensaría que yo estaba loca y me bloquearía. Pero si era ella, lo cual era una remota posibilidad, me llevaría a nuevos mundos sobre el asesinato de Ian. Ya no veía otra salida. Sí, Román dijo que pudo haber sido Héctor, pero aún no sabía qué hizo Ian en Las Vegas y por qué.

Entré al perfil de Ángeles. Casi todo era privado, pero había un par de fotografías de ella en la playa con unos amigos y otra en Las Vegas, en el Eiffel Tower Restaurant, en el hotel Paris. Guardé esta imagen en la tablet, la abrí y la amplié.

Al fondo estaba Ian cenando con alguien más, sólo se alcanzaban a ver una cerveza y otro plato.

Al darme cuenta de esto, mi corazón de aceleró de tal forma que me dolió el pecho. ¿Con quién estaba Ian? ¿Con Panini?

Sí, ese restaurante era más del estilo de Ian que cualquier otro sitio en Las Vegas. En definitiva, no era del gusto de Roberto.

Ángeles tenía más fotografías en Las Vegas. Las guardé todas en la tablet, desesperada por la red tan lenta, ampliándolas una a una. Tenía algunas en el centro, donde se veía el clásico vaquero de luces

saludando, el gran Vegas Vic, el letrero de neón más grande del mundo. Otra era en un casino, otra en el Circus Circus y una más en el espectáculo «The Beatles: Love» del Cirque Du Soleil, en la que ella traía una playera del show. Tenía el cabello negro y las mejillas redondas, y si se ampliaba en un *close up*, uno podría imaginar que era de cuerpo más bien robusto, pero era sólo el rostro el que daba esa impresión, porque el resto de su fisonomía era delgada. Demasiado, tenía cuerpo de niña, sin busto o trasero, con un par de hilos colgado desde la falda en vez de piernas. Su rostro era bonito, como de muñeca, falso y pecoso. Examiné cada cuadro de las fotografías, pero Ian no aparecía al menos en las primeras siete.

—¿Qué haces, amor?

No me di cuenta cuando saliste de la alberca. Habías encendido un cigarro y me mirabas ocultándome la vista hacia la piscina con tu silueta. Te secabas la espalda con una toalla del hotel.

—Reviso mi Facebook. Hace mucho que no lo hacía. Ando aquí, chismeando y leyendo noticias —mentí descaradamente.

—Okay, diviértete… voy a traer algo de comer. ¿Quieres?

Sólo pensar en comida provocó que mi estómago rugiera. Tenía hambre, pero no era capaz de digerir nada, aunque mis dos tallas menos desde que llegamos a Las Vegas me indicaban que quizá debería intentarlo.

—No sé. No me he sentido muy bien.

—Mmmm… mira, te traeré algo. Si no te lo quieres comer está bien, sólo inténtalo, ¿sí? Por mí.

Por ti. Cualquier cosa por ti y tus ojos de laguna. Asentí y te fuiste, mirando con curiosidad hacia la tablet, que ya mostraba el protector de pantalla con un paisaje irreal.

Encendí un cigarro que casi se me cae de los labios cuando escuché el inconfundible sonido de «mensaje nuevo». Lo abrí. Era Ángeles.

Hola Mia, sí yo t escribí. No quería molestarte pero s k me enteré x las noticias de asesinato de Ian y kría saber si tú sabes algo más de lo q le pasó o a quién vio en Las Vegas, leí varias noticias dnde decían k estabas indagando tú sola y k mucha gente t avia detenido por esto. No t culpo, yo hubiera echo lo mismo. Es una pena. Era el mejor hombre dl mundo, nadie como él. Lo amaba mucho.

¿Que qué? Esperaba leer cualquier cosa menos eso. ¿Lo amaba mucho? ¿Y él la amó a ella?

Continuó «escribiendo»:

Gracias x responder mi mensaje. Creí k no lo harías nunca, x eso cerré mi perfil. No soportaba ver las fotos de ustedes 2.

Redactaba con terribles faltas de ortografía, y no supe si era el sol, el cigarro, la cerveza o Ian, pero me dieron ganas de vomitar de nuevo.

Iré a Las Vegas pasado mañana. Para recordarlo, n forma de homenaje. Siempre nos veíamos ahí. Sé k era tu pareja, perdón. Esta no s la mejor forma de recordarlo.

No sabía qué responder. Tal vez ése era el jodido secreto de Ian en Las Vegas, tenía una pinche amante y por eso estaba acá. Y no tenía nada qué ver con su asesinato en México. Quizá ni siquiera con Roberto, Héctor, Román o conmigo misma.

No quiero problemas. Pero estaba enamorada d él. Cambió mi vida con su película de "Monstruos bajo la laguna. staré hospedada en l hotel New York. Puedes llamarme x teléfono pidiendo a la operadora k t comunique con Ángeles Jiménez Zepeda. Sé k la policía t detuvo en México x obstruir la investigación pero yo puedo ayudarte. Confía n mí. Gracias x responder l mensaje.

Vaya, mencionó tu peor película, quién lo hubiera pensado. Los leí varias veces. No comprendía nada, ¿quién carajos era esa mujer? Sentí enojo porque percibí incluso algo de compasión por mí en sus palabras. Jamás había escuchado algo sobre ella y no era amiga de Ian en Facebook ni en ninguna otra red social. ¿Tenían algo oculto? ¿Eso era todo? No sabía si dar gracias o maldecir a la estúpida tecnología que deja tantas vidas al descubierto, un escenario para que cualquiera hurgue sin pudor en la existencia de los desconocidos.

Bien, esta tal Ángeles quería que la llamara sin saber que yo estaría cerca de ella. Prefería verle la pecosa cara y que me dijera todo lo que tenía que decir frente a frente.

Volviste con comida y ron, y tuve un antojo irreal por el helado que lamías. Casi te lo arrebaté y comencé a morderlo. Sonreíste y me besaste, el helado se confundió en las dos bocas, ahora frías, escurrió por tu barba y lo lamí.

Casi no llegamos a la habitación, te necesitaba con

desesperación, necesitaba sentirte adentro de mí en ese instante.

Entramos y me volteaste empujándome contra la puerta, bajaste mis shorts y tus pantalones y me penetraste con rabia, tomándome del cabello, jalándome hacia atrás mientras intentaba sostenerme de la puerta. Afuera se escucharon pasos que se detuvieron, luego risas, y tú continuaste cogiéndome. Te sentía en todo el cuerpo, con la piel erizada por tu aliento agitado en mi nuca, tu otra mano en mi cadera me apretaba hacia ti. La gente afuera se fue, habían escuchado nuestros gemidos. Sabía que eso te excitaba, tener público a tu alrededor. Siempre querías tener público estuvieras cogiendo o no.

Recuerdo la vez que me acompañaste a un festival de lectura en San Luis Potosí y querías ser la estrella a como diera lugar. Subiste al escenario conmigo y leíste cuando no eras invitado, reías muy fuerte en las cenas; querías que todo el mundo viera que tú eras más importante que yo. No fue así, nadie te hacía mucho caso y eso te frustró tanto que todo el camino de vuelta manejaste serio, sin hablarme, como si yo tuviera la culpa de ser escritora y de que la gente quisiera escuchar mis locuras y no las tuyas.

Terminaste, sentí tu semen escurriendo por mis muslos. No quería que te salieras nunca.

Sonó tu teléfono. No sabía que tenías señal para recibir llamadas. Lo tomaste, viste el número y saliste al pasillo para hablar. No era que me interesara espiar tus llamadas, pero ¿por qué no hablar adentro de la habitación? Salí detrás de ti. Me miraste mientras hablabas.

—Sí… Ya te dije que sí… espero que esta semana lo consiga… ¡Te dije que eso espero!… bye —colgaste y me miraste disculpándote—. Era mi mamá. Ya sabes, quiere dinero, está en la quiebra.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Me daba pena. Junto a ti siempre seré un inútil desempleado.

—Eso no es cierto. Tienes muchos talentos. ¿Por qué no buscas trabajo?

—¿Acá? ¿Con visa de turista? Lo dudo mucho.

—Entonces vámonos. Este lugar ya me está agotando. Quedémonos una semana más —para poder ver a Ángeles, pero omití ese detalle—, y vámonos.

—Quién podría cansarse de esto —me besaste y volviste a meterme a la habitación.

El «pasado mañana» de Ángeles llegó de una forma lenta, el tiempo parecía transcurrir adentro de una pecera y yo intentaba nadar a contracorriente.

Los días previos a cuando la fui a buscar, revisé todas y cada una de sus fotografías, no había nada más de Ian. La busqué en Google, en redes sociales, entre mis contactos. Aparecía de vez en cuando su currículum en páginas de bolsas de trabajo, donde indicaba que era actriz y había actuado de extra en varias películas —quizá de ahí conoció a Ian— en México, apareció en un par de comerciales, nada importante o que llevara su nombre a las grandes ligas. Además, sus fotos no le ayudaban en nada. Sus retratos los había tomado un fotógrafo que firmaba sólo con una N, eran pésimos, parecía que él la odiaba: de perfil izquierdo —que no era el mejor—, con poses ridículas y anticuadas y un Photoshop de risa.

Durante esos días, sólo imaginaba a Ian cogiendo con ella, en esa posición que a él tanto le gustaba, lamiéndole el clítoris en la misma habitación del Paris en donde me hospedé siguiendo sus pasos.

Lo imaginaba invitándola a cenar, consintiéndola como lo hizo conmigo, quizá incluso llevándola a festivales de cine, tomándola de la mano en la oscuridad y avanzando hasta sus senos. Miraba sus fotografías una y otra vez, ¿qué le vio? Sobre todo, ese Ian no era el fiel y sincero que yo conocí, que el mundo conocía.

Con esa curiosidad, llamé a Andrew, el mejor amigo de Ian, con el que no había tenido contacto desde el funeral. Fue el primero que me culpó de su muerte señalándome frente a la sociedad, y fue el primero del que desconfié. Ian siempre le prestaba dinero, y ahora que el banco de Andrew estaba en quiebra, tampoco debía regresar los dólares que adeudaba.

Andrew nunca me cayó bien a pesar de ser muy amable, quizá lo era demasiado, tenía una voz calmada y una aparente tranquilidad. Después se comprobó que él no tuvo nada qué ver con el asesinato, pero jamás olvidó que la policía lo interrogó por mi desconfianza. Aun así, necesitaba respuestas, y quizá él podría dármelas.

Seguro no quería tener nada que ver conmigo, la mexicana que llevó a su amigo a su fin, según los tabloides en Estados Unidos y

sus estúpidas —o quizá no tanto— conclusiones de que, si no hubiésemos tenido ese amorío en México, si no me hubiera conocido, quizá nunca hubiera llegado al lugar de su muerte. Y Andrew lo quería, me consta. Además, se llevaba el diez por ciento de las regalías de todas las películas por ser su representante, y al morir Ian, había muerto también la cuenta de Andrew.

Ian me lo presentó en el café Jumpcut, en Los Ángeles, un pequeño y hermoso lugar dedicado al cine y al terror en donde era común ver a Tarantino tomando *chai latte* o, en sus tiempos, a Kubrik escribiendo. Los sillones tenían aroma a cine, a historias, a mis más grandes fantasías.

Ian y yo estábamos sentados en el Jumpcut aquella vez que Andrew apareció por casualidad: alto, con gafas, de la misma edad de Ian y con un perfil muy judío, aunque decía ser inglés. Tomó una silla y se sentó frente a mí, como en un interrogatorio. Me aprobó con la mirada. «Así que tú eres Mia». Sí, era yo. Los escuché platicar por varias horas, narraron decenas de anécdotas de su juventud, cuando tenían una banda de rock en Liverpool y se la pasaban haciendo payasadas con las fans. Contaron de sus presentaciones, de sus discos y de sus canciones que no tenían ningún sentido. Así me enteré que Ian, antes de ser estrella de Hollywood, había sido estrella de rock en Inglaterra. Hasta había conocido a los Beatles y abierto un concierto para ellos. Andrew decía tener fotografías con los cuatro ídolos. Ian tocaba la guitarra porque cantaba muy mal, y Andrew tocaba la batería. Fue entonces cuando conoció a su primera y a su segunda esposa, las cuales habían sido novias de Andrew primero.

Siempre que hablaba Andrew, lo hacía con un poco de rencor confundido con risas:

—E Ian se terminó casando con el «amor de mi vida de la juventud», qué vueltas da la vida.

—Pero cuando terminamos —Ian lo interrumpía—, Andrew regresó con ella.

—En venganza, sólo para terminar lo que ya había empezado años atrás detrás del escenario.

Eso no le daba mucha risa a Ian, pero Andrew se doblaba en dos con carcajadas malignas.

Marqué una vez más a la oficina de Andrew y me respondió una

mujer con un tono refinado:

—¿Sí?

—Hola, hablo desde Estados Unidos, ¿estará disponible Andrew? Lo busca Mia, llamo de larga distancia.

—Espere, por favor.

El tiempo sin voces me dejó pensando en aquel día en que lo conocí. Nunca dejé de desconfiar de Andrew, en el funeral sonreía sosteniendo un té en una taza de porcelana, muy encantador, como si fuese una reunión social. No dudaba de que él habló con Héctor para planear el show con la muerte de Ian. Incluso que hubiese mandado a Panini para…

—Hola, Mia, ¿qué deseas?

—Hola, Andrew… no quisiera molestarte, estoy siguiendo una línea de investigación que… —su risa me interrumpió.

—¿Línea de investigación? ¿No crees que estás viendo mucho CSI?

—Seré directa: ¿Ian tenía una amante? ¿Una tal Ángeles? —le solté la bomba antes de que siguiera burlándose elegantemente de mí.

—Una amante… Déjame pensar. ¿Por qué debería decírtelo?

—Porque lo amaba. Y quiero saber quién lo mató.

—Todos queremos saber eso, pero desde que obstruyes las «líneas de investigación» existentes, eso se ha vuelto un poco más complicado, ¿no crees? ¿No te dijo la policía que dejaras de entrometerte en sus asuntos?

—Sí, pero… descubrí algo. Una mujer, Ángeles, quizá ella… no lo sé… Entiendo que te caigo mal y lo siento, pero Ian era tu mejor amigo, sé que te importaba.

Silencio.

—¿Andrew?

—Sí, me importaba. Pero gracias a ti se alejó de mí y gracias a ti hasta me llamaron «asesino». Así que no, no tengo nada que aclararte ni quiero ayudarte con tus locuras cotidianas. Si quieres continuar desperdiciando tu vida en una investigación idiota, adelante. Ian murió y los demás sólo tratamos de seguir con nuestras vidas. No vuelvas a buscarme, Mia. O llamaré a la policía.

Colgó dejándome sin respuestas, con un nudo en la garganta. No, yo no me permitiría nada más seguir con mi vida.

Sorprendentemente me hiciste caso y te descubrí enviando tu currículum a diferentes empresas constructoras de Las Vegas. Parece que en verdad deseabas que nos quedáramos ahí a vivir. Qué miedo.

—Siempre necesitan gente en los hoteles. Es que… no quería trabajar para no separarme de ti ni un minuto.

No sabía si sentir lástima por ti o abrazarte.

—Está bien si nos separamos y nos volvemos a ver en la noche o después —quise tener tacto—. No pasa nada. De hecho, tengo que ir a ver a un productor mañana por la tarde al hotel Paris —sí, lo sé, era mentira, no quería darte toda la información porque sentía que ya estabas influyendo en mí más de lo debido—. Me pidieron un guion para una película de… apóstoles, ¿puedes creerlo? No sé nada del tema, pero voy a ver qué me ofrecen.

—¿A qué hora tenemos que estar ahí?

¿Tenemos?

—En la tarde no sé, no me han confirmado. Pero no tienes que ir, ¿sabes? Puedes quedarte aquí a descansar o a seguir enviando tu currículum. En serio.

—¿No quieres que vaya contigo? ¿Por qué?

—No es eso. Me gusta ir sola a los asuntos laborales.

—Antes me llevabas a todos lados. Y ahora te doy pena.

—No intentes chantajearme, sabes que no es así.

En realidad, sentí que sí creías que era así, que me dabas pena por alguna razón que yo no lograba comprender del todo, mas una cosa sí tenía clara: no quería pasar mis días atada a ti a cada segundo.

—A lo mejor yo también me largo a ver a una amiga.

¿Amiga?

—Si eso quieres, está bien.

—La conocí en un casino el otro día. Trabaja como mesera en el Flamingo, a lo mejor me puede conseguir algún trabajo ahí.

—Adelante. Ve y sé feliz.

Entré al baño sólo para no seguir viéndote. Me entró una extraña ansiedad por ti, por nosotros. El hecho de que me hubieras querido chantajear con el «te doy pena» y de estar todo el tiempo pegados, comenzaba a quitarme el deseo por ti. Y eso que era gigante.

Al día siguiente me dirigí al New York caminando. Usaba un sombrero formidable que me cubría todo el rostro del monstruoso sol. Al despedirme de ti, te vi molesto. Aún querías ir conmigo y ni siquiera estaba segura de que la amiga que mencionaras existiera en realidad o si sólo había sido un mediocre intento por hacerme sentir celos. No lo sabía y no me importaba tampoco. Sabía que al volver me encontraría con tus tiernos abrazos y con eso me bastaba para olvidarme de todo lo demás.

Las náuseas regresaron. Me detuve en una farmacia, entré y sentí el fresco soplo del aire acondicionado secar al momento mi sudor. Una empleada pelirroja con manchas se acercó a mí preguntando si se me ofrecía algo. Pedí mis medicamentos para acallar las voces en mi cabeza y algo para el mareo. Entonces preguntó algo que me hizo entrar en calor de nuevo y mis mejillas se sonrojaron:

—¿Una prueba de embarazo?

—No. No estoy embarazada —ni siquiera lo había pensado—. Algo contra el vómito, por favor.

Colocó lo solicitado y un medicamento genérico para las náuseas en el mostrador. Salí y luego volví a entrar.

—Mejor sí dame dos pruebas, de diferentes marcas.

La empleada sonrió con ternura. Pude ver en sus ojos y en su cuerpo que era madre y que notó mi preocupación y mi mirada incluso ingenua.

Puso sobre el mostrador varias marcas. Todas aseguraban ser cien por ciento efectivas. Compré las dos menos rosas y más baratas, y salí con las pruebas en una bolsa transparente.

Mientras caminaba, encendí un cigarro y noté que olvidé las medicinas. Luego volvería por ellas. Cada que pasaba frente a un casino, sentía la brisa que salía, un frío que me acariciaba y me daba valor para seguir.

Casi al llegar al New York me detuve afuera y me senté en una banca apretando con fuerza la bolsa con las pruebas y pensando. No las cargaría todo el tiempo y menos cuando buscara a la tal Ángeles, sé que ella me reconocería enseguida y no podría hablar a gusto con ella mientras jugueteaba con la idea de acabar de una vez por todas con la duda sembrada por la empleada de una farmacia. Debía saberlo antes de verla y, cuando la prueba saliera negativa, podría

reírme de mí misma, tirar la bolsa a la basura y seguir destruyendo mi vida a mi antojo.

Antes de continuar volví sobre el camino. Había visto a alguien parecido a ti cerca de mis pasos. ¿Me estabas siguiendo? Sólo para estar segura, volví hasta el lugar donde me había parecido verte. No estabas, no había nadie como tú. Tal vez mi mente ya necesitaba los medicamentos.

Entré a los baños que están a la derecha de la recepción del hotel New York, esperando que nadie me reconociera después del desmadre que tú y yo habíamos dejado en la habitación del otro hotel. Los estaban limpiando y quise ir a buscar otros, pero en mi impaciencia fui directo a recepción y me formé detrás de una familia de japoneses con cámaras ultra modernas colgando de sus delicados cuellos. Se tardaron años con su registro de entrada y sólo había una recepcionista para todo el jodido hotel de miles de habitaciones.

Unos niños atrás de mí jugaban a la guerra, haciendo como que se disparaban con metralletas. Cada que lo hacían, salía disparada de sus bocas mucha saliva, empapándolos todos, y de paso a mi espalda. Me hice un poco para adelante, viendo a sus papás, esperando que entendieran mi mirada de molestia, pero ellos jugaban al «yo no veo nada» y dejaron que sus pequeños cerdos continuaran haciendo lo que les viniera en gana. Ya me imaginaba yo en su lugar, qué horror.

Me asomé al baño y seguían limpiándolo. Regresé a la fila y los espantosos críos ya habían tomado mi lugar. Ni siquiera quise acercarme, guardé un metro de distancia para que no me rociaran de saliva y que sus gritos no se escucharan tan agudos. Me vi en el lugar de los papás, contigo. Con alguien como tú, el bebé no tendría un papá, sino un hermano, y yo tendría dos niños que cuidar.

Cuando Ian te conoció, eso fue lo que dijo: «Pero qué le ves, si es un niño».

Eso era justo lo que necesitaba, un niño que me hiciera reír, que me sacara del sopor y del ego del cine y de la literatura. Alguien exactamente como tú.

Los niños gritaron más y más fuerte hasta llenar la enorme recepción con sus ruidos. Al fin, llegó otra recepcionista a la que me dirigí como si me persiguieran.

—Disculpe, busco la habitación de Ángeles Jiménez.

La recepcionista me sonrió y tecleó algo en su computadora viéndome de reojo. No sé si me reconoció de cuando casi nos corrieron o si lo hacía porque yo apretaba con fuerza mi bolsita de plástico transparente con las pruebas en ella.

—Habitación 5670.

—Muchísimas gracias.

Iba a subir al elevador, pero la familia de los niños entró también y preferí esperar. Además, vi que ya podía entrar al baño.

Pasé y me encerré en un cubículo, abrí las pruebas y leí las instrucciones, aunque me las sabía de memoria porque ya me las había realizado con anterioridad, muchos años atrás, con un novio que tuve. Ojalá Román hubiera estado ahí, tomando mi mano con su tranquilizadora voz. Primero una prueba y después la otra, dejé que reposaran sobre el inodoro con mis orines manchándolas. Estúpidos dos minutos eternos que hay que esperar. Mientras aparecían una o dos rayas en las pruebas, me puse a revisar el celular, como lo había hecho cada cinco minutos, sin saber si esperaba mensajes tuyos o de la tal Ángeles o conexión wifi. Amor o internet, lo que apareciera primero. Ella no volvió a escribir después del último mensaje, pero sabía que estaba hospedada ahí. Ya quería enfrentar su cara cuando me viera, me preguntaba si era cierto y qué me contaría…

Quizá los mareos y vómitos no eran, como pensaba, sólo por el exceso de alcohol y cigarro que habían acabado con mi cuerpo. Quizá era algo más. Dos rayas.

Ambas pruebas eran positivas.

Estaba jodida y completamente embarazada.

7

Toqué en la puerta de la habitación 5670 aún vibrando. Qué haría con mi vida. No abortaría, no quería hacerlo, me daba miedo. Pero era peor aún pensar en la idea de tener un hijo, de ser responsable, de crecer así, de sopetón; eso pasa cuando por muchísimos años sabes que tienes que hacerlo y te resistes, pero llega la vida y te abofetea para que despiertes: «Mia, chingada madre, ¡ya no eres una niña! ¡Vas a tener un bebé!».

Toqué de nuevo. Nada.

Me quedé sentada en el pasillo, frente a la habitación.

Ángeles estaba hospedada en el hotel, pero quién sabe cuándo volvería. Todo podía suceder en Las Vegas. Ella podría regresar en cinco minutos, mañana o jamás.

Decidí quedarme cerca de los elevadores, observando la puerta del dormitorio mientras me sentaba en uno de los sillones rojos y acolchonados junto a la ventana.

Cansada y acalorada, jugueteé con el celular. Quería llamarte y darte la noticia. Tal vez era hora de cambiar nuestra vida; tú querías un bebé, ya lo habías mencionado antes en México y acá, tal vez serías un buen padre.

Por un instante, me emocioné con la idea. Te marqué, pero colgué de inmediato, se supone que a esas horas estarías con tu amiga. Imaginaria o no, no quería que creyeras que te estaba checando, por más que mis dedos quisieran enviarte mensajes con la noticia. No. Esperaría hasta llegar a la habitación, mostrarte las pruebas y planear algo. Quería que tu mirada brillara más verde de lo normal, en vivo y directo.

De pronto pensé en Ian y mi plan se vino abajo, lo estaba traicionando… de nuevo. Él no había podido tener hijos después de aquel al que abandonó y, cuando lo conocí, ya no quería parecer abuelo en vez de padre, así que la idea quedó descartada y jamás volvimos a mencionarlo, aunque alguna vez Andrew lo comentó, no

sé si en broma, cuando lo visitamos en Mánchester, después de salir de un concierto en el magnífico Royal Exchange Theatre. «Deberían tener un hijo… Ian, ¿no has pensado que esta encantadora señorita ya está en edad de procrear?». Me sonrojé y apreté fuerte la mano de Ian. «Inténtenlo —prosiguió Andrew—, yo siempre los apoyaré. Si tuvieras un hijo, Ian, siempre ayudaré a Mia, aunque tú ya no estés. Mia siempre contará conmigo».

Estuve tentada de llamar de nuevo a Andrew, pero después de lo déspota que se portó, de lo mal que siempre me cayó y considerando sobre todo que el hijo era tuyo… no vi muchas posibilidades.

Una pareja salió del elevador y caminó hacia el pasillo de Ángeles, pero no era ella, era una mujer mucho más robusta y morena. Entraron besuqueándose a una habitación contigua. Te extrañé mucho. Me dio gusto no estar contigo para extrañarte así, había olvidado cómo era echarte de menos.

Esperé a que Ángeles desentrañara el misterio de Ian en Las Vegas para poder estar en paz junto a ti, en cualquier parte del mundo, aquí o en China.

Por lo que tomé una decisión: en el momento en que terminara de hablar con Ángeles, me entregaría plenamente a ti. Tuviéramos o no a este bebé. Sería tuya en cuerpo, alma y corazón, porque lo merecías, porque te había tratado como a un perro callejero por años, porque no me imaginaba ya viviendo sin tu respiración mientras dormías a mi lado o con tu verga lejos de mí.

«Te amo —susurré—. Te amo, Noah».

Pensé en lo mucho que querías un bebé de ambos… y en lo mucho que había bebido las últimas semanas y en el maravilloso sexo que habíamos tenido.

No podría nacer en Las Vegas, rodeado de prostitutas y drogas. Tampoco en México, donde nada —aparte de enemigos por montones— nos esperaba. Quizá en Canadá o Australia; te haría caso y nos largaríamos a China. Dejaría todo este desmadre de la muerte de Ian como el misterio que Román debía resolver. Cerraría el círculo, lo dejaría descansar en la tumba y comenzaría una nueva vida contigo. ¿Por qué no? Uno comete muchas pendejadas cuando está enamorado. Aunque el amor siempre tenga fecha de caducidad.

Miré el reloj de la tablet, como si con eso el tiempo se fuera a

acelerar y, por instinto, tecleé en un buscador el nombre de la exnovia de la que me habías hablado, quería saber cómo era, si se parecía a mí y qué había sido de ella.

Karla… ¿qué?

Olvidé por completo su apellido. Jugueteé con la idea de probar con varios que me sonaran conocidos, pero ninguno funcionó.

—Karla… —hablaba en voz baja, conmigo misma. No sabía que lo hacía más seguido de lo que pensaba. Ahora, con los celulares y el manos libres, en la calle la gente ya no notaba tanto mi locura de hablar sola en voz baja todo el tiempo—. ¡Solano!

Aparecieron unas treinta posibilidades. Miré primero las que tenían fotografía y descarté las que eran de otro país. Quedaron veintitrés.

El elevador se abrió de nuevo interrumpiendo mis obsesiones, y unas piernas muy delgadas, como espaguetis, se plantaron frente a mí, encontrándome pensativa y con la mirada perdida en la tablet.

—¿Mia? ¡Cielos, eres tú! Pero… ¿qué haces aquí? Si yo te dije que te buscaba, y… ¿qué haces aquí?

Ángeles me miró entre sorprendida y temerosa, cargaba varias bolsas con *souvenirs* que dejó caer al piso como si yo fuera la más terrible aparición que había visto en su vida. Unas gorras con un «Las Vegas» grabado con diamantes falsos en rosa cursi y chillón y unas minimáquinas tragamonedas para niños se asomaron del plástico. Este viaje, más que ser un homenaje a Ian, como ella me lo había dicho, era un homenaje al consumismo.

El café al que fuimos era acogedor, tenía pequeñas sillas con cojines adornados y música suave, instrumental. Estaba casi vacío, lo cual me tranquilizó. Parecía que estábamos en cualquier otro lado excepto en Nevada. No escuchaba el sonido de máquinas de casino ni sentía el helado aire acondicionado entrando a mis pulmones. Me senté en flor de loto acariciando mis piernas, sintiéndome a gusto en aquel lugar, disfrutando mi café exprés.

Ángeles estaba sentada frente a mí, mirando su té chai de vainilla con leche de soya como si el líquido tuviera todas las respuestas a mis preguntas.

Sonó mi celular, eras tú. Rechacé la llamada.

—No sabía que vendrías a buscarme. En verdad, no sabía. Este, yo… ¿cómo supiste cuál era mi habitación? ¿Ya me habías buscado

antes? —aclaró su garganta.

Era más fea de lo que pensaba. No, Ian no se habría acostado con ella, es decir, ¿por qué lo haría? La voz de Ángeles era muy gruesa, algo que no se notaba en las fotos y que no concordaba con su delicado cuerpo. Era tan frágil que creí que no podría sostener por sí misma el vaso de plástico grande con el chai. De hecho, tenía un timbre como de hombre maduro, seco y tosco, parecía que en cualquier instante iba a toser. La blusa rosa y escotada dejaba ver sus brazos rodeados de un fino y largo vello negro, que hacía juego con el delgado bigote mal depilado alrededor de sus labios.

Supongo que ella también me examinaba a su vez, pero, para ser franca, no me importaba lo que esta mujer pensara de mí.

—No vine a buscarte, Ángeles. No te asustes. Estaba cerca, eso es todo. Y bien…

—Y bien —le dio un largo trago a su té.

Habla, maldita, habla de una buena vez.

—Y bien… recibí tu mensaje en Facebook, vi tus fotografías. Así que dime, Ángeles, ¿viste a Ian? ¿Qué relación tenían?

—No te aceleres, Mia. Recuerda que sólo quiero ayudarte. No me presiones —sus pecas parecían moverse de lugar. Nunca había visto tantas manchas reunidas en una sola piel. No era capaz dejar de verlas o de ser discreta.

Asentí tranquila, aunque mi interior era como el Valle de Fuego, lleno de ira. Esperé que el enojo no se me saliera por las pupilas y que, si sucedía, ella no lo notara. De cualquier forma, no parecía perceptiva en particular.

—Lo sé y te lo agradezco, Ángeles. Todos queremos lo mismo, saber qué le pasó a ese hombre tan bueno y amoroso —aunque esperé que no lo hubiera sido con ella, maldita cerda quitanovios.

—Pues sí… Lo vi varios días. Toda su estancia en Las Vegas. Hasta tomamos café. Por eso tomo leche de soya, porque a él le gustaba, ya sabes que no le gustaba la otra. Era un hombre apasionante, hermoso —se le quebró la voz, pero si no hablaba pronto, yo le quebraría todo el cuerpo con mis manos—, tenía una voz preciosa, también. Y como puedo ver el aura de la gente, pues ya te imaginarás…

—¡No me digas! —era una estúpida.

—Sí, tengo dones. Especiales. Desde que nací. Y veo las auras.

La tuya está un poco sucia, por cierto, ¿has pensado en hacerte una limpia con huevo? Eso ayuda mucho.

—No, no lo he pensado. Pero ¿qué me decías de Ian?

—Ah, sí, su aura era bellísima, como un mar en un atardecer con delfines saltando y el viento rozando a los bañistas mientras juegan… eso sentí con su aura. Muy azul, como de ángel.

—¡Qué poético! —que hablara de sus pendejadas hasta confesar. Luego podría mandarla a la chingada.

—Así es. Así soy, poética. Y sus películas, ¡vaya que cambiaron mi vida! No puedo creer que haya sido víctima de algo tan… espantoso. Lo vi en las noticias… espantoso. Horrible. De verdad, qué horror —negó con la cabeza y agregó de nuevo—: espantoso.

Tomó mi mano en señal de complicidad y pésame. No supe si por ella o por mí, pero la quité al sentir su tacto frío y humedecido por el sudor.

—Sí, fue espantoso, es cierto. Pero tú lo viste acá. Dime por favor con quién estaba, por qué estaba en Las Vegas, lo que sea que sepas.

—Te diré todo, pero… —dudó—, te quería preguntar si hay algún… estímulo. Ya sabes, soy actriz. Tú tienes contacto con las *castineras* y debes elegir el casting para tus películas.

¡Claro! Una recompensa. Qué idiota fui. La miré fijamente.

—Te llamas Ángeles, ¿verdad? —ella asintió—. Escúchame bien, ¿crees que podría darte algún… pago? ¿Para eso me buscaste? ¿Cómo sé que no mentiste?

—No, no mentí, lo juro. Tengo pruebas. Es que mi situación como actriz no es muy buena y tú, bueno, tú eres famosa en México. Hasta he visto tus películas que, por cierto, no me gustaron nada.

—Qué amable eres.

—Sé que ganas bien, y supuse que…

—Supusiste mal.

Me levanté. Estúpida Ángeles, estúpida yo.

—Espera —dijo y me tomó del brazo—. Perdona si te ofendí. Es que mi mamá me dijo que te lo preguntara antes… de mostrarte las pruebas. Necesito un papel importante. Sólo uno para despegar mi carrera. Y bueno, tú puedes ayudarme. A conseguirlo. A saltarme las audiciones e ir con los directores…

Volví a sentarme con el corazón latiéndome a mil, sin quitar mis ojos de ella. Con esta mujer horrible fue la última persona con la que Ian pudo hablar antes de ir a México a su trágico final. Con esta mujer, no conmigo. Con este cuerpo, no con el mío. Qué jodido.

—Okey, te ayudaré, pero primero dime qué pruebas tienes.

—¿En serio? Wow, increíble —sacó una carpeta de su bolsa—. Sólo por si acaso, traje impreso mi currículum y mis mejores fotos —las miré, eran las mismas imágenes espantosas de internet—. Escucha, sí lo vi. Varias veces. Estaba hospedado en el hotel Paris y… lo reconocí de inmediato. Pasamos esos días juntos.

—¿Qué tan juntos? —miré mi café, qué ganas tenía de tirarlo sobre la jodida carpeta—. ¿Cuáles son tus pruebas?

—MUY juntos. Fuimos a cenar al restaurante Paris, el de la torre Eiffel, dicen que es el más romántico de Las Vegas, y la verdad sí lo era. Luego paseamos por el bulevar. Entonces, ¿me pasas el contacto de los directores?

—¿Vino a Las Vegas a verte? ¿Ya habían… ya se habían visto antes?

Ángeles se sonrojó. No soy muy buena psicóloga o investigadora. Todo lo que sabía de psicología lo había aprendido en Google, y esta mujer estaba ocultando algo. Bajó la mirada, jugueteaba con el vaso de té, las manos le temblaban.

—No. Fue la primera vez. Creo que ustedes ya no eran pareja, ¿o sí?

—No, ya no lo éramos. Así que puedes contarme lo que sea —intenté parecer su amiga—. Confío en ti —traté de fingir una voz de complicidad—. Y mira —saqué mi celular, tomé una servilleta y apunté un par de teléfonos falsos—, estos son los dueños de las agencias a las que tienes que ir. Diles que yo te recomendé y seguro te dan un papel importante —las pecas se le iluminaron como focos disparejos de Navidad. Tomó la servilleta doblándola con cuidado. La iba a guardar, pero tomé su mano y la jalé hacia mí.

—En realidad… la primera vez lo vi afuera del Paris y me firmó un autógrafo. Llegó en un taxi del sitio del aeropuerto, sólo cargaba una mochila negra que traía grabada la bandera de Canadá —era cierto. Yo le regalé esa estúpida mochila en un viaje maravilloso, romántico e inolvidable. ¿Y luego vino con la mochila y se cogió a esta mujer? Me negaba a creerlo—. Platicamos un rato, me dijo que

tenía cosas qué hacer y nos quedamos de ver en el restaurante Paris. Lo demás es historia.

—¿Qué historia? —no quería parecer impaciente, pero…—. Mira, Ángeles, tú fuiste la última persona que lo vio con vida acá antes de que se fuera a México, esto es importante para mí. Mucho. Encima, ¿para qué me escribiste si no querías contarme nada? Y aún no me has mostrado ninguna prueba de lo que dices. No sé…

—Bueno, no creí que fuera tan difícil hablar contigo. Eres muy impaciente, ¿sabes? Y no soy la única que lo digo…

—No sé a qué te refieres con eso.

—Pues que Ian también lo decía. «Es impaciente, loca, celosa, maniática y posesiva», según recuerdo.

—Ajá. Qué buena descripción tienes de mí. Mira, soy una persona pública desde hace mucho tiempo. Se me resbala cualquier crítica que tengas hacia mí. Es decir, me vale madre. ¿Me vas a contar algo de importancia o no? —hice como que le iba a quitar la servilleta y acercó su cuerpo hacia mí, ansiosa.

—No, espera. Al día siguiente caminamos por el bulevar, entramos a un bar de margaritas y lo perdí de vista, pero después lo volví a ver en el casino.

Eso no era cierto. Ian dentro de un casino era como imaginar a Lovecraft escribiendo historias de amor románticas y rosas.

—¿Cuál casino?

—¿Por qué debería contarte todo esto?

Buena pregunta.

—Porque yo lo amaba. Y vine hasta aquí sólo para verte. Dijiste que querías ayudarme. Y ayudarlo, porque su espíritu y su hermosísima aura vagan por ahí sin poder descansar —el aura, mi último recurso desesperado.

Calló un minuto. Era cierto, yo lo amaba. Aún lo amo. Lo sabes.

—Está bien… —miró la servilleta con los teléfonos falsos—, fue en el Casino del Flamingo. Él estaba con un tipo alto y gordo —¿Roberto Panini?—, fuimos a un cajero automático y después… me pidió que lo acompañara al aeropuerto para irse a México.

—Ustedes… ¿se acostaron?

Guardó silencio. Pasó su lengua por sus labios y dio un sorbo a su puto té. Parecía disfrutarlo.

—Dime, Ángeles. ¿Cogieron?

—Sí.

Eso me bastó para levantarme e irme. Tenía la información que necesitaba de esta loca, flaca y asquerosa mujer. Le quité la servilleta y la guardé en la bolsa de mi pantalón.

—¡Espera! Aún no termino.

—¿Ah, no? —me quedé de pie, mirándola.

—No lo vi el último día que estuvo acá. Se encerró en una habitación del Excalibur y no salió después.

—¿Con quién?

—No sé. Lo esperé mucho tiempo en el *lobby*, pero después ya no lo volví a ver. Era un amor de tipo. Fue muy dulce conmigo.

—¿Tienes pruebas de que lo hicieron? —ella calló. Yo no tenía más paciencia, me acerqué a ella como si fuera a besarla y repetí la pregunta—. ¿Tienes pruebas de todo lo que dices?

—No.

Estuve a punto de golpearla, pero me detuve cuando sentí la mirada de la mesera sobre mí.

—Sí tengo pruebas. Fotografías. Hermosas imágenes de cómo hacíamos el amor con toda la pasión que tú no pudiste darle. A mí no me importaba que fuera exitoso, que tuviera fama o mujeres. Yo lo quería para mí a momentos. Y me lo dio todo. Si quieres, te mando las fotografías por mensajes en Facebook, sólo que son muy… detalladas. Ya sabes, Ian era muy pasional —sonrió.

Estúpida maniática.

Rompí la puta servilleta y, antes de salir, la alcancé a ver tomando los trozos del suelo.

Me largué del lugar sin pagar la cuenta.

8

Ian, el hombre al que amé y que, al parecer, jamás conocí.

Caminé de vuelta al Eiffel Tower Restaurant. Subí por el distinguido elevador hasta llegar a la cúpula que imita el último piso de la torre Eiffel. El lugar, como siempre, estaba lleno.

Los meseros me miraron con cara de que no traían cambio para una pordiosera, pues iba toda sudada, con shorts y sombrero. Creo que la imagen que proyectaba no era precisamente la de un cliente con reservación. Le pregunté al capitán por Ian mostrándole una foto. No lo recordó, pero me indicó que uno de los meseros que trabajó ahí el día que supuestamente fue Ian, había renunciado. El capitán fue muy amable conmigo, quizá me veía muy atormentada, a punto de llorar. Tenía una voz dulce que me recordaba a la de Román. Tuve ganas de ser su amiga, de sentarme con él y contarle todo desde el inicio. Supongo que él también, porque me ofreció una taza de café «gratis» para tranquilizarme. De paso, saqué mi celular de nuevo y le mostré temblando la fotografía de Román, una en la que estábamos en un concierto de Los Hombres G. Él dudó y su recelo me revolvió el estómago. Quizá Román sí estuvo con Ian en las Vegas, con Ian y con el naco de Panini. ¿Y si estuvo involucrado en el asesinato de Ian, tal y como decías?

—¡Qué ojos tan grandes tienes! Son muy negros. Un poco demoniacos, si me lo permites. Como sea, te llamas Mia, ¿verdad? —preguntó y me sonrió. Demoniaca, ¿ése era un halago?

Llamaron al capitán para atender a una mujer grosera y con voz de pito que le gritaba al mesero, pues había pedido su carne bien cocida y la que le llevaron estaba casi cruda.

Me dejó en la barra y se fue sin responder si había visto o no a Román.

El asunto tardó en resolverse. Me terminé mi café y estuve a punto de pedir una copa, pero recordé al bebé, a tu bebé, y me arrepentí. Pedí una limonada. Parecía que traía dentro de mí al

mejor y más efectivo tratamiento de AA.

Me acabé la bebida y el capitán aún no volvía. Revisé mi celular, ni una llamada tuya. Quizá era mi turno, así que te marqué.

—Hola, guapa, ¿qué pasó?

—Noah, ¿estás ocupado?

—No mucho. Estoy esperando entregar mi currículum en la oficina del MGM. Parece que van a ampliarlo y pues… deséame suerte.

Vaya, era cierto. Estabas buscando trabajo. Lo preocupante era cuánto tiempo pensabas quedarte.

—No la necesitas. Eres el mejor —titubeé, iba a decírtelo, pero decidí esperar—. ¿Te veo en el hotel?

—Claro. O podemos salir a cenar, si quieres. Yo invito.

—Muy bien —¿tú invitabas? ¿Con qué dinero?—. ¿A dónde quieres ir?

—No sé, a algún lugar bonito. Me depositaron lo que me debían de una construcción que hice en México, una pequeña, hace un par de años. Pero al fin me pagaron y quiero invitarte.

—Está bien. ¿Te veo a las siete en el *lobby*?

—Es una cita —casi cuelgo, pero añadiste algo más—. Oye, te amo, hermosa.

Me amabas. Y te lo creí. Mi corazón se aceleró y pensé en ti como alguien diferente. Parece que no sólo había encontrado un remedio de AA, en el paquete también venía incluida una venda para los ojos.

El capitán volvió.

—Lo siento. Hay algunos clientes más «especiales» que otros —me sonrió—. Qué grosero soy. Me llamo Armand —me tendió la mano—, con «d» al final, ¿me muestras la foto de nuevo?

Vio a Román con lentitud, examinándolo con unos ojos grises y curiosos, pero sin mucho chiste. Me sentí incómoda cuando, sin permiso, pasó una a una las fotografías en mi pantalla; no sabía cómo quitarle el teléfono. Llegó de nuevo a Ian.

—Ya sé quién es él. Es el director de cine al que mataron —me miró con lástima—. Y tú eres… claro, claro. Sabía que te había visto en algún lado, lo siento mucho. No te reconocí. Sí, cuando vino lo atendió Andy, sin duda. Pero no estaba con ese otro hombre que me mostraste, sino con alguien más. Con uno muy guapo —hizo un

tono afeminado—, pero no era éste de la foto —vio con un poco de desprecio a Román—. Era más joven. Creo que era su hijo. Se parecían un poco.

Ian no tenía amigos jóvenes. Todos eran de su edad, excepto yo, por supuesto. Podría ser cualquiera, alguien que conoció en Las Vegas, algún seguidor, incluso algún productor. Pero sabía bien que no podía ser un descendiente suyo. ¿O sí? ¿Habría venido su hijo desde Londres?

—Lamento mucho lo que le sucedió. Escucha, pareces una buena persona, pero no puedo ayudarte. El restaurante no quiere verse envuelto en ningún escándalo. Tú me comprendes.

Asentí ocultando las lágrimas.

—Andy Gómez, él atendió a Ian y a su acompañante esa noche. Ahora trabaja en el casino del Flamingo, en las mesas cerca de la entrada. Él puede informarte mejor que yo.

—Muchas gracias, Armand —sonreí por primera vez en el día.

El capitán miró su reloj de pulsera.

—Quizá lo encuentres si vas ahorita. Su turno termina en media hora.

Salí del taxi y entré al *lobby* del Flamingo, uno de los sitios en donde, según Ángeles, había estado Ian. Pregunté por Andy hasta que una mesera, después de recibir un billete de cien dólares, lo señaló. Era alto y gordo, le daba un aire a Panini. Esperé a que terminara su turno y lo convencí de invitarle un café en un restaurante. Cuando nos sentamos, antes de ordenar, me miró:

—No quiero problemas, ¿escuchaste? Me costó conseguir esta chamba.

—Disculpa, pero nadie perdería jamás el trabajo por culpa de Ian. Era el mejor hombre que he conocido —estaba a la defensiva, todo el tiempo. No tenía paciencia para pendejadas.

—No lo digo en mal plan —su acento me reconfortó, estaba harta de hablar todo el tiempo en inglés—, sólo que no quiero problemas. Dices que no eres reportera o policía, ¿verdad? Porque estoy aquí de ilegal, ya sabes. No quiero que me deporten de nuevo. Una vez me agarraron caminando en la calle y como había olvidado mis papeles, me llevaron a México por nueve meses. Estuve encerrado como criminal en la frontera. Mi esposa me dejó, estaba embarazada y se fue con mi hermano. Mis hijos me abandonaron.

Por eso ahora que volví, no pienso regresar jamás a México. De aquí no me sacan ni a madrazos.

—Qué mal que te haya pasado todo eso… Nada más era su amiga, no te preocupes. Sólo quiero saber qué le sucedió, lo prometo. Necesito saberlo, no tienes idea de todo lo que he pasado para llegar hasta aquí.

—No lo sé, pero seguro lo que me pasó fue peor. Mi historia es la más *sad* que he *wacheado*. Así que la tuya… —la mía le valía madres—. Es que no renuncié, me pidieron que firmara la renuncia después de acompañarlo hasta acá al cajero. Él no traía *cash* para pagar y ese día no servía la terminal para tarjetas de crédito del restaurante. Ya sabes, fue uno de esos días. Y el tipo con el que iba no traía un *penny*. Se me hizo fácil salir y acompañarlo, pero cuando volví, ya no tenía chamba. Tu amigo Ian me dejó una buena propina, pero con eso no me alcanzaría para vivir. Se veía muy apenado —hablaba demasiado rápido, en un tono alto y con muchos gestos—. Aquí me pagarán hasta la siguiente semana, apenas conseguí esta chamba. Ni siquiera podré pagar este pinche *coffee*. Soy pobre en Las Vegas viviendo el «*american dream*». Mi nueva esposa y sus hijos me esperan en casa y no podré llevar ni un triste pan para cenar. Qué vida, qué vida.

No aguanté más sus indirectas. Saqué la cartera y le di tres billetes de cien dólares que guardó sin decir gracias, como si fuera muy obvio que le debía dar dinero, pero al menos siguió hablando.

—Eres muy amable con tu cooperación. Ahora no tendré que vagar como el fantasma de Bugsy Siegel, paseando por sus jardines —lo miré perdiendo la paciencia, Bugsy Siegel, el extravagante gánster millonario creador de éste, el primer gran hotel de la ciudad, al que nombró Flamingo por las largas piernas de su novia, ahora era más conocido por ser el fantasma oficial del hotel—. Sí, atendí a tu amigo. También me acuerdo de él porque era vegano y nada de la carta le agradó, se quejó de que ahí no podría comer nada y sólo pidió una limonada ¡sin azúcar! *Just* pura agua de limón. El otro gay con el que iba, ese sí que tragó. Pidió carnes, vino, postres. Y tan flaco que estaba ese *mother fucker*.

Saqué mi celular y le mostré las fotografías de Roberto, Román y Héctor, pero no reconoció a ninguno de los tres.

—No, éste parecía gringo. Y peleaban.

De nuevo, Ian peleando, ¿a dónde me llevaría todo esto? Entonces se me ocurrió mostrarle la foto de Ángeles, y Andy se botó de risa.

—¡Esa tipa! ¡Pinche loca! Yo le saqué esta foto, quería que a fuerzas saliera tu amigo Yan…

—Ian —corregí.

—Ése. Posó frente a él y se ve que ya lo tenía hasta la madre, hasta le dijo, eso sí, muy *polite*, que *please* ya lo dejara de chingar. Eso de ser famoso no está tan *cool*. Cuando él se fue, ella lo siguió. Y desde que entró ella me pidió que la sentara con él, quería lo mismo que él, o sea, sólo una *fucking* limonada. Sacaba fotos de pie, al lado, bueno… poco más y la corren del *restaurant*. Cuando lo acompañé al cajero, ahí estaba esta mujer. Tu cuate casi sale corriendo cuando la vio. Y ella chingue y chingue que era actriz, que le diera un papel, que la dejara hacer un casting «muy privado», si sabes a lo que me refiero.

Ése sí era el Ian que yo conocía. Así que Ángeles era una acosadora que me dio información. Quizá Roberto y Héctor no habían tenido que ver en la muerte de Ian, después de todo.

—¿Algo más que recuerdes?

—Pues… no. Me dejó una buena propina por haberlo acompañado hasta un cajero que sí sirviera. *Poor* man. Pobre de mí, que perdí mi trabajo, y ando sin un *penny*…

—Y, ¿qué recuerdas de su acompañante?

—Era un tipo desagradable. Me llamaba «mesero» gritando. Me cayó muy mal… no tengo su rostro muy claro en la cabeza.

Le mostré fotografías de productores, directores y amigos. No reconoció a nadie más. Comenzó a hablar de forma rápida, como si tuviera diarrea oral.

—Esa mujer me *frikeó*, las locas siempre me persiguen. Había una vieja buenísima, venezolana, lo movía bien rico, la mami. Ésa se parecía en actitud a la acosadora de tu cuate. No valió la pena la propina que él me dio para perder mi trabajo. Podían deportarme y tendría que regresar con la familiar, tengo unos hijos allá y una mujer reloca que…

Mientras Andy hablaba de forma incoherente, busqué en Google fotografías del hijo de Ian, pero no encontré ninguna en internet. Era un fantasma con un nombre, sin redes sociales ni noticias que lo

mencionaran, nada.

Nos despedimos de forma seca y Andy volvió al casino.

Llamé al hotel New York preguntando por Ángeles, esa mujer me había mentido, no se había acostado con Ian, era sólo una hostigadora que lo había perseguido por Las Vegas, una aspirante a actriz que quería una oportunidad y que, sobre todo, me había hecho desconfiar de él. Me debía explicaciones.

La recepcionista me dijo que Ángeles había cerrado su cuenta y se había ido.

Tal vez quien lo asesinó no fue un hombre. Quizá había sido una mujer demente. Pero tenía sus fotografías y estaba dispuesta a vengar a Ian a cualquier precio.

9

Me cansé de correr por las calles traseras de los hoteles. Todos los turistas conocen el bulevar, los casinos y las entradas a los teatros, pero casi nadie ha recorrido las partes escondidas, donde se tira la basura y los borrachos vomitan.

Ya no había luz, me había perdido la cita romántica contigo, mis bermudas se habían roto tras atorarse en una puerta, sudaba y estaba cansada. Pero tenía que seguir corriendo, mi perseguidor seguía detrás de mí.

Volteé recargándome en una pared para recuperar la respiración, asfixiada por el calor. Él ya no estaba cerca, o al menos no lo vi. Maldición. No sabía si ésa era una buena señal o no. Podría salir de cualquier lado, era como un puto fantasma.

Con las manos temblando, saqué el celular de la bolsa y se me cayó en un charco. Había estado lloviendo de nuevo. Lo levanté y noté que no tenía pila. Lo guardé. Pensé mucho en ti, en el bebé que probablemente no vería nunca la luz, en Ian, en mi madre y sus ojos tranquilizadores. En ti, en ti, en ti. Noah, ¿dónde estabas?

Me costaba trabajo mantenerme en pie. Pero necesitaba llegar al hotel.

Había perdido la cartera en algún punto de la persecución, no tenía dinero en efectivo ni sabía a ciencia cierta dónde estaba.

Cerca había una avenida, alcanzaba a escuchar el tráfico y música de jazz en vivo, y aunque el callejón para llegar a ella era muy oscura, llena de cajas, basura y depósitos que no parecía un lugar fiable, no volvería por donde vine. No olvidaría la mirada asesina con la que me vio. Nadie me había contemplado así jamás.

Había escrito mucho sobre el odio de la gente, el terror, la angustia, el horror de verse en una situación así, pero no lo había sentido en carne propia.

Me gustaba asustar a los demás y que, después de ver mis historias y pesadillas, salieran del cine con el corazón aterrorizado.

No obstante, jamás me detuve a pensar qué sentiría yo en la realidad, qué sentirían mis personajes.

Entré a cientos de películas de terror y no me impresionaban. Ni siquiera brincaba un poco. Quería asombrarme y conmoverme por un guion, por la fotografía de la sangre en una persecución. Mi deseo se cumplió, pero no en una sala de cine segura, sino padeciéndolo en mi piel.

Jamás volvería a tener un deseo así… si sobrevivía.

Escuché pasos cerca, fuertes y masculinos. Continúe corriendo directo a la única opción que tenía, el callejón con salida a la avenida.

Llegué a un punto en donde casi no veía nada, apenas escuchaba mi respiración agitada y mis pasos, avanzaba con cuidado en medio de los charcos que salpicaban de lodo mis piernas blancas; sentía las gotas resbalando por mi piel. Y las zancadas se escuchaban cada vez más cerca, pero no eran veloces, quizá por la falta de iluminación. Volteé y noté que la luz de un celular iluminaba el camino a la distancia.

Pensé en esconderme en medio de las cajas, pero él me encontraría tarde o temprano.

Continúe caminando lo más rápido que pude en medio de la oscuridad, con la mirada fija en la calzada a lo lejos, como una luz al final del túnel. Tanteé unas cajas para ubicar mejor el camino, pero se cayeron sobre mí haciendo mucho ruido y, aunque estaban vacías, me tiraron al piso. Llena de fango, espantada y herida en las rodillas, me hinqué un momento para luego seguir corriendo. Tropecé una vez más, y aunque me levanté, ya era tarde.

Casi alcanzaba la avenida, estuve a punto de llegar hasta una patrulla estacionada. Como si pudiera a atraparla, extendí una mano. Pero Héctor fue más rápido, llegó hasta mí, aprisionó mi cuello y pegó mi espalda a la húmeda pared. El frío se coló a mis huesos y a mi corazón. Me iluminó con su celular y miré hacia otro lado, evitando su mirada de loco. Rio con poder. Intenté zafarme de su mano, pero era mucho más fuerte que yo. Me azotó en la pared.

—¿Por qué corres, linda?

Al hablar, escupió en mi cara con su aliento alcohólico.

Me aprisionó con sus brazos, éramos como un par de novios abrazándose en un callejón sombrío. Sentí su sexo cerca del mío,

irguiéndose, pegado a mi ropa. Qué asco. Me iba a violar. Me iba a violar y luego me iba a matar, si no lo mataba yo primero. Comencé a buscar con la mirada algo con qué defenderme. Cerca había algunas sillas con las patas rotas, de metal. Si me acercaba lo suficiente, podría tomar una como arma.

—No voy a hacerte daño, linda.

—¿Entonces por qué me persigues? ¿Por qué haces esto? ¡Estás loco! —grité.

Me tapó la boca con su mano, temeroso. Era mi oportunidad.

—Cállate. No alces la voz o en serio te haré daño, ¿comprendes?

Asentí. Poco a poco quitó su palma de mis labios y respiré de nuevo.

Intenté escaparme mientras se distrajo pegando su pene a mí. Aunque me zafé con rapidez y tomé la pata de una silla, él tiró de mis piernas, así que di golpes al aire con la pata de la silla, esperando darle en algún momento; no la soltaba y la sacudía con toda la fuerza de la que era capaz. Le di en el brazo y me liberó. Me levanté amenazándolo con mi arma.

—¿Qué chingados quieres, Héctor? ¡¿Qué quieres?!

—Cálmate, linda. La policía me persigue en México y me llegó el chisme de que estabas en Las Vegas, así que decidí visitarte para preguntarte por qué chingados me culpaste de la muerte de Ian. ¿Qué carajos pasaba por tu estúpida cabecita? ¡Ya tenía mil problemas encima como para que una niña pendeja me metiera en más!

—Tú… tú le debías dinero. ¡Roberto lo mató porque tú se lo ordenaste! —grité con un valor que salió de mis entrañas—. ¿Por qué lo hiciste?

Se acercó, intenté pegarle de nuevo y retrocedió.

—No seas estúpida, yo no lo maté. Tampoco lo hizo Roberto.

—¿Entonces por qué también Panini está muerto?

—Tenía deudas de juego. Era un pendejo.

Encendió un cigarro. El miedo se fue colando de mi cuerpo como lluvia.

—¿Qué hacía Ian en Las Vegas? Tú lo sabes. Tú sabes quién lo mató. ¡Dímelo!

—Sé que Roberto vino a jugar. Ian andaba por acá y tuvieron una discusión porque él no quiso prestarle dinero para que apostara

más. Eso es todo. Así de simple y fácil. A Ian le cagaba la gente como Panini. Tan correcto, el pobre. Qué cagante era.

—Lo mataste.

—Que no lo maté, chingada madre. Era cagante, pero mucha gente me caga en México y no voy matándolos a todos, ¿verdad?

—¿Entonces por qué huiste de México?

—¡Porque no quería más problemas con la pinche policía!

—Le debes dinero a mucha gente.

—Le debo dinero a mucha gente —repitió—, ¿y qué? Son pendejos que trabajan por nada. Se creen muy buenos, pero todos son iguales. Las películas han sido una mierda y no recuperé nada, hasta mi esposa me dejó.

—Sí, claro, pobrecito —enojado, golpeó con su puño la pared. No me moví de mi lugar. Ni siquiera parpadeé. No solté la pata de la silla, y la agarraba con tanta fuerza que me lastimaba—. Pobrecito Héctor, que se ha creído muy cabrón, pero en realidad es un idiota débil y estúpido —me miró con ganas de matarme—. ¿Qué quieres, Héctor?

—¡Me metiste en muchos problemas con la policía después de acusarme de asesinato, carajo! Me debes una —su acento norteño se incrementó más.

—¿Te debo una? Yo no te debo nada, pendejo de mierda.

—Me quedé sin nada. Necesito que me ayudes a sacar dinero del país.

—Y si no lo hago, ¿qué?

Héctor me mostró en su celular un video: estabas golpeado y amordazado en la habitación de algún motel que no reconocí. Mirabas directo a la cámara, sangrando.

Solté mi arma y tomé el celular.

—No, ¿qué le hiciste?

—Sí, es tu amado Noah. ¿Ahora quién va a ayudar a quién? ¿Eh, linda?

Al día siguiente fui al banco y saqué a mi nombre varios miles de dólares que alguien —nunca supe el nombre— me había depositado en México. Esperaba que algún policía me siguiera, que pareciera sospechosa para la cajera, que encontrara a alguien a quién pedirle ayuda para rescatarte y denunciar a Héctor, pero no sucedió. Parece que, en Las Vegas, es muy común sacar miles de

dólares de las cuentas, algo habitual para los jugadores que pierden hasta los calzones en los casinos.

Héctor me esperaba en un café del centro, Coffee Town, donde no había cámaras que lo reconocieran. Le di el sobre amarillo con el dinero.

—Gracias, linda.

Me dio un beso hipócrita en la mejilla y se fue. Lo detuve tomándolo de un brazo.

—Espera, ¿y Noah?

—Está en tu habitación del Luxor.

—¿Quién fue? ¿Quién te dijo que estaba aquí?

—Un amigo tuyo. Uno cercano. Eres muy ingenua. Ten, por tus servicios —de la bolsa sacó un fajo de billetes de cien y lo aventó en la mesa. Luego se largó.

Miré el dinero con asco. No quería tomarlo, mas no tenía un centavo en efectivo, mis tarjetas estaban en el hotel y tenía que pagar hasta el café que este idiota había pedido en mi ausencia. Dejé uno de los billetes sobre la mesa y tomé un taxi para encontrarte.

Cuando abrí la habitación, te vi recostado sobre la cama, sin moverte.

Temí que estuvieras muerto.

Tenías sangre seca en el rostro y la ropa y un ojo morado, cerrado, con heridas abiertas en la ceja. Me acerqué con lentitud, dejando mi bolsa sobre el tocador.

—¿Noah?

Te moviste ligeramente.

—Deberías ver cómo quedó el otro. «Lugar común», dirías.

Sonreí.

Cuando pude moverte, te ayudé a entrar a la bañera y tallé tu espalda.

El agua se tiñó de color rosa, por la sangre.

Cambié el agua e insistí en ir con un médico, al menos el del hotel, pero te negaste.

La sangre era de dos cortadas leves que te habían hecho en el abdomen y que curarían pronto. Lo más grave era tu ojo, que apenas abrías.

Te curé y cuidé lo mejor que pude esos días, con todo el amor

que nacía de mí. Jamás creí que fuera capaz de amarte tanto.

Durante varios días no dormí, me alimenté de café y sándwiches que pedía a una cafetería. En las noches —y de día— atrancaba la puerta con una silla. Sé que debíamos cambiarnos de hotel, pero sentía que Héctor nos encontraría en cualquier lugar del mundo. No tenía caso.

A veces, cuando me quedaba dormida, saltaba al despertar de pesadillas donde ya no estabas, o en las que te buscaba en medio de un enorme pozo con cadáveres a tu alrededor, era cuerpos fríos y morados, con tacto de plástico humedecido, tocándome con los dedos de sus pies, mirándome desde las cuencas vacías. Ahí estaba yo, en esa fosa común embarrada de muerte, buscándote, gritando tu nombre. Ian se aparecía en medio de los restos, emergiendo de ellos, viéndome con su cuerpo desollado y su sexo amputado, desnudo. Sentía sus dedos embarrados de sangre en mi vagina, putrefacta y olorosa. Intentaba meter su lengua en mi boca y al sacarla, ya podrida, se le caía. Los otros cadáveres la buscaban para comerla con ansia. Ian intentaba aferrarse a mí, todo su ser ya estaba descompuesto y ulcerado. No era capaz de extraerlo del pozo, se deshacía en mis manos. Y tú no aparecías por más que aullaba tu nombre.

Al despertar, acariciaba tu espalda, que casi siempre estaba frente a la ventana, respirando con levedad, y daba gracias a lo que fuera porque estabas ahí.

Y además estaba la jodida culpabilidad que sentía a cada instante. Sabía que todo esto había sido mi responsabilidad. Si yo hubiese sido tú, me habría ido hace mucho tiempo, pero ahí seguías, pegado a mí, amándome cuando lograbas moverte, sonriendo, diciendo que todo estaría bien. Eso me hacía sentir peor y sabía que ya nunca podría dejarte.

Una aurora desperté pensando que seguía dormida. Las voces de mi pesadilla no desaparecieron, me llamaban por todos lados: de las paredes, del espejo, de adentro del colchón.

—Mia… Mia… ven, Mia.

No se iban. El sueño había trasgredido la realidad y ahora las pesadillas vivían en mi cabeza, en el pasado que me negaba a soltar.

De vez en cuando, checaba mis correos en la tablet o entraba a Facebook. La estúpida Ángeles ya había borrado todas sus cuentas y

en Google no existía, era un espíritu. Pensé en llamar a Román para avisarle lo que había pasado con esta mujer loca, para que la investigara por lo de Ian, pero a lo mejor él era el soplón que había hablado con Héctor. Todo era posible, y eso me estaba volviendo una lunática.

No tenía a nadie más que a ti y la sombra de Ian, que se iba desvaneciendo de mi vida mientras tú ocupabas su lugar.

Héctor no había matado a Ian y, según decía, tampoco lo hizo Roberto. Además, quién estaba con él en el restaurante del Paris y por qué había venido continuaba siendo un misterio que me quitaba la vida.

Luego busqué de nuevo a Karla, tu ex. Entre las cuentas que encontré, hubo tres de México que me llamaron la atención. Eran mujeres más o menos de nuestra edad. Abrí dos, pero no encontré nada particular, vivían en un mundo muy lejano al nuestro. El último perfil estaba oculto a miradas curiosas y a desconocidos. Le mandé un mensaje que esperé que viera pronto, aunque no sé por qué lo hice: «Hola, soy Mia. Soy novia de Noah. Me gustaría mucho platicar contigo, ojalá puedas comunicarte conmigo. Éste es mi teléfono…».

Decidí, unos días después, bajar al *lobby* para llamarle a Román. Era mi única esperanza y, de cualquier forma, si él había tenido que ver con el asesinato de Ian, le sería de ayuda que yo despistara a la policía con lo de Ángeles.

—Hola, Román.

—Hola, Mia. Al fin te comunicas, cielo, me tenías con un nudo en el estómago, creí que te había pasado algo.

—Vi a Héctor, acá, en Las Vegas. Fue horrible. Me amenazó y ahora no sé dónde está.

—¿Necesitas ayuda?

—No, ya todo está… bien. Normal.

—Te dije que te largaras de ahí, nunca me escuchas, corazón.

—Te escucho ahora —eso era relativamente cierto. Las voces habían incrementado y, cuando volteaba de pronto, a veces veía sombras que se movían de un lado a otro, siguiéndome discretas en medio de los turistas. Intentaba ignorarlas.

—¿Te hizo daño? Dímelo, por favor.

—No… No. No importa. Mira, hay una mujer, una tal Ángeles,

que estuvo siguiendo a Ian todo el tiempo que estuvo acá. Tal vez ella fue quien lo mató.

—Quizá, o pude haber sido el mesero que me contaste, o una camarera, o alguien que lo confundió. Mia, tienes que olvidar este asunto. Está acabando con tu vida —eso era cierto—. ¿Te estás tomando… ya sabes, las pastillas?

—Sí, claro —¿de qué pastillas hablaba?

—¿Estás con Noah?

—Sí. Lo golpearon, pero se está recuperando muy rápido.

—Podría decir «pobre», pero nunca me cayó bien —eso yo ya lo sabía, siempre me lo dijo. Y, según tú, era recíproco—. Cuando tengas ganas de recuperar tu vida, llámame y te ayudo, cielo. Siempre estaré para ti. Tengo que irme, me duele escucharte así, pero tengo mucho trabajo y no me dejas ayudarte…

—Espera, no cuelgues. ¿No vas a investigar a Ángeles? Tengo su apellido y algunas fotos que…

—No. Tengo miles de pistas falsas de otros asesinatos y, como te dije, el caso de Ian está abierto, aún estamos esperando el resultado de unas huellas que encontraron en la habitación de al lado. Si eso nos lleva a algo, te aviso de inmediato. Si la mujer que dices tiene el dinero de Ian, eso ayudaría, si no, pues…

—Por favor, Román. Es lo último, lo prometo. Lo prometo.

—Mmmm…. Está bien, corazón. Dame sus datos.

Escuchar la voz de Román me tranquilizó y en cierta forma me sentí en casa por unos minutos.

—Claro…

—Cielo, ¿ella te dijo algo del dinero? Eso nos llevará a su asesino. Si ella lo tiene, sería de gran ayuda.

Miré el hotel, el casino, el alcohol, las putas, los ebrios, las fichas, las luces, los sonidos estridentes. Todo me provocaba una profunda aversión.

—No dijo nada. Lo siento. Lo siento. Todo. Lo siento.

—Amor, tómate las pastillas, por favor. Llámame en cuanto puedas.

No quería volver a la habitación, de pronto ya no quería cuidarte o volverme a acostar contigo. Ian sabría qué hacer. Maldita sea, lo extrañaba tanto.

Había pasado varias veces frente al consultorio del servicio

médico del Luxor sin ver hacia la puerta, como si con eso evitara entrar.

Pero era el momento.

Sentada frente al doctor en turno, que era más joven que yo, con poco cabello y con mirada amargada —que me había abierto las piernas, metido sus dedos con guantes y lubricante en mi vagina y visto a través de un ultrasonido—, me sentí apenada por el olor a cigarro y a café. Qué mala madre sería.

—Tiene aproximadamente dos meses de embarazo —indicó, apuntando algo en una receta médica—. Tome hierro y ácido fólico. Y deje de fumar y tomar, si en algo le importa la salud de su futuro hijo. ¿Piensa tenerlo?

Era la primera persona que sabía que estaba embarazada y me hacía esa pinche pregunta.

—Sí.

—De acuerdo —tachó de la receta el teléfono de una clínica de aborto.

¿Qué iba a hacer yo con un bebé? Uno que no era de Ian, sino tuyo.

«Ojalá sea niño —pensé mientras subía por el elevador—, porque soy malísima con las niñas, eso de peinarlas no se me da». Me descubrí sonriendo por primera vez en días.

Cuando llegué a la habitación, no estabas. Me habías dejado una nota diciendo que regresabas en un par de horas, que no me preocupara. Fueron como vacaciones para mí, me desnudé, entré a la bañera y me quedé ahí relajándome y mirando mi cuerpo. No, aún no se notaba el embarazo, pero quizá sucedería pronto. Cerré los ojos sintiendo el agua caliente irritando mi piel pálida.

Luego dormí sola, por primera vez en muchos meses, ocupando toda la cama, extendida en todo mi ser, roncando, babeando. Todo lo que uno hace cuando está solo. Qué delicia.

Volviste muy tarde con ropa limpia, comida, cajetillas de cigarros, dos botellas de whisky y un vestido de coctel para mí.

Me desperté con tu mirada acechándome.

—Hola, tú —fue todo lo que dijiste.

Fuimos a cenar a la exhibición de caballeros del Excalibur, tu hotel favorito.

Con un poco de pena, vi cómo tomabas mi delineador y te

maquillabas los párpados como si fueras un actor del espectáculo, te compraste una armadura de plástico en una de las tiendas de *souvenirs* y entraste orgulloso, como si de verdad hubieses retrocedido en el tiempo y fueras un caballero con su damisela en peligro. Te lo creíste tanto, que los demás parecían creérselo también, y cuando dos turistas te pidieron que te tomaras una foto con ellas, jamás te vi tan feliz y orgulloso de ti. Me oculté en el baño hasta que los minutos bochornosos pasaron.

Mientras veía a los hermosos y altos caballeros hacer su representación, a la gente comer con las manos y beber cerveza, a ti emocionado con la contienda, a un falso rey con toda su falsa autoridad y su falsa corona saludar y dar órdenes, me sentí tranquila y feliz. Te cedí mi cerveza y grité que acribillaran al caballero, grité y grité confundiendo mi voz con la del público. Y las lágrimas llegaron a mí, pero las escondí detrás de la pierna asada que me comía y de los gritos eufóricos por la lucha de espadas.

Cómo seguir contigo y sin él. Cómo con un bebé que no era suyo, cómo sin tu cuerpo que aún deseaba, pero no quería tener más. Algo en ti me alejaba de tu piel, tus ojos ya no eran tan verdes como los veía antes, tu cuerpo no olía tan delicioso. Algo había cambiado y no sabía qué era. O quizá era yo, siempre fui yo, que sólo vivía en una mentira por no querer ver la verdad escondida en nuestros sexos amándose con furia. Tal vez sólo estaba sensible y ya no quería estar contigo ni conmigo, con nadie. Tenía ganas de desaparecer del mundo, de llevarme conmigo mis creaciones y borrar la huella de mi existencia.

Ian había estado en alguna habitación de este hotel, pero al investigarlo unos días antes en la recepción, nadie quiso darme informes. Inventé que había olvidado algo en la habitación y tampoco funcionó. Si Ian estuvo ahí, no se registró con su nombre.

Aunque dejé de fumar y beber y no quise decírtelo, me di cuenta de que mi alcoholismo era mucho más profundo de lo que creí. Me temblaba el cuerpo cuando había bebidas cerca, mi lengua se secaba y mi estómago protestaba con una gastritis aguda. Necesitaba la bebida más que a tu cuerpo, más que a la existencia misma. Y el cigarro, vaya, qué terrible tentación.

No extrañé el medicamento y pensé que los doctores se habían

equivocado respecto a mis problemas mentales.

Comencé a escribir de nuevo, me compré una laptop y mis dedos tecleaban como si sólo hubiesen esperado que los dejara libres para poder existir, parecía que mis venas estaban llenas de palabras en vez de sangre, y derramaba el preciado líquido sobre los personajes que sufrían llevados al límite del horror. Porque no sabía escribir otras cosas que no fueran sobre terror, gritos y pesadillas.

Ahí me tenías, en el balcón o en la alberca, con la laptop en las piernas, sin levantar la vista más que cuando me llamabas para distraerme de la pantalla. Llegué a creer que estabas celoso de mis escritos porque ya no te ponía tanta atención. Tu ojo ya había sanado casi por completo, y las cicatrices en tu abdomen y en tu ceja parecían rasguños que pronto no se notarían.

Llegabas con regalos extraños, como aquel vestido escarlata que me compraste y los tratamientos caros para la piel de ambos, porque sabías que tu rostro era tu mayor atractivo. Me invitabas a cenar a cualquier lugar que se me ocurriera e incluso, cansados ya de tanto desmadre, volvimos a Valle de Fuego a acampar por unos días, al silencio y al cielo puro, a los coyotes y al despoblado.

Tu exnovia —si es que era ella— no me había respondido, y no había tenido noticias de Andrew o Román.

En el valle, me di cuenta de que lo que había sucedido entre nosotros fue que, aunque ya tenías algo de dinero que de seguro no duraría mucho más, no te respetaba.

Es decir, eras tú, tenías un cuerpo delicioso, una imaginación fabulosamente divertida. Pero no había algo más allá contigo. Ahí se quedaba todo. Cuando murieras, no quedaría nada más de ti que este bebé y yo, si acaso.

¿Cómo podía desearte tanto si no te respetaba en lo más mínimo? Comprendí que ésa era la clave de mi amor por Ian: una mezcla de respeto y admiración por él como persona, como cineasta y escritor. Tenía una mente única, era mágico al escribir, al filmar.

Y yo me sentía como tú en esos momentos conmigo. Una inútil sin talento que, aunque había hecho películas y escrito libros, no iría más lejos, no podría alcanzar a Ian jamás. Ahora me divertía mucho más que cuando estaba dentro de «la industria», si es que existía una en México. No permitiría que «la industria» me dijera que era una mierda y creérmelo. Quería algo más, quería pensar

que era algo más que los comentarios de una correctora rolliza y sin vida sexual.

Hasta ese instante, extrañé saber de alguien más, tener más amigos. Parecía que me encontraba en una burbuja donde sólo tú, mis escritos y yo existíamos.

Esa noche hicimos el amor de forma muy tierna. Entraste a la casa de campaña muy guapo. Te habías rasurado esa horrible barba que te criticaba tanto. Tu rostro estaba medio tostado por el sol, traías unas bermudas recién adquiridas en Las Vegas y aún escurrías agua del regaderazo que te diste. Te veías hermoso.

Al entrar a la tienda, te esperaba desnuda sobre la colchoneta. Me viste y volviste a salir. Extrañada, me asomé. Estabas hincado, dándole gracias a tus dioses por el regalo. Me hizo gracia ese gesto tan raro. Luego volteaste y me miraste de esa forma en la que sólo tú sabes hacerlo, con tus ojos hechos una tormenta, con la lengua relamiendo tus labios y, de pronto, aparecieron tus manos. Quedaste sobre mí, me jalaste para penetrarme sin furia, con sentimiento. Me gustaba sentir tu aliento en mi cuello moviéndote con suavidad, mecido como el viento movía afuera al polvo. Así, nos unimos a esa danza del desierto, nuestras pieles aperladas en contraste con el rojo del Valle de Fuego, los coyotes aullando afuera, el cielo en silencio y nosotros inundando la tienda con el calor de nuestras respiraciones. Al caer la primera gota de sudor, cayó también la primera gota del cielo, y aquello culminó en una tormenta tranquila y silenciosa que aplaudía con la tierra y con las pieles que parecían una sola con el valle. Mis manos estaban en tu espalda, clavando los dedos en tus músculos, mientras la tormenta se incrementaba y aparecía un rayo afuera. Frunciste el ceño y supe que te dejarías ir pronto en mí, ésa era la señal inconfundible de que la tempestad terminaría dentro de mí, escurriéndome entre las piernas y por las montañas del valle.

Tu humedad cosquilleó en el ojo de la tormenta por varios minutos más, hasta que ésta se calmó y dejó al polvo apaciguado en su lugar, a los animales escondidos y mi rostro hundido en tu cuello, en tu aroma, sintiendo el palpitar de la tierra en tus venas azules sosegándose y quedándonos dormidos hasta el amanecer.

10

Cuando escuché los murmullos en el exterior de la tienda, te moví para que despertaras.

—Noah… Noah, hay alguien afuera. Levántate…

Apenas abriste los ojos y yo ya estaba en cuclillas viendo discretamente a través de la tela.

—¿Qué?

—Hay alguien… Escuché voces. Una se parece a la de Héctor.

Sacudiste la cabeza, te pusiste una sudadera al revés, tomaste una botella vacía como arma y, agitándola, saliste rápido, casi al mismo momento en el que abriste el cierre de la lona.

A nuestro alrededor sólo estaban las montañas. Quedé hipnotizada viéndolas, parecía que se movían con el viento.

—No inventes, Mia. No hay nadie.

Entraste y te acostaste, cubriéndote y dándome la espalda.

—Pero Noah, por favor, escuché algo afuera, voces.

—Seguro estabas dormida, fue uno de tus sueños. No pasa nada. Nunca pasa nada de lo que imaginas. Ven, acuéstate.

—No, es que…

—Vale, pues. Entonces déjame seguir durmiendo.

Había escuchado susurros afuera, sin duda. Estaba segura. Besé tu espalda, me vestí y salí hacia el frío del desierto.

Anduve hasta llenarme del rojo del valle y quedar empapada de Marte en la tierra. Perdí de vista la tienda de campaña, estaba acompañada sólo por mis cigarros y las ganas de ya no ser, de respuestas, de olvidar y seguir.

Así que seguí hasta lo alto de la montaña con forma de dinosaurio, donde me senté admirando el paisaje: un contraste atroz entre lo ardiente y lo azul del cielo. Entrecerré mis ojos y vi a lo lejos a un hombre de pie, ahí solo, en medio de la nada. Me moví sobre la roca para observar indiscretamente que el hombre no se movía ni el viento agitaba su cabello. No alcanzaba a distinguir su

rostro por la luz que me daba de frente. El hombre delgado y alto parecía no moverse. Sólo me saludó con la mano y por un acto reflejo hice lo mismo con un «hola» absorto.

Sin pensarlo, busqué en la bolsa de mi pantalón mis medicamentos. El frasco estaba vacío; no recordé cuándo fue la última vez que había tomado las pastillas. Lo aventé lejos dándole la bienvenida a lo desconocido.

Bajé y caminé hasta llegar cerca de él, temerosa de que se tratara sólo de mi imaginación que, por no escribir, ahora se me desbordaba por las arterias y la realidad. Tragué saliva sintiendo mi garganta cerrada, como si tus dedos me detuvieran para no acercarme, apretando más y más.

Pasé al lado de una fila de enormes hormigas rojas, mucho más grandes de lo que las recordaba, y temí que se subieran a mi pierna, pero no, se detuvieron y me miraron. Alzaron sus pequeñas y antenosas cabezas hacia mí y luego contemplaron al hombre, animándome a ir hacia él.

Me hinqué junto a ellas y continuaron su andar, indiferentes.

Más cerca, saltando algunas rocas y cubriendo mis ojos del sol, me encontré con Ian de frente. ¿Qué podía decirle?

Quedé muda ante tal aparición.

Era él, se veía justo como lo conocí en aquel festival de cine. Él con sus ojos de mar, piel aperlada, jeans y camisa blanca, cabello estático más negro que de costumbre, lo mismo que su bigote y barba, y su mirada fija en mí. Sonriendo con sus pequeños dientes, me tomó de la mano.

No supe cuándo comencé a llorar, de pronto las lágrimas me supieron saladas en mis labios. Ian, era él. El llanto se convirtió en algo incontrolable, como una lluvia de plumas infinitas e intenté hablar, pero las convulsiones en mi cuerpo me lo impidieron, sólo me recargué en su hombro y lo abracé sintiendo su respiración en mi cuello, sus brazos rodeándome, su sexo recargado en mi cuerpo. Él, mi Ian.

El valle desapareció de mi vista con mi boca enredada en su cabello. Lo besé en el rostro, en el cuello y en las manos, encendiendo la vida. Mi cuerpo ya no era mío, era como estar en el centro de un todo. Repetía con la mirada el amor.

No me pregunté cómo era que estaba ahí de pie, en la nada,

vivo. No lo medité o me detuve ante su espectro.

Me alejé un poco para verlo mejor. De repente, Ian ya no estaba. El valle con sus montañas rojas y su cielo gris se plantaban ante mí, eludiéndome.

Con la duda sobre si lo había imaginado y aún sintiendo su peculiar y fresco olor cosquilleándome en la piel, caminé tambaleándome hacia la tienda de campaña. O al menos lo intenté, pero tuve que sentarme en una roca al ver que no podía andar tan fácil.

Las lágrimas me taladraban el alma y haberlo perdido era más desgarrador de lo que había imaginado.

No soportaba verte. Había tenido una vez más a Ian en las manos; no volvería a tocarte.

Las hormigas rojas me seguían en fila y comenzaron a rodearme con una coreografía del páramo.

Busqué a Ian en cada pequeña cueva, en el cielo, en las montañas, en mi tez. Pero desapareció por completo, no quedaba ni una señal de su presencia minutos antes.

Permanecí ahí fumando por varias horas, imaginando diferentes formas en las que mataría a su asesino. Cuando lo encontrara, lo traería hasta este lugar atado en la cajuela de mi automóvil y le prendería fuego hasta que se convirtiera en cenizas. O quizá podría disolverlo en ácido en algún lugar distante y abandonado. Podría acuchillarlo mil veces. Si era hombre, le cortaría el pene y haría que se lo tragara hasta ahogarse con él, le cortaría la piel, le cosería la boca y los ojos. Si era mujer —en especial si era Ángeles—, la desfiguraría poco a poco, disfrutando su jodido calvario.

Le regresaría cada milímetro de dolor que le infringió a Ian antes de su fin. Le haría recordarlo y sufrir hasta que rogara por la muerte y entonces ésta no llegaría; torturaría a ese hijo o hija de su puta madre que se atrevió a quitármelo de la vida hasta que cayera de puro dolor.

Por último, le arrancaría el corazón y se lo mandaría envuelto a su amante, para que sufriera lo mismo que yo, para que llorara en la lluvia, en el puto calor, en la ciudad, hasta que enloqueciera tanto por el calvario, que viera la imagen del amado en medio de un desierto y alucinara con hacerle el amor mientras se coge a alguien más a quien dice amar. Le destruiría la vida y el alma.

Si no había sido Héctor o el otro puto gordo, ¿entonces quién? La loca de Ángeles era mi única posibilidad y estaba desaparecida. Esa maldita demente tenía que saber algo más. Y la dejé ir de la manera más sencilla e inocente.

Pero también quedaba Román. Quizá tenías razón y había sido mi mejor —y, a estas alturas, único— amigo. Tenía que atraerlo a Las Vegas. Buscaba respuestas y sólo encontraba más interrogantes.

Me hallaste después de un rato de buscarme —o eso dijiste—. Te sentaste a mi lado y encendiste un cigarro. Sentí tu rodilla pegada a la mía; de reojo alcancé a ver el verde laguna de tus ojos inquietos.

—Ten —me diste mi celular—. No hay señal, pero, cuando haya, recibirás decenas de mensajes míos diciendo lo preocupado que estaba por ti. ¿Por qué continúas desapareciéndote así?, me preocupas.

Tomé el celular y jugueteé con él entre mis manos. Estúpido aparato.

Iba a decir algo, pero a lo lejos, entre un grupo de turistas, me pareció ver de nuevo a Ian, mirándome con fijeza, mezclado entre todos ellos y sobresaliendo por su altura, sonriendo.

Me levanté de un salto.

—¿A dónde vas?

—Al baño —mentí. Cuando lo haces una vez, las siguientes son mucho más simples —. Espérame aquí. Ya vuelvo.

Caminé hasta los turistas. No era Ian, ni siquiera se parecía. Decidí volver para darte la noticia del bebé.

Cuando te vi a lo lejos, sentado en la misma roca, asoleándote con el torso desnudo y la barba de días aguardando por mí, no sentí deseo por ti, no sentí nada. Con el alma clausurada me senté a tu lado. Me ofreciste un trago de alcohol y lo rechacé.

—Qué sana te estás volviendo.

Luego comenzaste a hablar de bebés con insistencia, en que deberíamos tener uno. Que sería hermoso. Así sería. Pero antes resolvería el asesinato de Ian, a quien me pareció ver de nuevo cerca del auto. Ahora estaba en todos lados, como si se hubiera escapado una de esas noches en un suspiro azul de mi alma.

Mi celular captó algo de señal y, en efecto, me aparecieron en la pantalla las notificaciones de tus mensajes de WhatsApp preguntando por mí. Pero también tenía mensajes de tu exnovia

Karla en mi *inbox*, otros más de voz que no podía escuchar frente a ti y un correo electrónico anónimo con una fotografía donde aparecíamos Ian y yo cogiendo en la parte trasera de una limosina en Miami.

No quise revisar nada frente a ti, mentí de nuevo.

—Creo que son sólo tus mensajes. Luego los leo. Es más importante tenerte aquí, frente a mí, y abrazarte.

Sonreíste y me rodeaste por la cintura. Apagué el teléfono y lo guardé en la bolsa del pantalón. Necesitaba más señal para poder checar todo, me hundía en la tentación de hacerlo.

No podía más con eso.

Regresamos a la puta ciudad del pecado.

11

En la bañera del hotel New York, en el décimo piso, desnuda, comencé a pensar que de verdad el dinero se acababa. Que tal vez éste sería el último hotel en el que nos hospedaríamos y luego seríamos *homeless* buscando alcohol en la calle y rescatando colillas de cigarro para fumar. Mi hijo nacería en la miseria de una vida gastada en pendejadas. «Un lugar muy común», diría Ian.

Recordé la fotografía que me enviaron a mi correo, donde aparecemos Ian y yo teniendo relaciones. La única que tenía esas imágenes era yo, y las había borrado un par de semanas atrás. ¿Cómo las obtuvieron? Estaba segura de que Ángeles me la había enviado, ¿quién más? Y que quería dinero por ella. Todo el mundo quiere dinero. Nada más. Nadie ayuda de forma sincera o simplemente por buena voluntad. Siempre hay un interés de por medio y, en mi caso, los dólares eran el interés que había sobresalido entre todos los demás.

Entraste al baño, desnudo, con el pene colgando, los brazos fuertes y las piernas definidas. Te hincaste frente a mí. No estaba de humor, pero igual me dejé besar. Tu lengua entró en medio de mis labios, tenías un hielo en la boca, que se sentía delicioso mientras tu mano buscaba mi clítoris. La quité e insististe. Tu barba me picaba el rostro y tus dedos se introducían cada vez más profundo, más adentro.

La bañera era magenta, contrastaba con lo blanco de nuestros cuerpos, de tu brazo, de mis piernas abiertas a ti. Avanzabas como serpiente, haciendo el mismo movimiento con tu lengua y tu mano. Solté un gemido que intentaba ser falso para que salieras rápido del baño, pero al final fue muy real. Una vez que lo escuchaste, sonreíste, retiraste tu mano y la lengua y saliste del baño.

Aún con el corazón turbado, me sumergí en el agua sin recordar qué pensaba antes de que entraras. El espejo estaba empañado por el vapor y todo parecía sumergido en un cálido sueño. Cerré los

ojos. Al abrirlos, vi el rostro de Ian en el espejo. Mi alma saltó, el estómago se me hizo un nudo. Salí de la bañera dejando un charco de agua. Con la mano, limpié el espejo, pero Ian ya no estaba. Maldita sea, ahora me estaba volviendo loca.

Con la tablet en una mano y el celular en la bolsa, te avisé que saldría a escribir a algún café. Tú asentiste, diciendo que te quedarías a descansar. Descansar, como si no lo hubieras hecho ya lo suficiente. Y agregaste que pagarías esta semana completa del hotel, pues aún te sobraba dinero del que te habían depositado. Bien por ti.

En el café me dediqué a revisar los mensajes del celular. Los tuyos no los leí, ya sabía de qué trataban. Escuché los mensajes de voz, había uno de Román insistiendo en que le llamara, y otro de Andrew en el que, sorpresa, me pedía disculpas educadamente por haberse portado «tan rudo» conmigo, y reiteraba que Ian me había dejado dinero a su cargo. Dinero que sabía que existía, pero que jamás tocaría, mucho menos para viajar contigo. Había otro más que no tenía número identificable ni mensaje, y el último era de la televisora donde solía trabajar como *freelance* para saber si me animaría a escribir el guion sobre la vida de Ian. No creí que siguieran con esa idea. Además, me recalcaban que tendría que ser rápido, este mes, si era posible, pues la muerte de Ian se desvanecía con rapidez y pronto sería olvidada; debíamos aprovechar la fama de su asesinato para el bien de los *ratings*. Pendejos.

El mensaje de Facebook era de la Karla a la que le había escrito.

«No soy la persona a la que estás buscando. Déjame en paz y no vuelvas a escribirme jamás».

Cielos, qué histérica. Ya no pude responderle porque me había bloqueado. ¿Tanto miedo le di?

Luego comencé a buscar datos de Ángeles por todas las redes sociales. Sin embargo, no pude más con la tentación y le llamé a Román.

—Hola, ¿estás ocupado?

—Mia… no lo sé. Me han estado chingando mucho los de arriba. Ya estoy hasta las narices. Desapareció una actriz española, de telenovelas. Medio porno. Famosa, de diecisiete años. Una tal Nina, ¿la ubicas?

—Nop. No veo tele.

—Pues ella actuó en una de tus películas. La desmenuzaban como carne de puerco.

—Ah, claro. *Infiernos*. Nunca me gustó el *casting*.

—Pues qué bueno, porque la encontraron muerta en su casa por una sobredosis de bótox. La que la halló fue la mucama, y le avisó a la prensa antes que a la policía para venderles la exclusiva. La mujer tuvo una buena jubilación. Los medios están sobre mí porque, si te interesaras un poco en mi vida, sabrías que me asignaron este caso, pero como te valgo madres, pues…

—No me…

—Me tocó llevar el caso. Encima, su cadáver fue «violado» por el idiota que hizo la autopsia. El forense subió las fotografías de los senos postizos y perfectos de la tal Nina a su Facebook, cuya cuenta es privada. Pero bueno, como siempre, no me llamas para saber de mí, corazón. Hablas para que te escuche, para desahogarte, para que te consienta y para que sea el buen amigo que siempre he sido, ¿no es así? Entonces, pues ocupado, ocupado, no estoy. Sólo hasta el cuello, si te importa saberlo. Y, por cierto, no, no han llegado los resultados de las huellas del hotel donde ocurrió el asesinato. Tienen mucho trabajo y quién sabe cuándo las manden…

—Román, lo siento. He sido horrible y egoísta. Perdóname, por favor. Es que… ya sabes…

—Ian, ¿no? Ian de nuevo. ¿Lo alucinaste otra vez?

—No son alucinaciones.

—¿Tienes alguna conclusión que no haya repasado ya?

—Algo así.

—Dímela, anda, cielo. Suéltala y sácala de tu alma para que puedas seguir destruyendo tu vida con Noah. Porque a mí tampoco me importas un comino.

Sabía que Román no lo decía en serio. Pero ni siquiera lo pensé. Él no estaba de humor, y definitivamente yo tampoco.

—¿Ah, sí? Ándale, pues… lo diré directo, entonces, si no te importo un carajo. Román, ¿tú lo mataste?

—¿Qué?

Silencio.

—¿Mataste a Ian?

—Mia, ¿lo dices en serio…?

—¿Lo mataste o no?

—No. En primer lugar, si lo hubiese matado, no te lo diría por teléfono. Qué buena detective eres.

—¿Entonces?

—¿Fue Noah? ¿Él te metió estas ideas? ¿O fueron las drogas, el alcohol y tus mezclas con medicamentos?

—¡No te burles! ¿Lo asesinaste?

—No he hecho por ti más que preocuparme, estar al pendiente día y noche, y me llamas para preguntarme si lo… Mira que tienes pésimo gusto, Mia. No, no lo maté. Y no, no pienso ayudarte más. El caso está cerrado hasta ver esos resultados. Fin de la historia. Está cerrado en México y en Estados Unidos. Ya no hay más.

—Claro, claro. Igual ya le faltaba poco para morir, ¿no?

—No lo sé. Me sorprende que me hables con esa frialdad, ¿qué te ha pasado?

—Yo…

—Espera, no quiero saberlo. No quiero saber más. Tengo que irme, cielo.

Colgó.

Minutos después, le envié un *mail* a Román disculpándome de la forma más patética que encontré, con dibujitos y todo lo que sabía que a él le encantaba y conmovía, diciendo que lo necesitaba en Las Vegas lo más pronto posible. También chequé las publicaciones en el Facebook de Ian para ver si surgía algún otro dato o información. No encontré nada que valiera la pena, había puras pendejadas, y cada vez eran menos, además. Tampoco hallé nada de Ángeles ni recibí una respuesta de Román.

En los mensajes de Facebook había un par que me llamaron la atención, sobre todo uno de un señor, un tal Santiago que decía haber visto a Ian en su vuelo de regreso a México. Indicaba que se había sentado atrás de él, que Ian estaba inquieto y que, al salir, lo vio corriendo. Al día siguiente apareció su cuerpo abierto en dos en la revista *Alarma!*

Nada de eso me servía. De cualquier manera, lo agregué, aceptó mi solicitud de inmediato y chateamos un rato mientras lo investigaba en las redes sociales.

Santiago, según sus fotos, era argentino, un tipo guapo con pésimas faltas de ortografía. Repitió lo mismo del primer mensaje; él se había sentado en el asiento 3B e Ian en el 2B. Le llamó la

atención porque Ian volteaba a todos lados y checaba su celular a cada rato. Los sobrecargos lo habían regañado un par de veces como a un niño pequeño. Salió casi corriendo cuando el avión aterrizó e iba solo y sin más equipaje que la mochila de Canadá. Solamente me dijo eso. Sin embargo, recordé lo que el mesero del Paris me había dicho: Ian había estado con un tipo guapo, parecido a este Santiago. Copié la fotografía de su perfil para mostrarla luego y me aseguré de que me diera todos sus datos, como teléfono y correo, con el pretexto de que yo escribiría «la interesantísima —según sus propias palabras— historia de su vida para convertirla en película».

Al final, Santiago me felicitó por mi película *Poseídos*, diciendo que era lo mejor de terror que había visto en su vida. Las listas de «Lo peor del año 2014» y «Las peores películas de terror de la historia» no opinaban lo mismo, pero al menos Ian y yo por fin compartíamos algo. Se lo agradecí y me desconecté.

Llevaba seis horas en el café, con la taza vacía y la mirada insistente de la mesera que se había dado cuenta de que sólo había ido ahí para colgarme de su wifi. No tenía la necesidad de ver al fantasma de Ian persiguiéndome en mi realidad, lo veía en cada fotografía, en los viajes, reflejado en sus creaciones, en sus películas y en las contraportadas de sus libros, siempre sonriente, amable y hermoso para este mundo. Quizá por eso se fue, por eso me lo arrebataron. Por eso lo perdí mucho antes de que lo asesinaran.

Pedí la cuenta, pagué tres dólares y fui hacia los elevadores.

En el *lobby* había muchos adultos esperando entre niños, maletas, mascotas, gritos, sonido de monedas y del casino, olor a tabaco, sudor, piel de los turistas en shorts y playeras pegadas, amontonándose todos por tener el paso primero, no les fueran a ganar su espacio. Demasiado para mí. En Las Vegas parecía no haber un lugar tranquilo —que no fuera de mala muerte— a ninguna hora, y eso ya me tenía hasta la madre.

Miré las escaleras de servicio. Antes, subía hasta diez pisos sin cansarme, corriendo. Quise ponerme a prueba y despejarme de la masa de piel del condado de Clark.

Abrí la puerta de las escaleras y miré hacia arriba. La luz era muy azul, me recordaba a una sala de quirófano, pero sin los médicos, sólo con las tétricas y solitarias escaleras de las que no se

veía el segundo piso hasta llegar al descanso del primero. Mientras subía por ellas, despacio y disfrutando el paseo, pensé en que alguien podría asesinar ahí sin ser visto.

No encontré más cámaras de seguridad que algunas viejas, y había puntos ciegos. Estaban sucias y polvosas, me imagino que la administración jamás pensaría que un turista viniera aquí a gastar sus fuerzas en subir escalones y no en putas o en casinos. Llegué al cuarto piso. Aquella no era una buena idea, después de todo.

Tenía un hambre atroz, parecía que el bebé se alimentaba de mis intestinos, apretujando mi cuerpo desde adentro. Me senté, sudando. Tanto que me gustaba quejarme del aire acondicionado y ahora lo necesitaba en las escaleras.

Escuché pasos subiendo desde el piso inferior. Esperé que llegaran a mí o que abrieran la puerta para salir, pero no sucedió ninguna de las dos cosas.

Me asomé apoyándome en el barandal y no había nada más que las cucarachas que alberga el lujoso hotel. Ya que me levanté, decidí andar otro piso más. Apenas alcancé a subir cinco escalones cuando de nuevo oí las pisadas, esta vez más cerca de mí.

Me detuve y el sonido continuó avanzando hacia mi dirección cada vez más rápido, con más eco y furia.

Atrapada por un miedo irracional, también aceleré el paso hasta llegar a la puerta de servicio e intenté abrirla con un empujón, pues estaba oxidada. No se abría, y mis gritos no se escucharían afuera. Me di cuenta de que, una vez más, ya no había movimientos detrás de mí, sino que los sonidos venían de arriba hacia abajo, obligándome a retroceder. Busqué mis pastillas en el pantalón, pero no estaban. No había frasco ni salvación para mi mente.

El sudor que colgaba de mis pestañas se volvió frío mientras bajaba lo más rápido que pude para abrir la puerta del cuarto piso.

Cuando salí al pasillo que simula a las ahora inexistentes Torres Gemelas, suspiré como si hubiese llegado a un bosque con aire fresco.

Pegué la oreja a la puerta del servicio, pero ya no escuché nada. Permanecí así un par de minutos, con el corazón latiéndome a mil y los intestinos roídos en su lugar.

Me recargué de espaldas sobre la puerta de metal bien disimulada en el hotel riéndome de mí misma, aún temblando.

«Qué estúpida, pensé, eso te pasa por escribir historias de terror». Es tan diferente vivirlas que escribirlas. En la realidad no hay tiempo para pensar en las opciones, no es tan divertido. Como escritora pude haber reaccionado diferente, qué vergüenza. En una de mis películas sería la primera víctima en morir.

Un suspiro en mi oreja provocó que mi cabello volara un poco hacia mi rostro, pero no había nada detrás de mí más que una puerta. No quise moverme.

La exhalación se coló por mi piel erizándola, y en mi oído retumbó la sonora voz de Ian, quien apenas mencionaba mi nombre, desde la profundidad en donde se encontrara: «Mia».

Miré a los lados con lentitud, esperando encontrármelo.

No estaba. El suspiro permaneció conmigo hasta que caminé cerca del elevador, sosteniéndome de la pared. Con una mano trepidante encendí un cigarro y sentí el aire corrompido llenar mis pulmones. Cuando lo solté, lo hice con un ataque de tos incontrolable, de ésas que deseas que no te sucedan en medio de una cena elegante donde todos te miran. Tosí mareada, el techo danzaba a la derecha y a la izquierda, mis pies estaban más lejos de lo habitual y mis piernas se estrechaban y alargaban; cerrar los ojos no ayudaba en nada.

Una fuerte migraña me invadió sin el previo y característico aviso del aura. Maldita sea. Con ese dolor en mi sien derecha no soportaba la luz, respirar, comer, dormir ni vivir. Sosteniendo mi cabeza como si se fuera a caer y sin saber a dónde fue a parar el cigarro, apreté el botón del elevador.

Me senté en el piso, con la cabeza entre mis piernas, con ganas de vomitar y, de pronto, también con unas ganas terribles de llorar. Atrapada entre el recuerdo y la realidad, el fantasma de Ian no me dejaba descansar en paz.

Pensaba en ti, Noah, te extrañaba, no había recibido mensajes tuyos en todo el día, necesitaba estar en tus brazos y decirte la verdad, contarte del bebé y de mis reuniones secretas con los supuestos asesinos de Ian. Te había mentido y ahora me sentía una mierda por eso. Pero lo arreglaría, todo estaría bien mientras permaneciéramos juntos. Eso decías siempre, y repetí la frase como un mantra mientras el elevador abría sus puertas y entré.

En el aire había un olor a cerveza podrida que me dio náuseas.

Una pareja se besaba sin verme, los dos eran guapos y parecían hermanos. Uno de los hombres apretujaba su pubis contra el otro con una clara erección debajo de sus jeans. Al verme entrar, el otro se detuvo un poco apenado. Desde mi perspectiva les sonreí, pero debido a mi estado migrañoso quizá sólo pareció una mueca grotesca.

Salí antes que ellos intentando evocar el número de la habitación.

Los pasillos eran largos y solitarios, me recordaron al hotel Overlook, en Denver. Alguna vez estuve ahí en un festival de terror. Vi a Elijah Wood, tan pequeño, el pobre, con su sombrerito hípster, cigarro y copa en mano todo el puto día.

Busqué la tarjeta que abría la habitación, la hallé y abrí con rapidez.

Al principio no distinguí bien lo que veía sobre la cama.

Dos cuerpos desnudos, cogiendo.

Ella sobre ti, balanceándose. Tú la tomabas de la cadera besándole los senos con ansiedad.

Todo el mundo cree que estará preparado cuando algo así le suceda. Piensan «yo la hubiera golpeado, yo hubiera llorado a gritos, yo hubiera…».

Mi «hubiera» se quedó seco de fe contemplándote hacerle el amor a otra que no era yo. Me quedé con el picaporte de la puerta en la mano, en silencio y con la boca abierta.

No supe qué hacer, cómo reaccionar, ¿qué debía hacer?

Cerré la puerta en silencio, tiritando.

Caminé con lentitud hasta estar más cerca de la gigantesca cama.

Tu cuerpo blanco pegado al de esa mujer, siendo uno con una condenada puta desconocida. O al menos eso creía, pero, cuando volteó, me di cuenta de que se trataba de Ángeles.

Peor aún. Inmovilizada por la sorpresa y el dolor, no pensé en hacer nada.

Ya no eras mío. Ya no sería tuya nunca más. Lo supe de inmediato: jamás volvería a tocarte o a permitirte que me penetraras. Eras lo más placentero que había sucedido en mi vida, eras el hombre al que amaba, y de pronto todo se esfumó como una bocanada de humo.

En el piso había botellas de alcohol que, con la vista nublada, no alcancé a percibir. Pisé una y se rompió, Ángeles se detuvo y volteó, tú alzaste la cabeza, abriste mucho los ojos y la boca y la empujaste a un lado. Aún pude ver tu pene mojado por la humedad de Ángeles y la erección disminuyendo al momento en que te levantaste angustiado y fuiste hacia mí.

Ángeles buscó con rapidez su ropa —o lo que fuera— para cubrirse. Todo pasó en un jodido segundo.

Decías algo y gritabas que lo sentías, que no había sido a propósito, que había sido el alcohol, que ella te buscó, ella fue, que yo no tenía que haber entrado, que cuánto tiempo llevaba ahí observándolos. Me agitaste de los hombros. Yo sólo veía tu boca hermosa balbucear, llorando a gritos.

Ángeles se fue haciéndote una seña que no alcancé a comprender. El azotón de la puerta me sacó de mi estado.

Me fui sobre ti, golpeándote con furia, con el puño cerrado, quería deshacer tu detestable piel perfecta, molerla a madrazos y deformarla para siempre.

Gritaba desesperada afirmando que habías cogido con ella, justo con ella, con esa pendeja, con esa maldita, con esa asesina…

Te aventé mi celular a la cabeza, no quería que te me acercaras.

El cuarto entero olía a sexo. Retrocedí con náuseas.

Te ibas a vestir, pero aventé los pantalones lejos de tu alcance, te tomé de los hombros y continué golpeándote.

Sentí que mis piernas estaban frías y mojadas. Me miraste asustado.

En medio de ellas, corría un hilo de sangre que pronto tuvo coágulos y dolor.

Miré al amor de mi vida deslizarse entre mis piernas porque resultó que sí, que era capaz de amar más que a ti o a Ian juntos, resultó que el bebé decidió escapar antes de vivir la jodida vida que le esperaba.

—Cabrón de mierda, estaba embarazada. Era tuyo.

El bebé se escurrió entre mis piernas quizá para huir de la culpa de sus prematuros e inmaduros padres.

Entonces me enteré de que sí sabía lo que era el amor.

Tomé tu teléfono y te lo iba a aventar, pero ya no tuve fuerzas.

Te quedaste de pie, mirándome sin defenderte, aceptando mis

puños en tu rostro.

Así te dejé, desnudo en medio del asqueroso cuarto, y me fui.

12

Caminando a través del casino, pasando inadvertida entre la representación de las calles de Nueva York y los visitantes, peregriné hasta el estacionamiento, encendí el auto, busqué en la radio alguna canción y me quedé pegada al volante llorando hasta que ya no salieron más lágrimas.

Todo mi cuerpo se afligía por estar tan vacío de vida. Abrí la puerta del auto, miré el asiento, estaba todo manchado de sangre, mi ropa exhibía el suicidio de un feto que no quiso esperar a que le arruináramos la vida.

Un dolor espeluznante me inundaba desde el abdomen hasta mi columna, pero eso era lo de menos.

Entré de nuevo y arranqué, conduje intentando que cada vez que mi pie pisaba el acelerador más fuerte, tu recuerdo se fuera con él. Tú debajo de ella, cogiéndotela. No podía con eso. De pronto, me detuve en una esquina tan rápido que el conductor de atrás casi se estrella en mi cajuela, mentándome la madre. Ángeles. Estabas con ella. Regresé al hotel.

Comencé a atar cabos, a armar el rompecabezas: todas esas veces que te quedabas en el hotel; la supuesta amiga con la que te habías citado; cuando no respondías el celular e incluso el dinero que estabas gastando. Todas esas veces seguramente estuviste con ella. Incluso tú debiste haber tomado las fotografías de Ángeles firmadas con una N.

—¡Qué pendeja soy! —gritaba en el carro, pegándole al volante —. ¡Qué estúpida!

Dejé el coche estacionado en la acera y entré. No me importó que la gente me viera llena de sangre y que incluso algunos se detuvieran a preguntar si me encontraba bien. Me amarré una chamarra en la cintura para no atraer tanta atención y busqué a Ángeles en el casino y en los baños, pregunté por ella en el *lobby* y en los callejones traseros. No hallé un solo rastro.

Decepcionada, volví al auto. Ya no tenía fuerzas para luchar o para volver por mi cartera o mis maletas a la habitación. Había perdido todo.

De pronto algo vibró en mi pantalón, era tu teléfono, aquel que te iba a aventar en la habitación y que olvidé dejar.

En el coche chequé tus mensajes, tenías varios de un número marcado en tu agenda como Arquitecto Robles y que obviamente eran de Ángeles. Te pedía disculpas con cierto terror y suplicaba que la vieras en el lugar de siempre.

Le escribí diciendo que no, que no era un sitio seguro y que la esperaba en el restaurante de las fotografías con Ian.

Temblando, una vez enviado el anzuelo, esperé con toda el alma que no lo picara. Pero me equivoqué.

Casi de inmediato llegó otro mensaje: «Te veo en el Paris».

Entré a un estacionamiento. Abrí la cajuela buscando algo para cambiarme, quizá unos jeans y una playera. Aguardé unos segundos reteniendo la respiración al ver que ahí sólo había ropa tuya. Sentí de pronto un frío terrible. Con la piel de gallina escuchaba el ruido de los autos subir y bajar de las rampas. Cerré el maletero y lo volví a abrir, ahogando unos sollozos que no quería oír, metiendo toda tu ropa a una maleta para tirarla a la basura, pero dejando afuera un par de cosas para mí. Encontré también unas cartas que te había escrito. Intenté contenerme, pero ya no podía, era imposible. Iba a abandonar tus cosas en un contenedor, no quería tener nada tuyo en el coche. Necesitaba vaciar todo. Saqué de la cajuela unos pantalones y una camisa que me llenó de tu olor. Cerré la maleta decidida, todo aquello era demasiado violento. Así que me volví y así, como el maletero abierto y llorando, hundí mi cabeza en mis manos. Quería deshacerme en un grito. Si tan sólo hubiera podido. Un auto entró despacio a estacionarse cerca de mí, así que metí de nuevo la maleta, esta vez en el asiento trasero, y arranqué buscando un lugar en el último piso donde casi no hubiese gente, algo más lejano.

Al llegar, saqué la valija y la dejé en el suelo. Cerré el automóvil con llave, cargué el equipaje y busqué con la vista un bote de basura. Había uno cercano. Abrí el contenedor y eché la maleta, deshaciéndome con violencia de ella. Entré al carro y vi tus jeans, aquellos que había escogido para usar.

Me cambié y lavé lo mejor que pude en el baño de un hotel y, con la licencia de manejo que guardaba en la guantera, me registré en un motel de la autopista antes de llegar a la zona comercial.

Quedé de ver a Ángeles a las siete y eran apenas las cinco. Me recosté en la cama polvosa mirando las grietas del techo, sintiéndome por completo frustrada y deshabitada. No paraba de sollozar.

Aún con las piernas manchadas por la sangre seca que no logré limpiar, me quedé dormida.

Soñé con Ian, estábamos caminando sobre la avenida Reforma, él se veía perdido. Todo era oscuridad y hacía mucho frío. Un bebé lloraba a la distancia y yo trataba de encontrarlo. Ian sólo avanzaba sin verme en un mundo de sombras, sangre y pesar.

Desperté a las seis treinta y, levantándome de un salto, entré rápido a la ducha, fui hacia el auto y manejé hasta el Paris.

En el restaurante pregunté por el capitán de meseros, Armand, pero no estaba. Tampoco había mesas vacías, por lo que me quedé una vez más en la barra, sin pedir nada, inquieta y mirando hacia la entrada.

Siete quince y Ángeles no llegaba. Ya me la imaginaba cogiendo contigo, riéndose de mi ingenua imaginación al creer que por un celular que cayó en las manos erróneas, todo acabaría.

Tocaron mi hombro y volteé de un salto. Era Armand, sonriendo.

—¿De nuevo por aquí? —preguntó.

Asentí con timidez porque siempre me había visto en las peores fachas de mi vida.

—Es que quedé de verme aquí con alguien. Una amiga… Pero ¿puedo mostrarte algo?

Se quedó de pie cruzando los brazos, con un poco de impaciencia. Saqué tu celular, que ya casi no tenía pila, entré a mi cuenta de Facebook y abrí la foto de Santiago.

—¿Éste era el hombre que estaba con Ian aquel día? Prometo que es lo último que te pregunto.

Tomó el celular. De nuevo tardó en reconocerlo. Amplió la fotografía y yo comenzaba a desesperarme.

—No. No es éste. El otro era un poco más… guapetón, medio flaquillo.

¿Flaquillo? Seguro el capitán usaba esas palabras con sus amantes. «Estás muy flaquillo, amor», «tu culo está flaquillo», «tu verga es tan flaquilla».

Miré a la puerta distraída por las voces de un grupo de mujeres en una despedida de soltera que hacían un escándalo para que todos las voltearan a ver. Usaban pequeños ramos y velos en sus cabezas, por lo que era imposible distinguir a la novia entre tantas amigas.

Armand se dio la vuelta.

—Espera, por favor. Una más.

—¿No era lo último que me preguntabas?

—Por favor. Y luego no me volverás a ver.

—Es una lástima. Eres simpática —hacía años que nadie me decía eso.

Abrí tus archivos de fotografías y encontré una tuya en tu egoteca. Estabas de frente, sacándote una *selfie* recién bañado, con el cabello peinado hacia atrás y mirando con fijeza a la cámara.

Se la mostré.

—¿Y éste?

Cuando vio tu foto se notó en su mirada que le gustaste un poco. No era extraño, le gustabas a hombres y a mujeres por igual.

—Pues… ¿Tienes más fotos?

Recordé una idea que había desechado de mi cabeza, y con algo de culpa busqué una fotografía de Román en internet, en Facebook, donde se viera bien su rostro, no como la anterior, que estaba medio desenfocada, y se la mostré:

—No es el mismo de antes, ¿verdad? Qué penita. Guapito, eh.

El capitán sonrió como si me hubiera ayudado a sacarme la lotería.

—Éste sí se parece más, sólo que el otro era un poco… rellenito, si tú me comprendes. Pero podría ser su hermano. Sí, creo que era éste.

No tuve tiempo de reaccionar porque Ángeles entró, me vio y salió corriendo. Arrebaté el celular de las manos de Armand y salí detrás de ella, arrinconándola en una esquina en la zona de los elevadores.

Puse mi brazo en su cuello impidiéndole el movimiento. Aunque intentó zafarse, mi recién adquirida locura me daba fuerzas. Unas

señoras gritaron asustadas, pero no me importó. Pronto llegarían los guardias de seguridad.

Vi la puerta a las escaleras de servicio y obligué a Ángeles a entrar ahí conmigo, cerrándola después. Caminé hacia ella mientras retrocedía en los escalones uno a uno.

—¿Dónde está Noah? —me gritó.

—Lo maté —en esas condiciones, seguro cualquiera me lo creería. Ella quiso huir, pero la jalé por el cabello azotándola en un escalón—. Y confesó todo. Me dijo cómo mataron a Ian, malditos bastardos —la cámara de seguridad se movió hacia mí.

—¡Yo no lo maté! ¡Nosotros no sabemos nada de eso!

Podrían no saberlo, quizá Armand tenía razón y había sido Román, pero para ese instante ya me valía madres el mundo. Estaba lunática por la rabia, la furia me consumía por dentro, mi piel ardía.

Acerqué mi rostro al de ella y tomé su debilucho cuello, tan delgado que con ambas manos podía ahorcarla con facilidad. Su piel se estaba poniendo morada. Qué placer verla así, condenada perra.

—¡Tú lo asesinaste! ¡Confiesa, carajo! ¡Fuiste tú!

Negó con la cabeza.

La solté, se sobó el cuello y cayó de rodillas sobre un escalón. Escuché el crack de sus huesos dando contra el filo. Sus jeans se rasgaron, parecía una muñeca rota. Sin embargo, la compasión no cabía en mí. Ya no tenía espacio para más paciencia. Sus rótulas sangraban y el escalón se manchó del líquido espeso que salía de sus heridas. Lo miré cautivada recordando la sangre en el cuerpo de Ian, en sus heridas, en su cadáver abierto por el cuchillo que le quitó la vida y recordando también aquella que salía de entre mis piernas.

—¡No! ¡Yo no fui! ¡Estás loca! ¡Estás loca!

—Sí, lo estoy —así me sentía, no había duda—. ¿Entonces quién fue? ¡Tú lo sabes! ¡Dímelo! ¡Me mentiste, estúpida!

—Sí, lo hice… mentí. ¡Lo siento! ¡Lo siento!

La miré intentando sentir lástima, pero mi tolerancia ya había muerto.

—¿En serio Noah está muerto? No te creo. No es cierto —miraba de reojo a la cámara de seguridad, como si eso fuera a salvarla.

—Sí lo está. Y tú lo estarás si no me dices todo ahora mismo.

La pateé en el rostro. Desde la posición en que estaba, unos escalones más arriba, fue muy fácil. Nunca había pateado a nadie, ni siquiera había abofeteado a ninguna persona, pero odiaba a esa mujer más que a nada en el mundo. Su cara se estrelló en la suela de mis botas industriales, escupió sangre que manchó la pared azulada y su playera —tuya, por cierto—, y que también escurrió por su barbilla como seguramente había escurrido tu semen antes.

Abrió la boca para decir algo, pero tenía una profunda cortada en la mejilla, por dentro.

—¿Por qué mataste a Ian? ¡Habla!

—¡No! —balbuceó—. No lo maté. Sólo… Noah quería dinero, Ian tenía mucho. Y se lo dio. La única culpable eres tú.

—¿Lo chantajearon?

—Yo necesitaba dinero y Noah también. Me lo presentó, a Ian… y las fotos…

—¿Cuáles?

—¡Las fotos! ¡Pero no lo matamos! ¡No! —lloraba—. Mira, no te conocía. No quería hacerte daño. Sólo debía quedar mal frente a ti. No sabía que alguien lo mataría después en México. No tenía idea, ¿de acuerdo?

—¡No! ¡No estoy de acuerdo! ¿Y por qué debería creerte? ¡Ya mentiste antes! ¡Y además te acostaste con Noah! ¡Con MI Noah! Y quisiste acostarte con Ian, puta de mierda.

—Yo… yo… no quise lastimarte. Yo… Fue él, fue Noah. Él me pagó por tener sexo con él… fue él, pero nosotros no matamos a Ian. ¡Yo no lo maté!

—Él jamás haría eso —y menos con una mujer tan pinche fea como ésta, tan débil, tan embustera. Quise mentirme y pensar que nunca pagarías por coger si me tenías a mí.

—Haría eso y más. Siempre tuvo dinero. ¡Él es el que te mintió! Siempre te engañó, pendeja, siempre, ¡siempre!

—Cállate. Deja de gritar.

—¡No! ¡No maté a Ian! ¡No sé quién fue! A lo mejor fuiste tú, ¡estás loca!

—¿De cuáles pruebas me hablabas en el café?

—¡De las fotos!

Recordé la foto anónima en mi correo cogiendo con Ian. De

pronto recordé todo. En París, Ian y yo nos sacamos muchas fotos de ese tipo y en diferentes posiciones. Sólo yo las tenía en mi tablet, y las había olvidado.

—¡Tú me enviaste esa foto ayer!

—Sólo queríamos dinero… por favor…

—¿¡Te la dio Noah!?

—¡Te busqué porque quería protagonizar una película y tú debías ayudarme! ¡Soy actriz! ¡Eso es todo!

Me acerqué más a ella para patearla de nuevo, pero se movió y se levantó cacheteándome. Sonreí. Ésa era la puta provocación que necesitaba para irme sobre ella. Lo notó, vio mi mirada asesina.

Súbitamente entró en razón y gritó.

—¡Auxilio! ¡Alguien ayúdeme! ¡Ayuda! ¡Sálvenme!

Pude escuchar los pasos afuera de las escaleras, por los pasillos; pasos fuertes, de botas, eran policías.

En sus ojos pude notar el miedo que me tenía, jamás me había percibido a mí misma como un ser terrible. Por lo visto, me había convertido en un monstruo para ella.

Me empujó con una fuerza que me sorprendió, caí sobre mi espalda en el filo de un escalón, pero no me dolió hasta el día siguiente. La adrenalina tenía más poder que el daño que pudiera hacerme.

Corrió hacia abajo, aferrada a su bolsa de mano. Su asa se atoró en el barandal de la escalera provocando que ella se quedara ahí sin poder bajar y que regresara como un resorte humano. Resbaló hacia atrás. No tuvo tiempo de gritar.

Por un instante intenté acercarme a ella para detenerla del brazo, pero cayó de cabeza en medio del cubo de la escalera, hacia los pisos inferiores, con una rapidez demencial. Su rostro fue lo primero que se estrelló en el mosaico, destrozándose todo, como una puta sandía.

Aún no sé por qué lo hice, pero tomé su bolsa, corrí un piso abajo, empujé la puerta y salí hacia un pasillo. Tomé de inmediato el elevador, cubrí la sangre en mi blusa cerrando la chamarra y me perdí en el mundo de Las Vegas, sin siquiera darle la oportunidad a los policías de ver mi cara. Pero Armand me había visto, también las señoras en el pasillo y las cámaras de seguridad. Yo no la había matado, ¿cierto? Ella resbaló, por idiota.

Su muerte aún me pesa, me duele en las vértebras cada jodido crepúsculo.

No la maté, pero me sentía su asesina.

Regresé por mi auto al motel, pero antes le robé las placas a otro coche que estaba estacionado afuera de una habitación donde se escuchaban gemidos y rechinidos de cama.

Cambié las placas y después de una ducha rápida, guardé el resto de mis cosas y huí sin pagar.

13

Conecté tu celular al encendedor del auto, pues el teléfono se había apagado por completo. Tampoco tenía paciencia para eso, apretaba a cada minuto el jodido botón de encendido, pero el celular sólo me indicaba que se estaba cargando.

Mientras, busqué monedas debajo de los asientos, billetes en los pantalones sucios, en las chamarras. Logré juntar algo considerable debido a mi pésima organización con el dinero, que siempre dejaba en los bolsillos. Me alegré de jamás haberte hecho caso sobre no ser un desorden con el dinero.

En la bolsa de Ángeles estaba su cartera de Hello Kitty, rosa, cursi, afelpada y corriente. Tenía muchos dólares. Demasiados. No creí que fuera una mujer que cargara tanto dinero. En su bolsa había más billetes de cien dólares. Bien, eso me serviría. Necesitaba respuestas, y su cadáver no me las daría. Aunque no estaba segura de que estaba muerta, es decir, cayó desde una altura considerable, sí, pero si había muerto… lo ignoraba.

Ahora me preocupaba más verte, seguir tus movimientos, encontrar la forma de saber si habías tenido algo que ver con la muerte de Ian. Porque si así era, te mataría con todo el dolor de mi corazón deteriorado.

Así, como cicatriz ambulante, obtuve un cuarto en un lúgubre motel cerca del desierto, alejado de las casas habitación y de los hoteles lujosos. Era sombrío como una noche de lluvia en la que no estás refugiado y tomando café mirando las gotas, sino con gripe y tos, empapándote y caminando triste por las calles.

En el lugar había condones usados debajo de la alfombra hedionda por la humedad, verde o mohosa, ya no distinguía bien. Tenía una cama *King size* de la cual no me atreví a levantar las sábanas. Diez dólares por diez horas con una televisión de los años ochenta encendida y con estática, persianas manchadas de algo pegajoso medio caídas, entre cerradas y abiertas, y un baño con

mugre entre los mosaicos. En la bañera había un tapete de plástico antiderrapante que algún día fue blanco, ahora era gris con manchas amarillas. Y no había agua caliente.

Cuánta gente habría dormido en aquella cama, gente huyendo como yo, amantes distantes, pordioseros, prostitutas, viejos llenos de humedad en sus párpados.

Aventé las cosas de Ángeles sobre la cama y encendí el celular: por fin, diez por ciento de pila. Estúpidos aparatos. Entré en tu intimidad, leí tus correos, vi tus fotografías, husmeé. Todo aquello que una vez juré que nunca más haría. En alguna ocasión lo apliqué con Ian. Nos habíamos distanciado, él estaba de visita en Inglaterra y yo trabajaba en México. Abrí mi computadora para arreglar un guion de un amigo cuando me di cuenta de que, al usarla antes, Ian había dejado su cuenta de correo abierta. El impulso pudo más y entré a sus correos, los leí uno por uno: los enviados, los que estaban en la papelera, los de todas las carpetas. No había nada más que contratos, guiones, invitaciones, etcétera. Me sentí tan mal por haberlo hecho, que se lo confesé apenada cuando lo vi una semana después en Tijuana: «De verdad, perdóname. No sé por qué lo hice, me ganó la tentación». Creí que me mandaría al carajo, pero en lugar de eso tomó mi mano y la besó diciendo que no importaba, que si quería revisara también su celular, que jamás me ocultaría nada. Eso me hizo sentir más mierda y jamás volví a tocar sus cosas.

En fin, esta situación era diferente porque, para mí, ya estabas tan muerto como el feto que aborté, y quizá también como Ángeles.

En cuanto me senté en la cama para checar mejor tu celular, comenzó a vibrar con tanta furia por una llamada entrante, que me asusté y se me cayó de las manos sobre la alfombra, levantando una ligera nube de polvo.

Siguió vibrando y sólo mostraba un número privado. Acepté la llamada sin decir nada. Tu voz estaba al otro lado de la línea.

—¿Bueno? ¿Hola…? ¿Hay alguien ahí? ¿Mia? Mia, si eres tú responde, por favor. Te extraño. Te amo. ¿Bueno? ¿Bueno?

Colgué. No cabe duda de que el amor apendeja. Me vi en el espejo mientras lloraba como si las lágrimas no pudieran parar nunca. Agaché la cabeza aferrada al mueble viejo que usaban como tocador. No podía mantenerme en pie, la tristeza era demasiada. Yo también. Yo también te extrañaba. Yo también te amaba aún.

Pero todo pasa. «Esto también pasará. Nadie tiene algo para siempre. Así es como tenemos que vivir», me dije a mí misma.

Pensé en el contenedor de basura donde tiré todas tus cosas. Ahí yacía nuestra vida, una vida seductora, perdida, desconocida.

«Mia —me repetía en el espejo—, una asesina, débil, extraviada, anónima en este mundo de perdición. Mia, que se limpia las lágrimas con la manga de la camisa como niña, que intenta respirar con profundidad al son de los pasos decididos detrás de una muerte, de un homicida. Mia, derritiéndose debajo del agua caliente que sale de la regadera, desnudándose, quedando sin los despojos de aquel que la engañó. Una historia tan simple, tan común, usual. Mia, quien abre la boca llenándola de agua, hechos de agua los ojos y la voz».

La cortina del baño estaba medio abierta. Si alguien hubiese querido, hubiera podido asomarse y ver mi piel débil. Pero no creí que alguien fuera a hacerlo. Qué lástima.

Seguí con un dedo las gotas cayendo en la cortina de plástico con flores dibujadas. El baño se convirtió en un charco de lodo.

Levanté la cabeza y noté que alguien me veía desde afuera, desde la ventana que daba al terreno baldío al que llamaban «estacionamiento». Un rostro se dibujó en el vidrio y escuché susurros desde afuera: «Mia… Mia… ven, te estamos esperando». El rostro tenía boca y ojos sin fondo, estaba escarchado como la niebla del amanecer.

A través del vidrio vi el cabello de Ian alejándose y el fantasma se difuminó hasta quedar sólo la palma de una mano sin dueño marcada en la ventana.

Salí con rapidez del baño, envuelta por la toalla raída, pero no había nadie, ni siquiera algún hombre parecido a él.

Maldita sea, no bastaba con torturarme con su muerte, con tu pérdida, con la del bebé. Ahora era una jodida prófuga que además estaba lunática. Bien Mia, avanzabas muy bien.

Salí caminando a un minisúper en donde compré maquillaje, tintes, decolorantes y lentes de contacto.

Mi cabello negro, virgen y lacio, cambió a un rubio casi blanco y ondulado, y mi rostro, en el que nunca usaba cosméticos, se transformó en uno con labial rojo, delineador y sombras oscuras. Cómo cambia el ser humano con maquillaje, incluso del alma.

Las lentillas me lastimaron al principio, pero ahora mis ojos eran azules, enmarcados por un negro intenso en los párpados.

Tomé un taxi que me llevó hasta el hotel New York. Anduve con sigilo por el casino y por las calles falsas con coladeras que recuerdan el vapor que emanan los verdaderos callejones de Nueva York, una imagen típica que todos hemos visto en las películas porque por el suelo de Nueva York pasa el vapor entubado para la calefacción de las casas. Así como aquellos tubos cruzan la ciudad de norte a sur y de este a oeste, sus imitaciones cruzaban el casino del hotel y sus hermosas y diminutas calles. Era como un Disneyland para adultos.

Entré al elevador y subí a la que era nuestra habitación. Una mucama la limpiaba, le sonreí e iba a pasar, pero me indicó que ya había sido desocupada. Aun así, entré argumentando que había olvidado algo, pero empezó a quejarse de que primero debía reportarlo en el *front desk*. La callé con un billete de veinte dólares.

Busqué en el baño, debajo de las camas, en los muebles. Ya no existíamos ahí.

Con el corazón hundido, salí del hotel.

Sin saber por qué, fui a buscar a Andy, el mesero del Flamingo. Ahí estaba, casi en la puerta, coqueteando con una francesa. Cuando me vio de lejos, pareció no reconocerme a primera vista, así que siguió hablando con un pésimo francés que a la mujer parecía darle risa o pena.

Luego mi insistente mirada pareció llamarle la atención, Andy entrecerró los ojos como quien no puede ver bien de lejos sin lentes, hizo una mueca y casi se va corriendo al hotel, pero me interpuse en su camino.

Justo cuando iba a hablar con él, sonó tu teléfono. Había olvidado que lo tenía.

La llamada era de un número desconocido con la clave telefónica de Las Vegas. No alcancé a contestar y le marqué por instinto.

Respondió la inconfundible voz con acento norteño de Héctor.

Cuando miré de nuevo alrededor, Andy había desaparecido.

14

Sentada, esquivando los resortes de la cama del motel, miré tu celular sin abrir tus archivos secretos. No sabía qué más encontraría ahí y si en verdad quería descubrir las respuestas a mis plegarias.

Vibró, el número desde el que llamaban era el mío y mi fotografía apareció en la pantalla. Me mostraba sin ojeras, con una sonrisa, rodeada por tu brazo tostado por el sol en aquel restaurante panorámico que nos gustaba tanto cerca de avenida Insurgentes en la Ciudad de México, al sur. No respondí sólo para seguir admirando a esa mujer que ya había desaparecido de la realidad.

Estaba segura de que tú ya habías revisado todos los archivos de mi teléfono, incluidas las notas para algunos guiones y los mensajes desesperados que le envié a Román.

Intenté llamarle desde el tuyo, pero no recordaba bien su número. Traté varias veces hasta que, concentrándome, lo logré. Sonó y sonó, me mandó a buzón.

—Hola, Román, soy yo. Por favor, llámame a este número, no al mío. Lo tiene Noah y ya no estoy con él. Necesito verte, hablar contigo. Búscame. Estoy en el motel Long Island en Las Vegas, en la habitación 104. No preguntes por mí, sólo pide que te comuniquen a la habitación. Por favor, te necesito… Te quiero —dije y colgué.

Había pensado que no necesitaba a nadie hasta que asesinaron a Ian. Así supe cuánto lo amaba, hasta que comprendí que no volvería a ver su piel pálida o su sonrisa amable. Supe cuánto te necesitaba hasta que te vi cogiendo con otra y comprendí que no volvería a sentir tu piel, tu olor ni tus besos. Y ahora ahí estaba yo, rogándole por ayuda al amigo que tanto me insistió en salvarme y al que rechacé todo el tiempo por sentirme Superwoman.

Claro que, para ser fugitiva, había elegido un buen lugar. A pesar de las cámaras, si quisiera dormir en cada una de las habitaciones de Las Vegas y si decidieran buscarme en cada una de ellas, tardarían siglos en encontrarme.

Por la noche, intenté en vano dormir. Sólo se escuchaba el estruendo de unos latidos en la oscuridad, provenientes del baño y del piso superior… aunque no había otro piso arriba. Era el sonido de un tambor amenazador que estaba cada vez más cerca, hasta que descubrí que se trataba de mi propio corazón. Me engullían mis propios latidos. Y los de Ian. En ese ocaso, supe que los conocía de memoria, aunque nunca lo había notado. Sentí a Ian recostado ahí, en su lado favorito, el derecho. Extendí la mano para tocarlo, pero no había nada más que su olor.

—Ian —hablé en voz alta—. Cuando te mataron, asesinaron mi hogar.

Suspiré tan largo y hondo que, si se hubiera prolongado la exhalación en línea recta, habría llegado hasta su alma, rota en pedazos.

Miré el reloj. Llevaba ocho horas esperando la llamada de Román y varias más sin probar bocado.

Desgarrada y sintiéndome totalmente abandonada, solitaria y como un parásito sin elección, decidí salir y emborracharme hasta acabar con los restos que me quedaban de vida.

La frase ridícula «te busqué en los ojos de la gente» nunca había encajado conmigo, y al escucharla me daban ganas de vomitar por la cursilería que representaba. Sin embargo, ahí me tenías, buscándote en los ojos de la gente. Ojos verdes, azules o cafés, pero ninguno como los tuyos, de tormenta esmeralda. Algunos rostros en la avenida se parecían a ti, concordaban las cejas, el cabello o la forma de reír. Pensé incluso en acostarme con alguno de esos desconocidos para sacarte de una vez por todas de mi cuerpo.

Llegué hasta el bar de margaritas, ya sin importarme si la policía me buscaba o no. Arturo, el mesero, estaba ahí platicando con sus compañeros cerca de los baños, no creí que me ubicara. Reían a carcajadas vulgares de los chistes corrientes que les contaba una mujer subida en la barra, con las piernas cruzadas que dejaban ver sus bien torneadas piernas debajo de su bronceado artificial. Seguro esa noche alguno se acostaría con ella. O algunos. Arturo estaría en la lista, porque era el más cercano a ella. Un comensal lo llamaba con insistencia con la mano, pero Arturo ni siquiera lo volteaba a ver, estaba hipnotizado por los senos que se marcaban debajo de la playera y cuyos pezones evidenciaban que nada los sostenía.

Pedí una bebida en la barra y me senté afuera, en donde tomaron el video de Ian y donde no había tanto ruido. Desde ahí podía ver la infinidad de luces encendidas, a un hombre con un cartel gritando que Jesús era la salvación y a un taxista peleando a gritos con una señora que chocó su auto por atrás, aparentemente por irse maquillando. La cajuela del taxi estaba destrozada y el hombre casi lloraba acariciándolo.

Fumando y dando pequeños sorbos a mi cerveza helada en aquella sofocante alba, chequé los celulares, el tuyo y el de Ángeles. No había gran cosa, el tuyo ya lo conocía de memoria, ahora faltaba el de ella. Después de vagar un rato por sus simplones y pocos archivos, entré a su Facebook, cuya cuenta estaba abierta. Pedí otra cerveza oscura y fría. Como una ladrona, espié en sus mensajes. Había algunos tuyos citándola en el hotel, diciendo que tenían sólo un rato porque yo había salido. Qué cuánto te cobraría esta vez. O sea que era cierto. Te había cobrado por coger. No comprendía por qué harías algo así, de verdad no me cabía en la cabeza. Mi sentimiento de odio por ti cambió a lástima y tristeza. Estábamos juntos, el sexo era fabuloso, nuestras vidas eran «felices». ¿Por qué? La estúpida pregunta que todo el mundo alguna vez se había hecho. El jodido «por qué».

Entre las fotografías ocultas de Ángeles, encontré unas con Ian. Algunas eran *selfies* donde él sonreía, quizá eran las primeras y por eso él era amable, y otras donde claramente huía de ella.

En una carpeta secreta hallé otra de Ian desnudo en un auto y otra donde aparecía ella sobre él, como si estuvieran cogiendo. Con una punzada en el estómago, la amplié y la vi con detenimiento.

Seguro que la estúpida de Ángeles había visto su «aura azul» muy de cerca. Hasta atragantarse con ella.

De reojo vi que la mujer de la barra ya se había ido y que Arturo hacía un par de llamadas en su celular mientras me miraba. Quizá me había reconocido y llamaba a la policía. O quizá no estaba en un programa como *La Ley y el Orden* y yo ya estaba alucinando… de nuevo.

La Navidad se acercaba de forma amenazadora para aquellos con almas solas. La música festiva y los «jo, jo, jo» flotaban en el ambiente como humo nocivo. Las luces de los árboles recién armados se confundían con las luces que hay normalmente. Había

listones rojos, dorados y verdes con muñecos de nieve falsos, como todo en Nevada.

Volví a la fotografía. No, no lo estaban haciendo. Más bien Ángeles estaba sobre él, en una pose falsa, con el trasero aguado y desnudo levantado, usando su mano para que se viera bien el rostro drogado de Ian. Lo que ella obviamente no sabía, era que él tenía el sueño ligero y se despertaba a la más mínima provocación, con cualquier luz. Dormía unas tres o cuatro horas diarias porque su cerebro jamás dejaba de trabajar, y sólo lo lograba con pastillas para dormir cada vez más fuertes. Era imposible que lo hubieran pillado dormido en un auto sin que él se diera cuenta. Lo habían drogado, tal vez en este mismo lugar.

No reconocí el auto ni el estacionamiento. La fotografía la había tomado alguien más, de seguro tú, Noah.

La cerveza llegó, Arturo me la dio y, al hacerlo, acarició mis dedos acercándose a mí para decirme algo. Retrocedí por instinto.

—¿Qué quieres? Aléjate. No te me acerques —dije y me levanté.

—No, espera —me jaló del brazo.

Me zafé a punto de gritar por auxilio, paranoica. No le importó, se acercó a mí lo más discreto que pudo y me dijo al oído «huye».

Luego entró al bar.

Pasaron unos segundos antes de que reaccionara. Intenté dar un paso y luego otro, pero el lugar entero bailaba a mí alrededor.

Aunque traté de sostenerme en una mesa, no lo logré, mi mano pasó de largo y luego mi cabeza se estrelló en el piso.

Lo último que alcancé a ver fue el rostro de Román en cuclillas junto a mí, murmurando «lo siento, cielo».

15

Desperté en una cama, o eso parecía. Estaba sobre un colchón cómodo, me hundía en él. La jaqueca me perforaba la cabeza y la visión. Intenté abrir los ojos, pero no vi más que el aura con sus inexactos rayos de luz invadiendo mi campo visual. Las sienes me martilleaban sin piedad y el rostro me cosquilleaba, me sentía atontada. No conseguía mover mi lengua, pastosa, o articular alguna palabra con sentido.

Traté de mover las manos, pero estaban atadas en mi espalda. Daba lo mismo, las hallé tan dormidas como mi cerebro.

Escuché pasos cercanos y discretos, como si no quisieran despertarme. Alguien me ofreció agua, la sentí en los labios y los abrí por instinto. Sentí cómo el líquido pasó por mi garganta seca despegándola, raspándola como lijas, y mi corazón bombeó de nuevo.

Quise decir algo que sonó a un gemido.

Abrí los párpados que se resistían a obedecerme, eran dos persianas descompuestas. Alcancé a reconocer la masculina voz de Román hablando por teléfono.

—Sí, Mia está aquí, conmigo. Está segura, gracias por todo. Dejé tu cheque en tu casillero… Gracias Arturo, y por favor, olvídate de nosotros.

Colgó.

Me moví de nuevo. Mis pestañas estaban pegadas por el rímel que se había corrido como pegamento sobre ojos y mejillas.

Román me limpió el rostro con un pañuelo húmedo. Pude reconocer el olor de la loción que usaba desde que lo conocí, años atrás, cuando era mi mejor amigo, mi confidente, incluso mi amor secreto.

—¿Por qué…? —fue lo único que salió de mis labios.

No respondió, se acostó y me abrazó y de nuevo caí en un profundo sueño, por cansancio o por las drogas, no lo sabía ya.

Soñé que estaba contigo, manejando hacia Puebla. Yo iba al volante, reíamos y cambiabas la estación del radio. Estaba muy feliz.

Algo decíamos sobre el futuro, los hijos, la carretera. Los árboles parecían difuminarse en el camino; más adelante había una vereda rocosa. Atrás, todo desaparecía a nuestro paso.

De pronto me di cuenta de que nos seguían sombras de hombres que iban corriendo junto al automóvil. No veía sus rostros, pues corrían con rapidez. Nos alcanzarían y ya no estabas ahí, el asiento estaba vacío y en la radio sólo se escuchaba estática. Por el retrovisor, noté que Ian me acosaba con miradas acusatorias. No, Ian, ya no más, por favor.

Al frente apareció una pared en la que me estrellé y no vi más que cadáveres cayendo en un profundo pozo. Sentí la piel de los muertos pegajosa y violácea. Estaban desnudos. Sus pies, manos, rostros, falos y lenguas se movían como lentos caracoles esparciendo su saliva por el piso, arrastrándose con lentitud.

No había escapatoria, tarde o temprano me encontrarían.

Abrí los ojos. La migraña estaba desapareciendo. Me cubrían unas cobijas y un edredón blanco y tibio. Pensé que estaba en casa de mi mamá, que ella entraría en cualquier segundo a darme un té para la gripa, como cuando era niña y me dolía la cabeza.

No tenía idea de cuántas horas o días llevaba en esa posición.

Logré enfocar el techo, el espejo frente a mí y el cuarto de lujo.

Alguien jaló la cadena del inodoro y abrió la llave del lavabo. Intenté zafarme y, para mi sorpresa, ya no tenía las manos atadas y estaba vestida con un pijama confortable de algodón, también blanca. Esto era demasiado. No pude imaginar quién me había cambiado. Qué vergüenza. Sentí el sabor del vómito en la boca, pero no había rastro de él en la ropa o en mi rostro.

Aún mareada, puse mis pies en el suelo, sin levantarme del todo de la cama. Me costaba trabajo sentir el piso en mis plantas, pues estaban dormidas.

Román salió del baño secándose las manos con una toalla blanca. Me miró sorprendido y nervioso.

—Por favor cielo, no te levantes —dijo acercándose con cautela hacia mí, como si yo fuera un animal rabioso o algo así.

—Román… ¿qué pasó? ¿Qué hacemos aquí?

Por unos segundos creí que eras tú, pero su «cielo» me llevó de vuelta hacia su imagen.

Se sentó conmigo y por instinto me recargué en su hombro.

—Perdóname, cielo. Todo estaba fuera de control y tuve que traerte aquí, sabía que no accederías, así que…

—Me drogaste —dije y me separé de él.

—Lo siento.

—¿Por qué? ¿Qué me hiciste? —miré mi ropa con horror.

—No, por favor, todo fue para protegerte, no pienses mal de mí, corazón. Sabes que yo sería incapaz de lastimarte.

—¡Me drogaste! ¡Me secuestraste!

—No… Bueno, sí. Pero no es lo que piensas. Es que…

Lo aventé y pretendí levantarme, pero caí en el piso. Supe que el dolor en mi rostro no era por una migraña, sino por el golpe que me había dado en el bar. Mis piernas no respondían con rapidez, así que, patéticamente, me arrastré hasta la puerta.

Román permaneció sentado, mirándome. Llegué y, apoyándome en la manija, me levanté. Estaba cerrada con llave. La golpeé.

—¿Por qué, Román? ¿Dónde estamos?

—En un lugar seguro para ti.

—¡Déjame salir!

—No puedo.

—¡Déjame salir!

Golpeé la puerta una vez más, gritando, llorando.

—Escucha, Mia, por favor...

—¡No! ¡Estoy harta de escuchar! ¡No!

Se acercó a mí y le di un puñetazo en el rostro que lo hizo caer. Me miró como nunca lo había hecho en todos estos años de amistad mientras se sobaba la mandíbula y escupía sangre, con una mezcla de miedo y lástima.

—Escucha, tranquilízate.

¿Tranquilizarme? ¿Así nada más? Volteé a todas partes; no había ventana para salir y no era capaz de tirar la puerta.

No vi otra opción: me encerré en el baño sin que Román pudiera impedirlo. Me acurruqué debajo del lavabo, abrazando mis piernas. Ni siquiera sabía qué pasaba, pero estaba aterrada, nerviosa, llena de tristeza. Afuera, Román hablaba. Poco a poco se fue sentando recargado en la puerta que ni siquiera intentó abrir.

—Te traje aquí para protegerte. Te metiste con gente que he estado investigando desde hace tiempo —encendió un cigarro—. Te traje aquí porque me importas y te quiero.

—¡Eso no es verdad! —le grité llorando—. ¡¿Cómo puedes decir que me quieres y tenerme aquí sin decirme qué pasó?! ¡Yo te quería! ¡Eras el único en quien confiaba! ¡Lo único que me quedaba!

—Yo también te quiero, Mia. Nunca he dejado de preocuparme por ti. Pero esa gente es peligrosa y ésa era la única forma en la que vendrías para dejarme protegerte. Por favor, cálmate.

—¡No!

No. La única palabra que me venía a la mente. No. Nada de eso era posible. No.

Odié a Ian. Si él no hubiera muerto, nada de esto habría sucedido. Estaríamos juntos en alguna isla, desaparecidos del mundo, empiernados. No.

No supe en qué momento Román había dejado de hablar. Escuché murmullos, voces de hombres. «Mia, Mia, ella fue, asesina, no, ella no. Mia». Tampoco me enteré cuando abrió la puerta de la habitación. Los murmullos se convirtieron en gritos y entonces, de entre todas, reconocí tu voz, Noah.

—¡No finjas, Román! Siempre fuiste tú… ¡Mataste a Ian! —le decías—. ¡Y ahora quieres matar a Mia!

—¡Eso no es cierto!

Se escucharon golpes, muebles rompiéndose, un disparo, gritos, otro disparo. La cabeza me punzaba como si la golpeada hubiese sido yo.

Con cuidado, oscilando, abrí la puerta del baño. Ahí estabas, con una pistola en lo alto, apuntando aún hacia el cadáver de Román, quien estaba tirado junto a la cama blanca salpicada con su sangre tan roja.

No me mirabas, tenías la vista fija en él y la boca abierta. Apretaste con fuerza la pistola hasta que tus nudillos estuvieron blancos. Casi no respirabas. Con cuidado, me acerqué a ti.

—Déjalo… Ya… ya se acabó.

Tomando tu brazo lentamente, te ayudé a bajarlo y te quité la pistola. Me miraste.

—Estás bien. Mia, te amo. Estás bien —me abrazaste llorando

como niño en mis hombros.

Te abracé en automático, viendo con horror cómo se desangraba el cuerpo de mi mejor amigo y del asesino de Ian.

Te solté y caminé hasta Román. Intenté buscar su pulso, pero no existía. Le habías dado justo en medio del estómago, y la sangre había dejado de salir después de parecer una fuente. Tenía los ojos abiertos en expresión de asombro y la boca torcida hacia el lado izquierdo, hacia donde su cuerpo había caído. Le cerré los párpados en un acto de compasión y me di cuenta de que su pistola no estaba en su cinturón. No sé cómo se la quitaste y disparaste con ella.

Los muebles estaban volteados y las lámparas rotas, y había marcas de una pelea en la pared. En la cama estaba el rastro del otro disparo. Ignoraba cuánto tiempo había estada encerrada en el baño para que todo eso sucediera. Puse mis manos sobre mi cabeza. Lo estaba imaginando todo. O no, y Román sí estaba muerto.

—¿Dónde… dónde estamos? ¿Es una fantasía? ¿Esto existe de verdad?

—En una habitación de seguridad que este pendejo ya tenía preparada para ti. Quién sabe cuánto tiempo llevaba en Las Vegas y cuánto tiempo te había seguido. Con tu celular localicé el mío, y vigilando el lugar supe que estabas aquí. Supe que él te tenía.

Tu explicación no era muy lógica, pero no me importó. Miré tus ojos hechos agua y me tranquilicé un poco. No dejaría ahí el cadáver de Román, pero ¿qué más podía hacer? ¿Cargarlo para meterlo a la cajuela y abandonarlo en el desierto? Pensé en los buitres. Se lo comerían, se darían un festín. Los gusanos acabarían con él. Y también estaban los coyotes. No.

—Mia… déjalo aquí. No hay otra opción. No podemos llevarlo con nosotros. Ni siquiera sabemos a dónde vamos, ¿qué haríamos con un cadáver en el auto?

—No sé. ¿Tenemos auto? ¿De dónde…? No recuerdo. Ayúdame… ayúdame, Noah… No sé qué está pasando.

Salimos al pasillo. Era pequeño y no tenía más puertas. Nos encaminó directamente a unas escaleras de servicio y de ahí a un estacionamiento. No encontré señalizaciones de hotel ni nada.

Por fuera, parecía una casa común y corriente, hasta con falsas ventanas que daban la apariencia de un hogar. Sólo le faltaba el perro en el jardín y el buzón. Incluso tenía un césped bien cuidado.

Pero cuando lo pisé, me di cuenta de que todo era de plástico. Falso.

Me imaginé que la policía usaba este tipo de lugares para interrogatorios, como hogar de gente encubierta o para cualquier otra cosa.

Aún no creía que Román me hubiera secuestrado, que él hubiese matado a Ian.

Lamenté no haber tenido tiempo —ni astucia— para preguntarle por qué lo había hecho. Pero ahí estaba el asesino de Ian, muerto.

Y yo era libre para ser feliz contigo.

16

En el camino a México, decidimos detenernos una vez más, la última, en Valle de Fuego.

Sin embargo, quisiste comer algo antes. Yo no podía, todo me recordaba a la sangre de Román, al rostro de Ian, a ti haciendo el amor con Ángeles y a su cabeza estrellada cual melón en el mosaico de los escalones. Entraste a un restaurante a pedir algo para llevar. Insistías en que debía comer.

El olor de la comida llegó hasta el auto y pareció que mi estómago no estaba de acuerdo con mi ayuno porque de pronto rugió.

Alcancé a ver que el hombre en la caja registradora tenía encendida una vieja televisión, y lo más patético de todo fue cuando anunciaron la película de la muerte de Ian con un tráiler. El protagonista se parecía a ti.

Estaba muy cansada, como si no hubiese dormido en años. Recliné la cabeza en el asiento. En mi alucinación, estábamos en una habitación, en un motel. Gritabas y yo no sabía por qué estábamos ahí. Cuando intentaba alcanzar mi celular, escuché un golpe fuerte que me hizo despertar, alterada.

En la ventana había un niño de unos seis años, hermoso, tan bello que era diabólico. Corrió a confundirse entre las sombras de los establecimientos. Lo llamé con la mano, pero la sombra no se movió, se quedó ahí, mirándome desde la oscuridad.

Salí y me acerqué. El niño no se movió.

Me quedé a un par de metros de él, confundida, sin saber si era un sueño o si era verdad. Di un paso más, quizá dos. Alcancé a ver que la sombra pequeña respiraba. No veía su rostro por más que la luna intentaba dibujarlo.

Escuché pasos detrás, y cuando miré de nuevo, el niño había desaparecido en una iglesia. Entré y vi con curiosidad los ojos de vidrio de un enorme Jesús sangrante. Había una señora sentada

frente a él, llorando, cubierta por un manto negro de pies a cabeza. Sólo se escuchaba un sollozo profundo y el rezo apresurado de sus labios.

—Padre nuestro que estás en el cielo, santificado… —su voz retumbaba hasta lo alto. Noté lágrimas y sangre. No, no podía ser. Me acerqué un poco más, pero sí, en sus manos que limpiaba con fervor, había sangre y heridas. Sangre negra, de lodo. Lenta al caer.

Es curioso cómo la gente puede creer en una estatua, que bien podría ser una escultura de cualquier cosa, y rezarle. No sabía cómo esos ojos terribles de muñeco y la sangre pintada en el santo podían producir tal efecto de fe, esperanza o pavor —lo que me provocaba a mí— en la gente. ¿Qué tenían de especial las manos que los habían esculpido? ¿O era por la altura de la iglesia, en donde rebotaban los pecados hacia ellos? ¿Era intencional el acomodo de las figuras para que los pasos resonaran en el mármol del piso y así pareciera que ellos te miraban pasar? Tal vez era esto último. Como los muñecos que tenía de pequeña, estos también parecían tener vida con esos ojos horribles. Quizá la gente se arrodillaba frente a ellos porque no les quedaba de otra, porque les temían y no querían que por las noches se levantaran y fueran por ellos. Debía ser espantoso estar dormido, escuchar ruidos debajo de la cama, asomarte y hallarte frente a frente con uno de esos santos arrastrándose debajo de la cama para llevarte directo al infierno. No, no hay que arriesgarse, mejor les rezamos, no vaya a ser la de malas.

En todo aquello estaba mi mente cuando un olor entró al recinto. Era algo entre madera y sudor dulzón. Volteé y me encontré con una barba descuidada, una boca parecida a la tuya, pero con las comisuras tristes, y unos ojos vivos que parecían acariciar todas las texturas con su mirada. Bien podría pasar por un golem que encontraba a sus hermanos en esas piedras. Miré con temor cómo los dedos pegajosos y sobrenaturalmente largos de Ian se posaron en las paredes mientras susurraba algo al hacerlo, como si hubiera salido de su cueva por vez primera. Iba descalzo y dejaba sus huellas marcadas en todo, marcas de sangre y fango. Luego vio los arcos, las estructuras, el altar. Pasó junto a mí y pensé que seguiría de largo, pero se sentó y habló.

—Si te fijas bien, esa columna sí sostiene al techo, pero esa otra

está sobre puesta —señaló a la izquierda, arriba—. ¿La ves, Mia?

Nunca me había dado cuenta.

—Sí, la veo.

Ian siguió caminando con rapidez, cual araña, con las manos y los pies adheridos a las paredes hasta llegar al techo. Volteó su cabeza ciento ochenta grados hacia mí y escupió barro en mi mejilla. No tenía pupilas, y su lengua tan larga que desde su altura la sacó y alcanzó a lamer mi rostro. No me moví por el terror que sentía.

El Cristo al frente lloraba por su linaje, y del suelo surgió un líquido color escarlata. Me subí a una banca por miedo a mancharme, pues la iglesia se inundaba. Lo que empezó como un charco después fue un río coagulado del cual salían manos que intentaban llevarme con ellas; la corriente las jalaba hasta el fondo de la sangre. Era un maldito infierno.

Tu voz buscándome hizo que Ian desapareciera. A lo mejor se coló entre los pecados que ahí se escondían.

Cuando busqué a la señora que rezaba, noté que había desaparecido, pero aún escuchaba su oración casi imperceptible.

No había sangre en el piso y el Cristo no lloraba, tenía el rostro triste de siempre. No había manos o dolor en aquel recinto abandonado.

—¿Mía? —entraste ignorando la cruz y los santos, lamiendo un helado—. Vámonos.

—Es que… No me siento bien —me senté recargada en una columna—. Me llaman, veo a… Veo cosas que no sé si están ahí. Necesito mis medicinas. Vamos a una farmacia.

—No creo que las necesites —hablabas mientras comías el cono de galleta—. Estás bien, siempre lo has estado. Fue Ian quien te convenció de ir al loquero y ellos te mintieron dándote esas pastillas, sólo querían cobrarle, nada más querían ganar dinero. Lo que pasa es que eres adicta a ellas y ahora te estás desintoxicando. Vámonos, este lugar se va a caer de viejo.

—No. En serio las necesito, me duele la cabeza, y las voces y las pesadillas no terminan… Las veo en todos lados. Al niño, a la señora.

—No sé de qué me hablas —el helado escurrió por tu barba y desapareció. Dudé si eras tú o no, si eras real. Te toqué con cuidado

y luego me aferré a tus piernas.

—Ayúdame, por favor. Ayúdame.

—Ven —me tomaste por el codo y me levantaste. Los rezos me perseguían desde todos los rincones de la iglesia, volviéndose oscuros y satánicos. Veía hacia todos lados: ahí estaban las columnas que nos sostenían, los pecados, la fe e Ian—. En el auto te sentirás mejor.

Llovía mientras manejabas comiendo una hamburguesa con mucha, demasiada carne casi cruda. Vi las gotas caer y suicidarse sobre todas las cosas: techos, campo, árboles. No pude ver más allá porque la tormenta arreció. Parecían mil aplausos del cielo contra la tierra. Me asomé por la ventana y parecía que lloraba, era como si todo mi cuerpo fuera de lluvia. La tormenta no paraba por dentro ni por fuera. No sabía de dónde salían tantos sollozos, brotaban como el vapor de las nubes, y quien me viera me confundiría con una mujer que llovía. Que llovía por su encierro y por la soledad, porque necesitaba ser libre desde adentro. Porque se había perdido en un mar de reproches y gritos. Porque creía que todo lo que hacía o decía sería juzgado, y eso era verdad.

Ella lo sabía, abrazaba sus muslos tibios y recargaba su frente en la ventana. Cerró los ojos invocando a su amor. Quería que apareciera en ese momento, que la rescatara Ian, que fuera algo real y que no la lastimara. Ya no quería ser una herida ambulante.

Qué jodida estaba.

—Y cuéntame, Mia, ¿qué pesadillas has tenido? ¿Qué recuerdas? Confía en mí.

—Pues de todo. Fantasmas y con… —evité nombrar a Ian—. Contigo.

—¿Conmigo? Debería ser el hombre de tus sueños, no el de tus pesadillas —bromeaste.

—Lo eres —te besé en la mejilla—. No sé, desde lo de Román… sueño que estamos en una habitación, que gritas y golpeas, que te pones todo loco… No tiene conclusión el sueño, sólo son pequeños cortometrajes, ¿me explico?

—Sí —te quedaste serio—. Sabes que sería incapaz de lastimarte. Jamás lo haría.

—Claro —recordé lo de Ángeles, el dinero y el chantaje a Ian. Y me sentí una pendeja—. Serías incapaz —repetí como el eco que

devuelven las montañas a las que nos acercábamos—. Con la excepción de revolcarte con Ángeles, ¿cierto?

—Eso fue… un error… garrafal, y lo siento en el alma. Pero hablemos de otra cosa. Por favor, hablemos de eso en otra ocasión. Esto ya es muy incómodo. Mira, nunca te lastimaría a propósito. Ahora sólo te puedo decir que confíes en mí.

—Yo… confío en ti. Claro —sí, cómo no.

Acampamos en Valle de Fuego por un par de días. Estaba muy débil, no podía seguir en el auto. Me vibraba todo el cuerpo, incluso la lengua. Me costaba mucho levantarme para caminar, mover las piernas y los brazos. No quería hacer el amor contigo, sentía el sexo destrozado, como si me hubiesen llenado con ácido la vagina. Estaba irritada y no soportaba ni siquiera el roce de la ropa.

Mis visiones sobre Ian no se habían detenido, pero no te había dicho nada. Lo veía en todos lados, cada vez más: su rostro escupido en las rocas; mientras manejaba, él iba sentado en el asiento trasero con nosotros; al dormir, siempre me acompañaba en sueños y, a la lejanía, lo identificaba en las caras de las personas.

Las pesadillas eran peores, Román se colaba de vez en cuando y ahora tú estabas en ellas todo el tiempo. Te veía violándome, gritando, con un rostro de furia atroz en mi contra, uno que supuestamente no existiría en ti. Me secuestrabas, obligándome a acostarme contigo amarrada, hasta que me desmayaba por tantas cosas que metías en mi cuerpo.

Todo ese tiempo acampando me cuidaste mucho, pidiendo perdón. En mi interior seguía responsabilizándote por el aborto y por las mentiras que me habías dicho respecto a Ángeles y a todo lo demás, pero no quería hablar al respecto. No quería hablar de nada. Ahora que sabía que Román había matado a Ian, parecía que mi vida no tenía sentido. Encima, lo extrañaba. Como una película —ahora de terror—, veía nuestros momentos como amigos y hermanos. Y en ti, a alguien que podía matar y ni siquiera mencionarlo.

Poco a poco fui mejorando, sintiéndome más viva. No pasaron tantos días, aunque en mi interior sentía que habían sido años.

Un día me levanté con el frío colándose desde mis pies hasta mi garganta. Junto a mí estaba tu discreto olor a tierra húmeda, a yerbas empapadas por la lluvia. Casi juré que esos ojos verde

océano estaban escondidos en algún lugar de la oscuridad de tus sueños. Y con ese sentimiento de saberme amada y observada, me despojé de la bata que se deslizó al suelo sin hacer un solo ruido.

Tomé el termo y lo llené afuera con agua de lluvia.

Lo llevé a mis labios, desnuda, y sentí lo frío en la punta de la lengua. Tu olor me perseguía penetrando mis labios. Estremecida, casi solté el vaso con un ligero gemido. Lo dejé procurando no hacer ruido, pensándote detrás, besando mi cuello y espalda, rozando con tu cabello rebelde mi piel mientras tu lengua se deslizaba por mi palidez hasta bajar a mis piernas y abrirlas.

En medio de tu sueño te despertaste, parecías angustiado por mí. Algo ibas a decir, pero te cerré la boca con un dedo en señal de silencio. Obedeciste. Tomé tu mano y sellamos de nuevo la tienda. Tú, sorprendido —pues unos días antes te juré que nunca jamás volvería a tener sexo contigo, que no me sentía capaz de amar—, te quedaste estático, viéndome y sonriendo un poco.

Me fui sobre ti violentamente y metí la lengua dentro de tus labios, tus manos me cargaron de la cintura, sosteniéndome. Puse mis manos en tu cuello, quería asfixiarte bebiéndome completo el mar de tus ojos. Apreté las piernas para no caer a pesar de estar abrazada y abierta a ti, y me lamiste con una fuerza que sólo podía provenir del brutal e irresistible infierno, estabas alimentando su hoguera de pecados de lujuria y gula. Tiré de los mechones de tu cabello. Con los labios y la lengua chupabas con voracidad mi sexo caliente y espeso, y yo hacía lo mismo con tu verga estremecida, con ganas de sentirla dentro ya. «Eres mía. Mía. Mía», susurrabas.

Acostados cuerpo contra cuerpo, alcé las piernas colocándolas sobre tus hombros, pero resistiéndome en un juego absurdo. Las abrías más, con fuerza, y me oponía, mordiéndote. Quería que me violaras, estaba lista para ser mancillada por ti. Y humillarte impidiéndotelo. Encontraste rápido la entrada a mi tibia y empapada cueva. Empujaste más y me ardía, pero era un dolor agónicamente placentero. El calor subía por mis piernas, era una serpiente reptando en el alma. Mordí tus labios y tuve tu sangre en mis dientes, y esparcí ese sabor en mi lengua al limpiarte el sudor, agarrada con fuerza de tu cabello. Me pellizcabas la piel entre tus dedos, dejándome amoratada.

Nos agitamos con espasmos al mismo tiempo mientras mordías

mi cuello, gritando en nuestro mundo secreto.

Al terminar, frunciste el entrecejo, viéndote más bello que nunca.

—Mia… Mía —continuaste mezclando mi nombre con tu deseo —. Ven. Caliéntame.

Te abracé. Te quedaste dormido de inmediato, y sin una meta fija, decidí que tenías razón: nos escaparíamos de todo el horror. Iríamos a donde fuera. Perdoné en mi cabeza lo de Ángeles, el chantaje, todo.

Finalmente eras lo único que me quedaba.

Al día siguiente saliste a comprar algo de despensa para irnos de una vez por todas, y te encargué mucho mis medicinas. Te dejé ir mientras veía cómo el automóvil se alejaba, aislándome en la tienda del calor que emana la tierra cuando llueve.

Encendí un cigarro viendo las gotas, buscando algo qué leer. Encontré tu visa enredada en tus cosas, casi escondida; sonreí cuando vi tu fotografía horrible: un ojo más cerrado que el otro y la boca torcida; los sellos de aduana e inmigración.

Habías estado aquí antes.

Precisamente los días que estuvo Ian.

La puta de Ángeles había dicho la verdad. Ya había pensado en eso, pero en ese instante me tomó por sorpresa unir los puntos.

Encontré también mi celular. No tenía pila, pero lo conecté a la batería portátil y de inmediato apareció la típica manzana en la pantalla. En los mensajes no había nada nuevo, y en la papelera encontré los que supuestamente le envié a Román. Jamás salieron de mi correo, ¿entonces cómo llegó hasta acá?

El celular captó una señal débil y me llegaron mensajes directos de Facebook. Entré a los más recientes sin leer. Había un mensaje de Karla, la misma que me había bloqueado: «Mia, lo pensé mejor. Si me pasas tu teléfono, podré responderte tus dudas».

De inmediato le escribí mi número y un «gracias» seco.

Pensé en Román encendiendo un cigarro de mota. Mi amigo. Cuántas muertes innecesarias. ¿De quién quería protegerme, de Héctor?, ¿de mí?

Justo cuando le di el último jalón al cigarro, llegó otro mensaje de Karla.

«Te estoy intentado marcar, pero no entra la llamada, te paso mi

número…»

Le llamé con el corazón temblando. Me respondió una voz sensual, ronca pero triste a la vez.

—¿Mia?

—Hola, Karla. Disculpa que te moleste.

—¿Qué quieres?

—Esto va a sonar raro, pero es acerca de Noah, eres su exnovia, ¿cierto?

—¿Estás con él? ¿Está ahí?

—Ahora no, pero… si te refieres a si está aquí en este preciso instante, pues no.

—Bien…

—Yo… sólo… Me dio curiosidad saber por qué terminaron. Hemos tenido algunos problemas y pensé…

—Escúchame bien, no sólo terminamos… él no puede acercarse a mí, tiene una orden de restricción.

—¿Cómo? ¿Por qué? —comencé a recordar mis pesadillas contigo, Noah. La habitación, tus gritos.

—Noah y yo jamás fuimos novios. Está loco. Tienes que alejarte de él… —dudó, pero luego no pudo detenerse—. Me acosó por años, al principio era algo inofensivo, lo encontraba afuera de la escuela de mis hijos o en el supermercado. Vivíamos muy cerca, éramos vecinos, así que no le veía nada de extraño. Hasta que un día me di cuenta de que en sus redes sociales yo aparecía como su novia y mis hijos como suyos; me enviaba cartas, que aún guardo por protección, pidiéndome tener un hijo, jurándome que sabía que yo lo amaba. Y un día entró a mi casa… Intentó… intentó violarme… me rompió la nariz con su cabeza «para que aprendiera» y me dejó inconsciente. Robó algunas cosas, dinero y fotografías. No te conozco, pero si en verdad eres su novia, es mi responsabilidad advertirte: si en algo valoras tu vida, tienes que alejarte de él.

—Yo… te lo agradezco, pero debes estar equivocada. Quizá no eres la persona a la que intenté contactar.

—Si eso quieres creer, adelante… —la interferencia impidió que escuchara el resto, sólo hasta el final alcancé a oír su voz—. Aléjate de él. Y también de mí. No vuelvas a llamarme. Ese hombre está loco, intentó acabar con mi vida y casi lo logra. No me vuelvas a

buscar —y colgó.

Caminé alrededor de la casa de campaña, intentando identificar el tono de la voz de Karla. Antes de entrar, me detuve en seco: era miedo. Lo que escuché en la voz de esa mujer era un pánico terrible.

Mis manos temblaban y mis labios se durmieron, cosquilleando. Las voces se incrementaron; miraba a todos lados perseguida por ellas. ¿Había sido real? ¿Karla en verdad existía o lo había imaginado?

El doctor me dijo que cuando creyera tener alucinaciones o no lograra distinguir la realidad, meditara. Así de simple: que me sentara a escuchar mi respiración y a concentrarme en ella hasta que me calmara. Así lo hice. En flor de loto, mirando el paisaje.

Después de unos minutos me sentí más tranquila y pronto comenzaron a aparecer las imágenes en mi cabeza: Noah amarrándome en la habitación del motel lúgubre, Noah adentro de mí mientras estaba medio inconsciente, Noah cargándome. Tú me habías violado, me habías golpeado la cabeza y me habías cargado del bar al motel. No fue Román, fuiste tú.

Mi celular vibró.

En la pantalla apareció el nombre de Román.

—¿Hola?

—¿Cielo? —la interferencia y la escasa señal sólo me daban por respuesta un horrible sonido—. Buscándote…

—No… no te escucho… ¡¿Román!? No te vayas, estoy en Valle de Fuego, ¡Román! ¿Me escuchas? Estoy en…

Se cortó la llamada. Revisé el aparato. No había más señal, esa había sido la voz de Román desde su celular en México. ¿Cómo era posible? Vi su cadáver, le cerré los ojos, ¿o no? ¿Entonces de quién era ese cuerpo?

Intenté llamar sin éxito.

Hallé en el celular fotografías en donde me seguías: en el hotel feo donde me escondí, comprando las pruebas de embarazo, con Ángeles y hablando con el mesero del Paris. Había acercamientos, panorámicas y varias consecutivas. Toda una galería de mis gestos que ni yo misma conocía. En tu mochila había algunas impresas y recortadas en la zona de mi boca, con los ojos rayados y señas obscenas en todas ellas.

Román ya no estaba. Ahora de verdad estaba sola contigo y nadie podría ayudarme.

Salí con el celular y la batería portátil a buscar señal. La encontré cerca del estacionamiento. Marqué de nuevo con el corazón latiéndome en todo el cuerpo.

—¿Román?

—¡Mia! Ya te escucho mejor, te preguntaba dónde estás, para ir por ti.

—Román, estoy en Valle de Fuego, pero tú… tú estás…

—Estoy en México, pero déjame ir por ti, te lo suplico. Ya no puedes estar más tiempo sola… Ya tenemos los resultados de las huellas digitales, pero debo hablar contigo acá, es muy importante… —más interferencia—. Toma tus cosas y…

Mi cuerpo oscilaba de adelante hacia atrás, y sentí en la cabeza un dolor vibrante.

—Pero tú estás muerto —un silencio que se prolongó más de lo debido me puso más nerviosa—. Román, ¿sigues ahí?

—Corazón, ¿te estás tomando el medicamento?

—Yo te vi morir. Yo toqué tu sangre y te cerré los ojos. Tú… tú… querías salvarme y no pudiste…

—Cielo, ¿quién me mató?

—Noah, con tu arma.

—Yo no uso armas desde hace años, desde el accidente, ¿recuerdas?

No lo recordaba. Ésta podía ser una alucinación al igual que las voces e Ian, y como ahora lo era toda la vida. Con lentitud, colgué el teléfono.

En la tienda de campaña, sin saber bien qué buscaba, revolví todas tus cosas, examiné tus dibujos en las libretas, busqué en los bolsillos de tu ropa y adentro de tus zapatos hasta que ahí, en ese improbable lugar, hallé las pastillas perdidas casi desde el inicio del viaje.

Saqué algunas guardándolas con celo y tomé mi dosis, esperando que hicieran magia y que el efecto fuera inmediato. No sucedió así, aunque me sentí más tranquila.

Intenté quitar la bruma de mis pensamientos. Todo encajaba.

Habías matado a Ian.

Cuando volviste y hallaste tus cosas en su lugar, no soporté que

te me acercaras. Quería aprovechar la oportunidad para someterte, fingir que no sabía nada, pero notaste algo raro en mí porque después de hacer el amor de esa forma la noche anterior y de haberme visto desprotegida y sentirme cuidada por ti, ahora te rechazaba.

—Lo siento, Noah. ¿Trajiste mi medicamento?

—No lo encontré —negaste con la cabeza—. Y mira que fui a cuatro farmacias y nada. Pero oye, no lo necesitas. Me tienes a mí. Siempre me tendrás y yo te cuidaré. Ven —besaste mi cuello y mis senos. Me aparté de nuevo.

—Es que… creo que voy a tener mi periodo.

Irónicamente, la sangre era algo que te ponía muy mal. Eran días en que por cualquier pretexto no te acercabas a mí. Así que no tuve que decir más. Saliste a hojear una novela mía que jamás habías leído. Era de asesinatos: una mujer se empeñaba en matar a su exesposo y quería encontrar la manera perfecta para hacerlo.

Ya había escrito tanto sobre muertes que me creía una experta, pero vivirlas y verlas era muy distinto. Aunque la teoría ahí estaba. Había estudiado criminología un rato con Román. Sabía localizar las huellas, cómo asfixiar, encontrar los puntos que más dolían, las técnicas de reconocimiento, etcétera.

Román. Qué sería de su cadáver, ¿lo habrían encontrado ya, con mis huellas por doquier? ¿O seguiría pudriéndose ahí por tu culpa, maldito asesino de mierda?

O tal vez el que me llamó sí fue él desde México, y yo sólo había tenido un brote psicótico y su cuerpo no estaba en descomposición, sino enfrente de su escritorio en el ministerio público escuchando las quejas de dos vecinos peleándose por el lugar del estacionamiento.

No, no más pensamientos del pasado. Debía enfocarme en ti. Eso era lo que siempre habías querido durante toda la vida, que me encauzara a ti, que me obsesionara contigo como lo estaba con Ian, que te escribiera novelas, que te dedicara películas, que todo lo que ocupara mi mente fueras tú.

Bien, maldito psicópata, te creías muy cabrón, pues ahí estaba: ahora ocupabas cada minuto de mi vida. Quería ver cómo te retorcías en el infierno.

Te alcanzaría ahí para torturarte una puta eternidad.

Estaba enamorada de ti. Pero tal y como estaban las cosas, me haría mucho daño meter por la fuerza mi alma retorcida en la tuya, que estaba mucho peor.

Me asomé para ver cómo leías tu muerte. Porque mi plan era imitar uno de los asesinatos realizados por mi personaje, pues estaban muy bien planeados, corregidos y estudiados, y aplicarlo en ti. Si uno no funcionaba, probaría otro y otro hasta verte bien frío.

Pero ya no estabas en el mismo sitio.

Mi ejemplar abandonado en una roca era lo único que vi. Y sobre él había una hoja, la del final, arrancada con furia, y sobre el cual estaba una frase rayoneada con fuerza: «Sé que lo sabes».

Mi corazón se agitó con fuerza hasta el estómago. Fue algo chistoso, porque creí que ya no volvería a latir así.

Era hora de hacerle caso a Arturo y huir.

Corrí a la tienda de campaña por las llaves del auto, pero habían desaparecido.

No había más campistas alrededor y la tarde se acercaba detrás de las montañas, una tarde ámbar con tintes amarillos y rojos.

Fui a la tienda para buscar mis botas y caminar hasta la caseta de entrada. Sólo eran unos kilómetros, y el lugar era tan grande que no me encontrarías nunca.

Ya con las botas, emprendí mi camino, primero caminando, viendo a todos lados, encontrando tu amenaza en cada sombra que se movía al paso de los minutos reflejada en la tierra, y luego corriendo, con el alma en la garganta y las voces persiguiéndome.

La noche llegó antes que yo a la caseta. El frío me llenaba los pulmones y mis dedos se congelaban con rapidez. Estúpido desierto.

Detrás de mí, un hombre caminaba aprisa, acercándose.

No había comido en los últimos días —¿o semanas?—, quizá mi cerebro ya no trabajaba bien, pero con claridad vi a esa sombra venir hacia mí de una forma sobrenatural, casi podría jurar que sus pies flotaban. Deseé con todas mis fuerzas que fuera Ian. No conseguiría correr más, lo intenté, pero ni mis piernas ni mis pulmones me respondían. Después de un calambre que no pude controlar, volteé. No había nadie ahí. La sombra había desaparecido.

Cojeando, intenté llegar a la caseta que apenas se divisaba como un punto en el horizonte, lo cual ya era una esperanza.

Me parece que hasta recé. No creo en Dios, mas a veces parece que cuando me conviene, él cree en mí.

Me entregaría a la policía, les narraría todo y quizá iría a prisión. No podía vivir así. Y luego, por supuesto, me vengaría de ti. Algún día.

Sin embargo, no sería esa noche.

Nunca me había considerado una dama, y mucho menos en apuros, hasta que Ian se fue y entonces comenzó el caos al cual no le veía posibilidades de terminar ahí, en ese desierto.

El motor de un automóvil se acercó por el camino.

«Corre, Mia. Corre. Huye».

La caseta parecía cada vez más lejana y el cielo más oscuro. Estaba mareada, parecía que todo temblaba a mi alrededor, y el auto se acercaba cada vez más.

Me hubieras atropellado si no me hubiese caído a un lado del camino. Mi rostro dio por completo en la tierra, me raspé la nariz y mi barbilla sangraba. Intenté levantarme. El auto frenó, saliste de él y me miraste con superioridad desde tu posición de pie. Me jalaste hacia ti, intentando meterme al vehículo. Forcejeamos, grité y me callaste de un puñetazo en la nariz. No distinguí bien qué estaba sucediendo. Me subiste al automóvil. Reaccioné cuando ibas a cerrar la puerta e intenté salirme jalando mi cuerpo hacia afuera con mi mano derecha sosteniéndome del coche. Con una patada me lanzaste al interior y cerraste con fuerza la puerta, rompiéndome los dedos. Nunca había sentido un dolor semejante a ése, ni siquiera podía gritar.

Entraste y, silbando con tranquilidad, manejaste de regreso a la tienda de campaña.

17

Estaba en la tienda, sentada frente a ti, sosteniendo mi mano derecha con fuerza, aguantando el dolor y viendo cómo se hinchaba hasta reventar a cada minuto, amoratándose.

—Es que tú no comprendes, Mia —me sermoneabas frente a mí, paseándote, fumando y bebiendo, mirándome como un padre a su hija que ha hecho alguna travesura—. Lo hice por amor a ti. Ian no te merecía. Pero ¡carajo! Es como si lo hubieras llevado contigo en la espalda. Qué pinche fastidio tu obsesión con ese pinche viejo asqueroso. No fue mi intención matarlo desde un inicio, sólo pretendía hacer un pequeño chantaje con las fotografías, eso era todo. Pero claro, la pendeja de Ángeles duro y duro: «Quiero más dinero», hasta que te contactó. La codicia la convirtió en una idiota. Aunque nunca fue la más inteligente del mundo. Luego Ian fue corriendo a México a buscarte. No podía permitir eso, tú y yo ya estábamos enamorados, así que fue al hotel creyendo que era una cita contigo. Fue una barbaridad. Te cuento esto para que veas que ese viejo no te conocía nada. Tú jamás irías a un lugar así, pero claro, eso sólo lo sé yo y nadie más. Porque nadie te ama como yo. Todo lo hice por ti, para estar a tu altura, para estar juntos, ¿sí lo ves?

Te sentaste e intentaste acariciarme. Te pateé.

—Lo maté porque te amo. Y si te amo, debo tenerte entera. Con toda tu magia, todos tus sueños, todos tus misterios. Todavía podemos tener una vida juntos, piénsalo, amor.

Saliste de la tienda. No podía huir, seguro me estabas vigilando. Busqué algo con qué defenderme, pero no habías dejado casi nada adentro más que un *sleeping bag* y libros.

Cuando entraste y me quisiste dar cerveza, te la escupí en la cara. Sonriendo con el mismo rostro diabólico que recuerdo haber visto, pusiste tus manos sobre mi cuello, estrechándolo sin dejarme respirar, y hablaste con la mandíbula apretada.

—Amor, todo fue por ti, ¿y así me lo agradeces? ¡Sólo me necesitas a mí! ¡Sólo a mí, maldita perra!

Me cortabas la respiración, en cualquier segundo dejaría de luchar y caería frente a ti. Veía borroso y no conseguía zafarme de tus manos.

Me soltaste y, antes de salir de nuevo, volteaste a decirme:

—Perdón, pero, hasta que aprendas, será así. Si no aprendes por las buenas, será por las malas. Nadie te ama más que yo. Y sólo me tienes a mí en tu vida.

Por la noche fingí que todo estaba bien, incluso me porté cariñosa contigo. Me amarraste para estar seguro de que no te lastimaría y me penetraste. Estaba más seca que el desierto, pero no te importó. Cuando te tuve más cerca y con tu voz susurrando que me amabas, no lo pensé más y te besé el rostro de forma tierna.

—¡Ahí estás! —murmuraste con dulzura—. ¡Ahí está, mi amor!

Te lamí todo, desde el cuello hasta la frente, descendí y luego volví a subir como serpiente.

Llegué a tu rostro y ni siquiera lo pensé. Me detuve en tu ojo derecho perfecto, abrí la boca y lo mordí con fuerza.

Por más que me empujaste y llorabas sangre, mis dientes se aferraron a él como un animal hasta que te arranqué el párpado.

Aunque me empujabas y me golpeabas en el abdomen, ya no sentía dolor.

Me adherí a todo lo que alcancé a morder en tu cara.

Arranqué parte de tus mejillas, de tus labios y de tu cuello.

Te deformé hasta que mi mandíbula no pudo apretar más y me alcanzaste a dar un puñetazo en el ojo izquierdo.

Y aun así estabas riendo, sangrabas de toda tu preciada faz y no veías nada. Aproveché para salir de la tienda arrastrándome, afuera me quité los amarres, busqué una roca grande y regresé para aplastarte el cráneo.

Cuando despertaste estabas atado de pies a cabeza y yo estaba sentada frente a ti, en flor de loto, pensando que me volvería loca si tuviera que vivir en medio de todas las cosas raras que escribo. Si no quería acabar en un manicomio, sólo me quedaba abrir el corazón y abandonarme al curso natural de la vida.

—¡Mia, no quería perderte!

—No puedes perder lo que jamás has tenido.

Te reíste de forma desquiciada.

—Puedes matarme, pero me llevo tu mundo conmigo. Me llevo a Ian, a Román y tus sueños. Todo me pertenece.

—Román no está muerto —no estaba segura, pero valía la pena intentarlo—. Nada de eso pasó. Todo lo imaginé y lo aprovechaste para controlarme, para que volviera contigo —encendí un cigarro.

Te miré por última vez. Con todo y tus heridas, eras hermoso.

Aunque intentaste desatarte, era imposible, pues tus pies estaban atados a tus manos con un nudo que había aprendido a través de los libros.

—Me amas, Mia. No puedes hacer esto.

—¿Tan seguro estás?

—Sí. Si me matas, perderás lo único que te queda.

—Ya no tengo nada, Noah. No pierdo nada. Eso eres. Nada —dije y le prendí fuego a la tienda de campaña. El plástico se consumía con alarmante rapidez. No lo veías porque tenías la mirada fija en mí, con el ojo sano muy abierto, sin pestañear, enfocando a mis pupilas. Me di cuenta de que, si no te mataba en ese momento, tú me matarías a mí.

—Aún me tienes, Mia. Siempre me tendrás porque nuestro amor es eterno. Aunque estemos muertos, perdurará.

No te respondí. Nadie me había visto con tanto odio, pude sentir tu energía asesina vibrando hacia mí. Querías hacerme daño, matarme, desollarme, desaparecerme del planeta.

—Mátame entonces, pero quédate adentro, conmigo —dijiste.

Te besé el rostro y lo pensé: quedarme ahí, suicidarme después de que no me quedaba nada, de que había terminado con mi vida. Afuera no había algo para mí.

—Por qué… Por qué lo lastimaste así, por qué lo cortaste todo, sus dedos…

Escuché un auto acercándose, un portazo y pasos en la arena. Un cigarro encendiéndose.

—Yo no le corté los dedos. Y lo demás sólo fue porque me dio asco pensar que esa piel flácida había estado contigo. Mia —continuaste. Todo olía a quemado y pronto las llamas llegarían a nosotros—, quédate a mi lado. Yo estuve siempre contigo, desde niños. Te seguí hasta acá, es lo mínimo que puedes hacer por mí. Quedarte a mi lado. Dame tu vida. Ya es mía, de cualquier forma.

Me rasqué los brazos con furia. Quedarme a tu lado para siempre, en una tumba juntos. Agucé el oído, afuera escuché la voz de Ian: «Mía, ven. Aquí estoy». La decisión era sencilla.

—Noah, escucha bien esto: aunque no mueras, JAMÁS volvería contigo. Nunca te amé. Sólo a Ian, sólo a él. ¿Lo comprendes? Sólo a él. ¡Nunca te ha amado nadie, en realidad! Eres incapaz de ser amado. Muere con eso, maldito cerdo.

Te quedaste en silencio y supe que en ese instante dejaste de luchar.

—Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas —dije y le prendí fuego a lo que quedaba. Vi tus ojos esmeraldas, las cejas espesas y las pestañas negras, largas y perfectas.

No gritaste. No intentaste zafarte. No pediste ayuda.

Sólo te consumiste en el fuego, como la niebla.

Al final, un último grito salió de tus pulmones derretidos por las llamas.

Ian no estaba afuera.

Sí, te amaría por mucho tiempo más.

18

Hay cosas que no debemos olvidar jamás. La gente dice que, para avanzar, hay que olvidar, dejar atrás el pasado, no ir en reversa. Olvidar, en eso se ocupa la mayoría, cerrar la mente como si no hubiese sucedido lo que ya pasó. Tal vez ni siquiera ocurrió así, nuestra imaginación juega con los recuerdos y los convierte en una tortura, les agrega o les quita detalles, quizá esa persona no fue tan mala como creemos, quizá ese día fue mejor de lo que recordamos…

Esa situación que nos esforzamos por desterrar de nuestro sistema, lo único que ha hecho es dejarnos una huella más en nuestra vida.

Si miráramos atrás más seguido, tal vez veríamos esas huellas como un camino que hemos trazado, pasos de nuestro andar con alguien más o solos, andanzas profundas o apenas marcadas. Quién sabe.

Pero a nadie le gusta mirar atrás, no vaya a ser que nos quedemos enganchados en ese pasado; lo que no comprendemos es que los monstruos no viven en las pesadillas de cada noche, sino en los recuerdos que nos negamos a soltar. Porque una cosa es ver hacia atrás y otra muy diferente es ir cargando todo el pasado en un costal sobre nuestras espaldas, encorvándonos la vida.

Muchas veces me amenazaste con irte. Pero ya te habías ido desde mucho antes de que te quedaras.

Miré el rostro de Román acercándose con una tranquilidad maravillosa.

No sabía si era real, así que, con el olor de carne quemada a mis espaldas, tomé su rostro entre mis manos. Su barba me picó la piel. Era real.

Román sonrió.

—Hola, cielo.

—Hola —intenté abrazarlo.

Con una fuerza que me sorprendió, me dobló un brazo hacia atrás y susurró en mi oído:

—El dinero. ¿Dónde está? Noah lo tenía. ¿Dónde está el dinero?

Ahora sólo me quedaban las novelas publicadas y un personaje creado por la sociedad.

—Cielo, todo tiene tus huellas. Todo tiene tu ADN. Si no me das el dinero ahora mismo, te vas a la cárcel de por vida —recalcó.

—No lo tengo.

—Mira —Román sacó una bolsa de pruebas policiales en la que guardaba un dedo de Ian—. Creí que me serviría para encontrar sus contraseñas en el banco, pero cuando lo usé para desbloquear su computadora y transferir el dinero, ya no había nada. ¡El idiota había vaciado sus cuentas! ¡Por ti y por Noah! Qué irónica es la vida. Así que dime dónde está Noah. ¡Dímelo!

Miré la tienda y sonreí.

Román me soltó y corrió hacia ella intentando apagar el fuego. No hui. Quizá de verdad era una asesina.

—¡Puta madre! —gritaba Román, enojado—. ¡Se quemó todo! ¡No puede ser!

—Todo —repetí mientras Román se acercaba a mí furioso, extendiendo las manos. Ya no tenía fuerzas para luchar—. Y si Noah lo tuvo, se gastó cada centavo. Todo.

Dejé que Román me golpeara hasta que se cansó, y desde la arena alcancé a ver que se subía a su auto y se largaba.

Jamás regresaría a casa. Ya no tenía un hogar. Noah y Román me lo habían arrebatado de todas las formas posibles.

Ahora sólo esperaba que Ian me perdonara algún día.

Y que yo pudiera hacerlo también. •

Valle de Fuego

Primera edición: enero, 2018

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520, Ciudad de México.

www.megustaleer.com.mx

ISBN: PENDIENTE

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación